

**EL PRINCIPE**

**NICOLAS MAQUIAVELO**

Editado por  
**elaleph.com**

© 1999 – Copyright [www.elaleph.com](http://www.elaleph.com)

---

2

Este documento ha sido descargado de  
<http://www.educ.ar>

Todos los Derechos Reservados

## AL MAGNIFICO LORENZO DE MEDICIS

*Los que desean congraciarse con un príncipe suelen presentársele con aquello que reputan por más precioso entre lo que poseen, o con lo que juzgan más ha de agradarle; de ahí que se vea que muchas veces le son regalados caballos, armas, telas de oro, piedras preciosas y parecidos adornos dignos de su grandeza. Deseando, pues, presentarme ante Vuestra Magnificencia con algún testimonio de mi sometimiento, no he encontrado entre lo poco que poseo nada que me sea más caro o que tanto estime como el conocimiento de las acciones de los hombres, adquirido gracias a una larga experiencia de las cosas modernas y a un incesante estudio de las antiguas<sup>1</sup>. Acciones que, luego de examinar y meditar durante mucho tiempo y con gran seriedad, he encerrado en un corto volumen, que os dirijo.*

*Y aunque juzgo esta obra indigna de Vuestra Magnificencia, no por eso confío menos en que sabréis aceptarla, considerando que no puedo haceros mejor regalo que ponerlos en condición de poder entender, en brevísimo tiempo, todo cuanto he aprendido en muchos años y a costa de tantos sinsabores y peligros. No he adornado ni hinchado esta obra con cláusulas interminables, ni con palabras ampulosas y magníficas, ni con cualesquier atractivos o adornos extrínsecos, cual muchos suelen hacer con sus cosas,<sup>2</sup> porque he querido, o que nada la honre, o que sólo la variedad de la materia y la gravedad del tema la hagan grata. No quiero que se mire como presunción el que un hombre de humilde cuna se atreva a examinar y criticar el gobierno de los príncipes. Porque así como aquellos que dibujan un paisaje se colocan en el llano para apreciar mejor los montes y los lugares altos, y para apreciar mejor el llano escalan los*

---

<sup>1</sup> Las dos escuelas de los grandes hombres. (Cristina de Suecia)

<sup>2</sup> Como Tácito y Gibbon (G).

*mentas,<sup>3</sup> así para conocer bien la naturaleza de los pueblos hay que ser príncipe, y para conocer la de los príncipes hay que pertenecer al pueblo.*

*Acoja, pues, Vuestra Magnificencia este modesto obsequio con el mismo ánimo con que yo lo hago; si lo lee y medita con atención, descubrirá en él un vivísimo deseo mío: el de que Vuestra Magnificencia llegue a la grandeza que el destino y sus virtudes le auguran. Y si Vuestra Magnificencia, desde la cúspide de su altura, vuelve alguna vez la vista hacia este llano, comprenderá cuán inmerecidamente soporto una grande y constante malignidad de la suerte.*

---

<sup>3</sup> Con esto empecé y con ello conviene empezar. Se conoce mucho mejor el fondo de los valles cuando se está en la cumbre de la montaña (RC).

## **CAPITULO I**

### **DE LAS DISTINTAS CLASES DE PRINCIPADOS Y DE LA FORMA EN QUE SE ADQUIEREN**

Todos los Estados, todas las dominaciones que han ejercido y ejercen soberanía sobre los hombres, han sido y son repúblicas o principados. Los principados son, o hereditarios, cuando una misma familia ha reinado en ellos largo tiempo, o nuevos. Los nuevos, o lo son del todo<sup>4</sup>, como lo fue Milán bajo Francisco Sforza, o son como miembros agregados al Estado hereditario del príncipe que los adquiere, como es el reino de Nápoles para el rey de España. Los dominios así adquiridos están acostumbrados a vivir bajo un príncipe o a ser libres; y se adquieren por las armas propias o por las ajenas, por la suerte o por la virtud.

---

<sup>4</sup> Tal será el mío si Dios me da vida (G).

## CAPITULO II

### DE LOS PRINCIPADOS HEREDITARIOS

Dejaré a un lado el discurrir sobre las repúblicas porque ya en otra ocasión lo he hecho extensamente. Me dedicaré sólo a los principados,<sup>5</sup> para ir tejiendo la urdimbre de mis opiniones y establecer como pueden gobernarse y conservarse tales principados.

En primer lugar, me parece que es mas fácil conservar un Estado hereditario, acostumbrado a una dinastía, que uno nuevo,<sup>6</sup> ya que basta con no alterar el orden establecido por los príncipes anteriores, y contemporizar después con los cambios que puedan producirse.<sup>7</sup> De tal modo que, si el príncipe es de mediana inteligencia, se mantendrá siempre en su Estado, a menos que una fuerza arrolladora lo arroje de él;<sup>8</sup> y aunque así sucediese, sólo tendría que esperar, para reconquistarlo, a que el usurpador sufriera el primer tropiezo.<sup>9 10</sup>

---

<sup>5</sup> Sólo hay esto de bueno, pese a lo que digan, pero me es preciso cantar y cantar en el mismo tono que ellos (los republicanos) hasta nueva orden (G).

<sup>6</sup> Procuraré evitarlo haciéndome el decano de los soberanos de Europa (G).

<sup>7</sup> No es suficiente. (Cristina de Suecia.)

<sup>8</sup> Es difícil que los príncipes hereditarios sean despojados. (Cristina de Suecia.)

<sup>9</sup> Tiene razón. (Cristina de Suecia.)

<sup>10</sup> Lo veremos. Lo que me favorece es que no se lo he tornado a él, sino a un tercero que no era más una insufrible ciénaga de republicanismo. La odiosidad de la usurpación no recae sobre mí; los forjadores de frases a sueldo mío lo han persuadido ya: No ha destronado él más que a la anarquía. Mis derechos al trono de Francia no están mal establecidos en la novela de Lemont... En cuanto al trono de Italia, tendré una disertación de Montga... Esto les es necesario a los italianos, que presumen de oradores. Bastaba una novela para los franceses. El pueblo bajo, que no lee, tendrá las homilias de los obispos y curas que yo haya nombrado, y además un catecismo aprobado por el nuncio apostólico. No se resistirá a esta magia. No le falta nada, supuesto que el

Tenemos en Italia, por ejemplo, al duque de Ferrara, que no resistió los asaltos de los venecianos en el 84 (1484) ni los del papa julio en el 10 (1510), por motivos distintos de la antigüedad de su soberanía en el dominio.

Porque el príncipe natural tiene menos razones y menor necesidad de ofender: de donde es lógico que sea más amado; y a menos que vicios excesivos le atraigan el odio,<sup>11</sup> es razonable que le quieran con naturalidad los suyos. Y en la antigüedad y continuidad de la dinastía se borran los recuerdos y los motivos que la trajeron, pues un cambio deja siempre la piedra angular para la edificación de otro.<sup>12</sup>

---

papa ha ungido mi frente imperial, bajo cuyo aspecto debo parecer todavía más inmovible que todos los Borbones (RI).

<sup>11</sup> No son aborrecidos todo lo que debieran los vicios de los príncipes reinantes. (Cristina de Suecia.)

<sup>12</sup> ¡Cuántas piedras angulares se me dejan! La mayoría está todavía allí, y sería necesario que no quedase ni uno solo para que yo perdiese toda esperanza. Volveré a hallar allí mis águilas, mis N, mis bustos, mis estatuas y aun quizá la carroza imperial de mi coronación. Todo esto habla incesantemente a los ojos del pueblo en mi favor y me trae a su memoria (E).

## CAPITULO III

### DE LOS PRINCIPADOS MIXTOS

Pero las dificultades existen en los principados nuevos. Y si no es nuevo del todo, sino como miembro agregado a un conjunto anterior, que puede llamarse así mixto,<sup>13</sup> sus incertidumbres nacen en primer lugar de una natural dificultad que se encuentra en todos los principados nuevos. Dificultad que estriba en que los hombres cambian con gusto de señor, creyendo mejorar;<sup>14</sup> y esta creencia los impulsa a tomar las armas contra él; en lo cual se engañan, pues luego la experiencia les enseña que han empeorado. Esto resulta de otra necesidad natural y común que hace que el príncipe se vea obligado a ofender a sus nuevos súbditos, con tropas o con mil vejaciones que el acto de la conquista lleva consigo.<sup>15</sup> De modo que tienes por enemigos a todos los que has ofendido al ocupar el principado, y no puedes conservar como amigos a los que te han ayudado a conquistarlo, porque no puedes satisfacerlos como ellos esperaban, y puesto que les estás obligado, tampoco puedes emplear medicinas fuertes contra ellos;<sup>16</sup> porque siempre, aunque se descansen en ejércitos poderosísimos, se tiene necesidad de la colaboración de los «provincianos» para entrar en una provincia. Por estas razones, Luis XII, rey de Francia, ocupó rápidamente a Milán, y rápidamente lo perdió;<sup>17</sup> y bastaron la primera

---

<sup>13</sup> Como lo será el mío sobre Piamonte, Toscana, Roma, etc. (RC.)

<sup>14</sup> "Minore discrimine sumi principem quam quaeri" (Hay menores inconvenientes en conservar el rey que se tiene que buscar otro). El aserto es de Tácito. Yo creo que tiene razón. (Cristina de Suecia.)

<sup>15</sup> Poco me importa: el éxito justifica (RC).

<sup>16</sup> ¡Bribones! Me dan a conocer cruelmente esta verdad. Si no lograra librarme de su tiranía, me sacrificarían (RI).

vez para arrebatársele las mismas fuerzas de Ludovico; porque los pueblos que le habían abierto las puertas, al verse defraudados en las esperanzas que sobre el bien futuro habían abrigado<sup>18</sup> no podían soportar con resignación las imposiciones del nuevo príncipe.

Bien es cierto que los territorios rebelados se pierden con más dificultad cuando se conquistan por segunda vez, porque el señor, aprovechándose de la rebelión, vacila menos en asegurar su poder castigando a los delincuentes, vigilando a los sospechosos y reforzando las partes más débiles.<sup>19</sup> De modo que, si para hacer perder Milán a Francia bastó la primera vez con duque Ludovico que hiciese un poco de ruido en las fronteras, para hacérselo perder la segunda se necesitó que todo el mundo se concertase en su contra, y que sus ejércitos fuesen aniquilados y arrojados de Italia, lo cual se explica por las razones antedichas.<sup>20</sup>

Desde luego, Francia perdió a Milán tanto la primera como la segunda vez. Las razones generales de la primera ya han sido discorridas; quedan ahora las de la segunda, y queda el ver los medios de que disponía o de que hubiese podido disponer alguien que se encontrara en el lugar de Luis XII para conservar la conquista mejor que él.<sup>21</sup>

Estos Estados, que al adquirirse se agregan a uno más antiguo, o son de la misma provincia y de la misma lengua, o no lo son. Cuando lo son, es muy fácil conservarlos, sobre todo cuando no están acos-

---

<sup>17</sup> No me lo habrían quitado los austro-rusos si yo hubiera permanecido allí en 1798 (RC).

<sup>18</sup> Por lo menos, yo no habla frustrado las esperanzas de quienes me habían abierto sus puertas en 1796 (RC).

<sup>19</sup> A lo que me dediqué al recuperar este país en 1800. Pregúntese al príncipe Carlos si me resultó bien (RI).

<sup>20</sup> No sucederá esto ya (RC).

<sup>21</sup> Sé Más que Maquiavelo sobre este particular (RC). Estos medios no tienen ellos ni siquiera visos de sospecharlos, y les aconsejan otros contrarios. Mejor que mejor (E).

tumbrados a vivir libres;<sup>22</sup> y para afianzarse en el poder, basta con haber borrado la línea del príncipe que los gobernaba,<sup>23</sup> porque, por lo demás, y siempre que se respeten sus costumbres y las ventajas de que gozaban, los hombres permanecen sosegados, como se ha visto en el caso de Borgoña, Bretaña, Gascuña y Normandía, que están unidas a Francia desde hace tanto tiempo;<sup>24</sup> y aun cuando hay alguna diferencia de idioma, sus costumbres son parecidas y pueden convivir en buena armonía. Y quien los adquiera, si desea conservarlos, debe tener dos cuidados: primero que la descendencia del anterior príncipe desaparezca;<sup>25</sup> después, que ni sus leyes ni sus tributos sean alterados.<sup>26</sup> Y se verá que en brevísimo tiempo el principado adquirido pasa a constituir un solo y mismo cuerpo con el principado conquistador.<sup>27</sup>

Pero cuando se adquieren Estados en una provincia con idioma, costumbres y organización diferentes, surgen entonces las dificultades<sup>28</sup> y se hace precisa mucha suerte y mucha habilidad para conservarlos; y uno de los mejores y más eficaces remedios sería que la persona que los adquiriera fuese a vivir en ellos. Esto haría más segura y más duradera la posesión. Como ha hecho el Turco con Grecia; ya que, a despecho de todas las disposiciones tomadas para conservar aquel Estado, no habría conseguido retenerlo si no hubiese ido a establecerse allí.<sup>29</sup> Porque, de esta manera, ven nacer los desórdenes y se

---

<sup>22</sup> Aun cuando lo estuvieran, sabría yo reducirlos (G).

<sup>23</sup> No me olvidaré de esto en cuantas partes establezca mi dominación (G).

<sup>24</sup> Bélgica, que recién lo está, suministra, gracias a mí, un bello ejemplo (RC).

<sup>25</sup> Le ayudarán (G).

<sup>26</sup> Simpleza de Maquiavelo. ¿Podía conocer él tan bien como yo todo el dominio de la fuerza? Le daré bien pronto una lección opuesta en su mismo país, en Toscana, como también en Piamonte, Parma, Roma, etc. (RI).

<sup>27</sup> Conseguiré los mismos resultados sin estas precauciones de la debilidad (RI).

<sup>28</sup> Otra simpleza. ¡La fuerza! (RI).

<sup>29</sup> Lo supliré con virreyes o reyes que no serán más que dependientes míos. No harán nada sino por orden mía, o de lo contrario: "destituidos" (RI).

los puede reprimir con prontitud; pero, residiendo en otra parte, se entera uno cuando ya son grandes y no tienen remedio. Además, los representantes del príncipe no pueden saquear la provincia,<sup>30</sup> y los súbditos están más satisfechos porque pueden recurrir a él fácilmente y tienen más oportunidades para amarlo,<sup>31</sup> si quieren ser buenos, y para temerlo, si quieren proceder de otra manera. Los extranjeros que desearan apoderarse del Estado tendrían más respeto; de modo que, habitando en él, sólo con muchísima dificultad podrá perderlo.<sup>32</sup>

Otro buen remedio es mandar colonias a uno o dos lugares que sean como llaves de aquel Estado; porque es preciso hacer esto o mantener numerosa tropas.<sup>33</sup> En las colonias no se gasta mucho, y con esos pocos gastos se las gobierna y conserva, y sólo se perjudica a aquellos a quienes se arrebatan los campos y las casas para darlos a los nuevos habitantes, que forman una mínima parte de aquel Estado. Y como los damnificados son pobres y andan dispersos, jamás pueden significar peligro;<sup>34 35</sup> y en cuanto a los demás, como por una parte no tienen motivos para considerarse perjudicados, y por la otra temen incurrir en falta y exponerse a que les suceda lo que a los despojados, se quedan tranquilos.<sup>36</sup> Concluyo que las colonias no cuestan, que son más fieles y entrañan menos peligro; y que los damnificados no pue-

---

<sup>30</sup> Conviene, ciertamente que se enriquezcan si, por otra parte, me sirven a mi antojo (RC).

<sup>31</sup> Témanme, y me basta (RI).

<sup>32</sup> Imposible con respecto a mí. El terror de mi nombre equivaldrá a mi presencia (RC).

<sup>33</sup> Ad abundantiam juris. Se hace uno Y otro (RC).

<sup>34</sup> Es menester cuidarse de aquellos que, aunque no tienen nada que perder, tienen corazón. (Cristina de Suecia.)

<sup>35</sup> Es hartó buena la reflexión y me aprovecharé de ella (RC).

<sup>36</sup> He aquí como los quiero (RC).

den causar molestias, porque son pobres y están aislados, como ya he dicho.<sup>37</sup>

Ha de notarse, pues, que a los hombres hay que conquistarlos o eliminarlos,<sup>38</sup> porque si se vengan de las ofensas leves,<sup>39</sup> de las graves no pueden; así que la ofensa que se haga al hombre debe ser tal, que le resulte imposible vengarse.<sup>40</sup>

Si en vez de las colonias se emplea la ocupación militar, el gasto es mucho mayor, porque el mantenimiento de la guardia absorbe las rentas del Estado<sup>41</sup> y la adquisición se convierte en pérdida, y, además, se perjudica e incomoda a todos con el frecuente cambio del alojamiento de las tropas. Incomodidad y perjuicio que todos sufren, y por los cuales todos se vuelven enemigos; y son enemigos que deben temerse, aun cuando permanezcan encerrados en sus casas<sup>42</sup>. La ocupación militar es, pues, desde cualquier punto de vista, tan inútil como útiles son las colonias.

El príncipe que anexe una provincia de costumbres, lengua y organización distintas a las de la suya, debe también convertirse en paladín y defensor de los vecinos menos poderosos, ingeniarse para debilitar a los de mayor poderío<sup>43</sup> y cuidarse de que, bajo ningún pre-

---

<sup>37</sup> Ejecutaré todo esto en el Piamonte, al reunirlo a Francia. Allí tendré para mis colonias aquellos bienes confiscados con anterioridad a mi llegada y que se ha convenido en denominar "nacionales" (G).

<sup>38</sup> Todo esto sería torpe si no fuese impío. (Cristina de Suecia.)

<sup>39</sup> No veo hacerlas más que ligeras a los míos por espíritu de benignidad; no se vengarán menos de ellos en beneficio mío. ¿Se sabe el abecé del arte de reinar cuando se ignora que desagradando un poco es como si se desagradara con mucho? (E)

<sup>40</sup> No he observado bastante bien esta regla; pero ellos arman a los que ofenden, y estos ofendidos me pertenecen (E).

<sup>41</sup> Las carga uno muy bien a fin de que quede algo para sí (RC).

<sup>42</sup> No los temo, cuando lo fuerzo a quedarse en ellas y de las que no saldrán, al menos para reunirse contra mí (RC).

<sup>43</sup> Para ello no hay mejor medio que desposeerlos y apoderarse de sus despojos. Módena, Plasencia, Parma, Nápoles, Roma y Florencia proporcionaron otros nuevos (RC).

texto, entre en su Estado un extranjero tan poderoso como él. Porque siempre sucede que el recién llegado se pone de parte de aquellos que, por ambición o por miedo, están descontentos de su gobierno;<sup>44</sup> como ya se vio cuando los etolios llamaron a los romanos a Grecia: los invasores entraron en las demás provincias llamados por sus propios habitantes.<sup>45</sup> Lo que ocurre comúnmente es que, no bien un extranjero poderoso entra en una provincia, se le adhieren todos los que sienten envidia del que es más fuerte entre ellos;<sup>46</sup> de modo que el extranjero no necesita gran fatiga para ganarlos a su causa, ya que enseguida y de buena gana forman un bloque con el Estado invasor.<sup>47</sup> Sólo tiene que preocuparse de que después sus aliados no adquieran demasiada fuerza y autoridad, cosa que puede hacer fácilmente con sus tropas, que abatirán a los poderosos y lo dejarán árbitro único de la provincia.<sup>48</sup> El que, en lo que a esta parte se refiere, no gobierne bien perderá muy pronto lo que hubiere conquistado, y aun cuando lo conserve, tropezará con infinitas dificultades y obstáculos.<sup>49</sup>

Los romanos, en las provincias de las cuales se hicieron dueños, observaron perfectamente estas reglas. Establecieron colonias, respetaron a los menos poderosos sin aumentar su poder, avasallaron a los poderosos y no permitieron adquirir influencia en el país a los extranjeros poderosos.<sup>50</sup> Y quiero que me baste lo sucedido en la provincia de Grecia como ejemplo. Fueron respetados acayos y etolios, fue so-

---

<sup>44</sup> Sobre esto espero a Austria, en Lombardía (G).

<sup>45</sup> Los que pueden llamarse en Lombardía no son romanos (G).

<sup>46</sup> ¡Qué buen socorro hallaría Austria, contra mí en las flojas potencias actuales de Italia! (G).

<sup>47</sup> ¡Ganarlos! No me tomaré este trabajo. Estarán obligados con mi fuerza a formar cuerpo conmigo, especialmente en mi plan de Confederación del Rin (RI).

<sup>48</sup> Bueno de consultar para mis proyectos sobre Italia y Alemania (G).

<sup>49</sup> Maquiavelo se admiraría del arte con que supe ahorrármelos (RI).

<sup>50</sup> Se cuida de desacreditarlos allí (RC).

metido el reino de los macedonios, fue expulsado Antíoco,<sup>51</sup> y nunca los méritos que hicieron acayos o etolios los llevaron a permitirles expansión alguna<sup>52</sup> ni las palabras de Filipo los indujeron a tenerlo como amigo sin someterlo, ni el poder de Antíoco pudo hacer que consintiesen en darle ningún Estado en la provincia.<sup>53</sup> Los romanos hicieron en estos casos lo que todo príncipe prudente debe hacer, lo cual no consiste simplemente en preocuparse de los desórdenes presentes, sino también de los futuros, y de evitar los primeros a cualquier precio. Porque previniéndolos a tiempo se pueden remediar con facilidad; pero si se espera que progresen, la medicina llega a deshora, pues la enfermedad se ha vuelto incurable. Sucede lo que los médicos dicen del tísico: que al principio su mal es difícil de conocer, pero fácil de curar,<sup>54</sup> mientras que, con el transcurso del tiempo, al no haber sido conocido ni atajado, se vuelve fácil de conocer, pero difícil de curar. Así pasa en las cosas del Estado: los males que nacen en él, cuando se los descubre a tiempo, lo que sólo es dado al hombre sagaz, se los cura pronto; pero ya no tienen remedio cuando, por no haberlos advertido, se los deja crecer hasta el punto de que todo el mundo los ve.

Pero como los romanos vieron con tiempo los inconvenientes, los remediaron siempre, y jamás les dejaron seguir su curso por evitar una guerra, porque sabían que una guerra no se evita, sino que se difiere para provecho ajeno.<sup>55</sup> La declararon, pues, a Filipo y a Antíoco en Grecia, para no verse obligados a sostenerla en Italia; y aunque entonces podían evitarla tanto en una como en otra parte, no lo quisieron.

---

<sup>51</sup> ¡Por qué no todos los demás! (RC).

<sup>52</sup> No era esto bastante: los hijos de Rómulo tenían todavía necesidad de mi escuela (RI).

<sup>53</sup> Es lo mejor que ellos hicieron (RC).

<sup>54</sup> Maquiavelo tenía el ánimo enfermo al escribir esto, o había visto a su médico (RI).

<sup>55</sup> Importante máxima, de que me es preciso formar una de las principales reglas de mi marcial y política conducta (G).

Nunca fueron partidarios de ese consejo, que está en boca de todos los sabios de nuestra época:<sup>56</sup> «hay que esperararlo todo del tiempo»;<sup>57</sup> prefirieron confiar en su prudencia y en su valor, no ignorando que el tiempo puede traer cualquier cosa consigo, y que puede engendrar tanto el bien como el mal, y tanto el mal como el bien.<sup>58</sup>

Pero volvamos a Francia y examinemos si se ha hecho algo de lo dicho. Hablaré, no de Carlos, sino de Luis, es decir, de aquel que, por haber dominado más tiempo en Italia, nos ha permitido apreciar mejor su conducta.

Y se verá como ha hecho lo contrario de lo que debe hacerse para conservar un estado de distinta nacionalidad.<sup>59</sup>

El rey Luis fue llevado a Italia por la ambición de los venecianos, que querían, gracias a su intervención, conquistar la mitad de Lombardía. Yo no pretendo censurar la decisión por el rey, porque si tenía el propósito de empezar a introducirse en Italia, y carecía de amigos, y todas las puertas se le cerraban a causa de los desmanes del rey Carlos, no podía menos que aceptar las amistades que se le ofrecían.<sup>60</sup> Y habría triunfado en su designio si no hubiera cometido error alguno en sus medidas posteriores. Conquistada, pues, la Lombardía, el rey pronto recobró para Francia la reputación que Carlos le había hecho perder. Génova cedió; los florentinos le brindaron su amistad; el marqués de Mantua, el duque de Ferrara, los Bentivoglio, la señora de Forlì, los señores de Faenza de Pésaro, de Rímìni, de Camerino y de Piombino, los luqueses, los pisanos y los sieneses, todos trataron de

---

<sup>56</sup> He aquí la política de los reyes, la única sólida. (Cristina de Suecia.)

<sup>57</sup> Son unos cobardes, y si se pusieran en mi presencia alguno consejeros de este templo, los... (RC).

<sup>58</sup> Es menester saber dominar sobre uno y otro (G).

<sup>59</sup> Prescribiré allí el uso de la lengua francesa, comenzando por Piamonte, que es la provincia más próxima a Francia. Ninguna cosa más eficaz para introducir las costumbres de un pueblo en otro extranjero que acreditar allí su lengua (G).

convertirse en sus amigos.<sup>61</sup> Y entonces pudieron comprender los venecianos la temeridad de su ocurrencia: para apoderarse de dos ciudades de Lombardía, hicieron el rey dueño de las dos terceras partes de Italia.<sup>62</sup>

Considérese ahora con qué facilidad el rey podía conservar su influencia en Italia, con tal de haber observado las reglas enunciadas y defendido a sus amigos, que, por ser numerosos y débiles, y temer unos a los venecianos y otros a la Iglesia, estaban siempre necesitados de su apoyo; y por medio de ellos contener sin dificultad a los pocos enemigos grandes que quedaban.<sup>63</sup> Pero pronto obró al revés en Milán, al ayudar al papa Alejandro para que ocupase la Romaña. No advirtió de que con esta medida perdía a sus amigos y a los que se habían puesto bajo su protección, y al par que debilitaba sus propias fuerzas, engrandecía a la Iglesia,<sup>64</sup> añadiendo tanto poder temporal al espiritual, que ya bastante autoridad le daba.<sup>65</sup> Y cometido un primer error, hubo que seguir por el mismo camino; y para poner fin a la ambición de Alejandro e impedir que se convirtiese en señor de Toscana, se vio obligado a volver a Italia. No le bastó haber engrandecido a la Iglesia y perdido a sus amigos, sino que, para gozar tranquilo del reino de Nápoles, lo compartió con el rey de España;<sup>66</sup> y donde él era

---

<sup>60</sup> Me era mucho más fácil comprar a los genoveses, que, por especulación fiscal, me dieron entrada en Italia (G).

<sup>61</sup> He sabido proporcionarme ya el mismo honor, y no cometeré, ciertamente, las mismas faltas (G).

<sup>62</sup> Los lombardos, a quienes aparenté dar la Valtelina, el Bergamasco, Mantuano, Bresciano, etc., comunicándoles la manía republicana, me hicieron ya el mismo servicio. Dueño una vez de su territorio, tendré bien pronto el resto de Italia (G).

<sup>63</sup> No tendré necesidad de ellos para conseguir esta ventaja (G).

<sup>64</sup> Falta enorme (G).

<sup>65</sup> Es indispensable que yo embote los dos filos de su cuchilla. Luis XII no era más que un idiota (G).

<sup>66</sup> Lo hare también, pero la repartición que haga no me quitará la supremacía, y mi buen José no me la disputará (RI)

antes árbitro único, puso un compañero para que los ambiciosos y descontentos de la provincia tuviesen a quien recurrir; y donde podía haber dejado a un rey tributario<sup>67</sup> llamó a alguien que podía echarlo a él.<sup>68</sup>

El ansia de conquista es, sin duda, un sentimiento muy natural y común, y siempre que lo hagan los que pueden, antes serán alabados que censurados; pero cuando intentan hacerlo a toda costa los que no pueden, la censura es lícita.<sup>69</sup> Si Francia podía, pues, con sus fuerzas apoderarse de Nápoles, debía hacerlo; y si no podía, no debía dividirlo. Si el reparto que hizo de Lombardía con los venecianos era excusable porque le permitió entrar en Italia, lo otro, que no<sup>70</sup> estaba justificado por ninguna necesidad, es reprobable. Luis cometió, pues, cinco faltas: aniquiló a los débiles,<sup>71</sup> aumentó el poder de un poderoso de Italia, introdujo en ella a un extranjero más poderoso aún, no se estableció en el territorio conquistado y no fundó colonias. Y, sin embargo, estas faltas, por lo menos en vida de él, podían no haber traído consecuencias desastrosas si no hubiese cometido la sexta, la de despojar de su Estado a los venecianos.<sup>72</sup> Porque, en vez de hacer fuerte a la Iglesia y de poner a España en Italia, era muy razonable y hasta necesario que los sometiese; pero cometido el error, nunca debió consentir en la ruina de los venecianos, pues poderosos como eran, habrían mantenido a los otros siempre distantes de toda acción contra Lombardía, ya porque no lo hubiesen permitido sino para ser ellos mismos los dueños, ya porque los otros no hubiesen querido arrebatarla a Francia para dársela a los venecianos, y para atacar a ambos a

---

<sup>67</sup> Como lo será el que yo ponga allí. (RI).

<sup>68</sup> Viéndome precisado a retirar de allí a mi José, no estoy sin temores sobre el sucesor que le doy (RI).

<sup>69</sup> No faltará nada a las mías (G).

<sup>70</sup> Se busca que no lo sea (G).

<sup>71</sup> No era una, si no hubiera cometido las otras (G).

<sup>72</sup> Su falta consistió en no haber tomado bien el tiempo de ello (G).

la vez les hubiera faltado audacia.<sup>73</sup> Y si alguien dijese que el rey Luis cedió la Romaña a Alejandro y el Reino a España para evitar la guerra, contestaría con las razones arriba enunciadas: que para evitar una guerra nunca se debe dejar que sin desorden siga su curso, porque no se la evita, sino se la posterga en perjuicio propio<sup>74</sup>. Y si otros alegasen que el rey había prometido al papa ejecutar la empresa en su favor para obtener la disolución de su matrimonio y el capelo de Ruán, respondería con lo que más adelante se dirá acerca de la fe de los príncipes y del modo de observarla.<sup>75</sup>

El rey Luis ha perdido, pues, la Lombardía por no haber seguido ninguna de las normas que siguieron los que conquistaron provincias y quisieron conservarlas. No se trata de milagro alguno, sino de un hecho muy natural y lógico. Así se lo dije en Nantes al cardenal de Ruán llamado «el Valentino» como era llamado por el pueblo César Borgia, hijo del papa Alejandro, ocupaba la Romaña. Como me dijera el cardenal de Ruán que los italianos no entendían nada de las cosas de la guerra, yo tuve que contestarle que los franceses entendían menos de las que se refieren al Estado, porque de lo contrario no hubiesen dejado que la Iglesia adquiriese tanta influencia.<sup>76</sup> Y ya se ha visto cómo, después de haber contribuído a crear la grandeza de la Iglesia y de España en Italia, Francia fue arruinada por ellas.<sup>77</sup> De lo cual se infiere una regla general que rara vez o nunca falla: que el que ayuda a otro a hacerse poderoso causa su propia ruina.<sup>78</sup> Porque es natural

---

<sup>73</sup> El raciocinio es bastante bueno para aquel tiempo (RI).

<sup>74</sup> Al primer descontento, declarada la guerra: conocido una vez esta prontitud de resolución hace circunpectos a nuestros enemigos.

<sup>75</sup> Aquí está el mayor arte de la política: y mi dictamen es que no podemos poseerlo bastante lejos (G).

<sup>76</sup> ¿Era menester más para que Roma anatematizara a Maquiavelo? (G).

<sup>77</sup> Ellos me lo pagarán caro (RI).

<sup>78</sup> Lo que no haré nunca (G).

que el que se ha vuelto poderoso recele de la misma astucia o de la misma fuerza gracias a las cuales se lo ha ayudado.<sup>79</sup>

## CAPITULO IV

### **POR QUE EL REINO DE DARIO, OCUPADO POR ALEJANDRO, NO SE SUBLEVO CONTRA LOS SUCESORES DE ESTE, DESPUES DE SU MUERTE:<sup>80</sup>**

Consideradas las dificultades que encierra el conservar un Estado recientemente adquirido, alguien podría preguntarse con asombro a qué se debe que, hecho Alejandro Magno dueño de Asia en pocos años<sup>81</sup> y muerto apenas ocupada, sus sucesores, en circunstancias en que hubiese sido muy natural que el Estado se rebelase, lo retuvieron en sus manos<sup>82</sup> sin otros obstáculos que los que por ambición surgieron entre ellos.<sup>83</sup> Contesto que todos los principados de que se guarda

---

<sup>79</sup> Los enemigos no aparentan recelarlo (G).

<sup>80</sup> Atención a esto: no puedo casi prometerme más que treinta años de reinado y quiero tener hijos idóneos para sucederme (RI).

<sup>81</sup> Seis años. (Cristina de Suecia.)

<sup>82</sup> Le contenía el poder del solo nombre de Alejandro (RI)

<sup>83</sup> Carlomagno se mostró más sabio de lo que había sido aquel loco de Alejandro, que quiso que sus herederos celebrasen sus exequias con las armas en la mano (RI).

memoria han sido gobernados de dos modos distintos: o por un príncipe que elige de entre sus siervos, que lo son todos, los ministros que lo ayudarán a gobernar, o por un príncipe asistido por nobles que, no a la gracia del señor, sino a la antigüedad de su linaje, deben la posición que ocupan. Estos nobles tienen Estados y súbditos propios, que los reconocen por señores y les tienen natural afección.<sup>84</sup> Mientras que, en los Estados gobernados por un príncipe asistido por siervos, el príncipe goza de mayor autoridad: porque en toda la provincia no se reconoce soberano sino a él, y si se obedece a otro, a quien además no se tiene particular amor, sólo se lo hace por tratarse de un ministro y magistrado del príncipe.<sup>85</sup> Los ejemplos de estas dos clases de gobierno se hallan hoy en el Turco y en el rey de Francia.<sup>86</sup> Toda Turquía está gobernada por un solo señor, del cual los demás habitantes son siervos; un señor que divide su reino en sanjacados, nombra sus administradores y los cambia y reemplaza a su antojo.<sup>87</sup> En cambio, el rey de Francia está rodeado por una multitud de antiguos nobles que tienen sus prerrogativas, que son reconocidos y amados por sus súbditos y que son dueños de un Estado que el rey no puede arrebatárles sin exponerse.<sup>88</sup> Así, si se examina uno y otro gobierno, se verá que hay, en efecto, dificultad para conquistar el Estado del Turco, pero que, una vez conquistado, es muy fácil conservarlo. Las razones de la dificultad para apoderarse del reino del Turco residen en que no se puede esperar ser llamado por los príncipes del Estado, ni confiar en que su

---

<sup>84</sup> Antigualla feudal que temo ciertamente verme obligado a resucitar, al mis generales persisten en hacerme ley de ello (RI).

<sup>85</sup> ¡Famoso! Haré todo para lograrlo (RI).

<sup>86</sup> Ya no existe diferencia entre Turquía y Francia. El gobierno de Francia es el de Turquía, pero en miniatura. (Cristina de Suecia.) (Cristina se refiere al gobierno de Luis XIV. Conviene mencionar que tanto éste como Francia en aquella época impresionaron desfavorablemente a la reina sueca.)

<sup>87</sup> Son respetables siempre los antojos de los emperadores. Tienen ellos sus motivos para concebirlos (RI).

<sup>88</sup> No tengo a lo menos este estorbo, aunque si otros equivalentes (RI).

rebelión facilitará la empresa.<sup>89</sup> Porque, siendo esclavos y deudores del príncipe, no es nada fácil sobornarlos; y aunque se lo consiguiese, de poca utilidad sería, ya que, por las razones enumeradas, los traidores no podrían arrastrar consigo al pueblo.<sup>90</sup> De donde quien piense en atacar al Turco reflexione antes en que hallará el Estado unido, y confíe más en sus propias fuerzas que en las intrigas ajenas.<sup>91</sup> Pero una vez vencido y derrotado en campo abierto de manera que no pueda rehacer sus ejércitos, ya no hay que temer sino a la familia del príncipe; y extinguida ésta,<sup>92</sup> no queda nadie que signifique peligro, pues nadie goza de crédito en el pueblo; y como antes de la victoria el vencedor no podía esperar nada de los ministros del príncipe, nada debe temer después de ella.<sup>93</sup>

Lo contrario sucede en los reinos organizados como el de Francia, donde, si te traes a algunos de los nobles, que siempre existen descontentos y amigos de las mudanzas, fácil te será entrar.<sup>94</sup> Estos, por las razones ya dichas, pueden abrirte el camino y facilitarte la conquista; pero si quieres mantenerla, tropezarás después con infinitas dificultades y tendrás que luchar contra los que te han ayudado y contra los que has oprimido.<sup>95</sup> <sup>96</sup>No bastará que extermines la raza del príncipe: quedarán los nobles, que se harán cabecillas de los nuevos

---

<sup>89</sup> Discurramos medios extraordinarios, porque es de gran necesidad que el Imperio de Oriente vuelva a reunirse con el de Occidente (RI).

<sup>90</sup> ¡Ojalá que en Francia me hallara yo en una situación parecida! (RC)

<sup>91</sup> Mis fuerzas y mi nombre (RI).

<sup>92</sup> Dudo si el imperio del mundo vale tal precio. (Cristina de Suecia.)

<sup>93</sup> ¿Por qué no puedo hacer mudar juntamente de lugar a Turquía y a Francia? (RI).

<sup>94</sup> Cortarles los brazos o levantarles la tapa de los sesos (RC).

<sup>95</sup> Considero a Francia fácil de conquistar y no difícil de conservar. (Cristina de Suecia.)

<sup>96</sup> No lo echo de ver más que mucho (RI).

movimientos, y como no podrás conformarlos ni matarlos a todos<sup>97</sup> perderás el Estado en la primera oportunidad que se les presente.<sup>98</sup>

Ahora, si se medita sobre la naturaleza del gobierno de Darío, se advertirá que se parecía mucho al del Turco.<sup>99</sup> Por eso fue preciso que Alejandro lo derrotará completamente y le cortara la campaña. Después de la victoria, y muerto Darío, Alejandro quedó dueño tranquilo del Estado, por las razones discurridas. Y si los sucesores hubiesen permanecido unidos, habrían podido gozar en paz de la conquista, porque no hubo en el reino otros tumultos que los que ellos mismos suscitaron. Pero es imposible conservar con tanta seguridad un Estado organizado como el de Francia.<sup>100</sup> Por ejemplo, los numerosos principados que había en España, Italia y Grecia explican las recuentes revueltas contra los romanos y mientras perduró el recuerdo de su existencia, los romanos nunca estuvieron seguros de su conquista; pero una vez el recuerdo borrado, se convirtieron, gracias a la duración y al poder del imperio, en sus seguros dominadores.<sup>101</sup> Y así después pudieron, peleándose entre sí, sacar la parte que les fue posible en aquellas provincias, de acuerdo con la autoridad que tenían en ellas; porque, habiéndose extinguido la familia de sus antiguos señores, no se reconocían otros dueños que los romanos. Considerando, pues, estas cosas, no se asombrará nadie de la facilidad con que Alejandro conservó el Estado de Asia, y de la dificultad con que los otros conservaron lo adquirido como Pirro y muchos otros. Lo que no depende de la poca o mucha virtud del conquistador, sino de la naturaleza de lo conquistado.

---

<sup>97</sup> Se habla comenzado tan bien en 1793... (RI).

<sup>98</sup> Esto no es sino muy cierto (RI)

<sup>99</sup> Pero Darío no era el igual de Alejandro como... (RC).

<sup>100</sup> He provisto a esto y proveeré más todavía (RI).

<sup>101</sup> Cuento con la misma ventaja en lo que me concierne (RI).

## CAPITULO V

### DE QUE MODO HAY QUE GOBERNAR LAS CIUDADES O PRINCIPADOS QUE, ANTES DE SER OCUPADOS, SE REGIAN POR SUS PROPIAS LEYES

Hay tres modos de conservar un Estado que, antes de ser adquirido, estaba acostumbrado a regirse por sus propias leyes y a vivir en libertad: primero, destruirlo;<sup>102</sup> después, radicarse en él; por último, dejarlo regir por sus leyes,<sup>103</sup> obligarlo a pagar un tributo y establecer un gobierno compuesto por un corto número de personas, para que se encargue de velar por la conquista. Como ese gobierno sabe que nada puede sin la amistad y poder del príncipe, no ha de reparar en medios para conservarle el Estado. Porque nada hay mejor para conservar -si se la quiere conservar- una ciudad acostumbrada a vivir libre que hacerla gobernar por sus mismos ciudadanos.<sup>104</sup>

Ahí están los espartanos y romanos como ejemplo de ello. Los espartanos ocuparon a Atenas y Tebas, dejaron en ambas ciudades un gobierno oligárquico, y, sin embargo, las perdieron. Los romanos, para conservar a Capua, Cartago y Numancia, las arrasaron, y no las perdieron. Quisieron conservar a Grecia como lo habían hecho los espartanos, dejándole sus leyes y su libertad, y no tuvieron éxito: de modo que se vieron obligados a destruir muchas ciudades de aquella provincia para no perderla. Porque, en verdad, el único medio seguro

---

<sup>102</sup> Esto no vale nada en el siglo en que estamos (G).

<sup>103</sup> Mala máxima; la continuación es lo que hay de mejor (G).

<sup>104</sup> En Milán, una comisión ejecutiva de tres adietos, como mi triunvirato directorial de Génova (RC).

de dominar una ciudad acostumbrada a vivir libre es destruirla.<sup>105</sup> Quien se haga dueño de una ciudad así y no la aplaste, espere a ser aplastado por ella. Sus rebeliones siempre tendrán por baluarte el nombre de libertad y sus antiguos estatutos, cuyo hábito nunca podrá hacerle perder el tiempo ni los beneficios. Por mucho que se haga y se prevea, si los habitantes no se separan ni se dispersan, nadie se olvida de aquel nombre ni de aquellos estatutos, y a ellos inmediatamente recurren en cualquier contingencia, como hizo Pisa luego de estar un siglo bajo el yugo florentino.<sup>106</sup> Pero cuando las ciudades o provincias están acostumbradas a vivir bajo un príncipe, y por la extinción de éste y su linaje queda vacante el gobierno, como por un lado los habitantes están habituados a obedecer y por otro no tienen a quién, y no se ponen de acuerdo para elegir a uno de entre ellos, ni saben vivir en libertad, y por último tampoco se deciden a tomar las armas contra el invasor, un príncipe puede fácilmente conquistarlas y retenerlas.<sup>107</sup> En las repúblicas, en cambio, hay más vida, más odio, más ansias de venganza. El recuerdo de su antigua libertad no les concede, no puede concederles un solo momento de reposo. Hasta tal punto que el mejor camino es destruirlas<sup>108</sup> o radicarse en ellas.<sup>109</sup>

---

<sup>105</sup> Pero puede hacerse esto a la letra de muchas modos, sin destruirla, mudando, sin embargo, su constitución (G).

<sup>106</sup> Génova podría darme alguna inquietud, pero nada tengo que temer de los venecianos (RC).

<sup>107</sup> Especialmente cuando se dice que se trae la libertad e igualdad al pueblo (G).

<sup>108</sup> Basta con atemperar o revolucionar (G).

<sup>109</sup> Esto no es necesario cuando uno los ha revolucionado y, diciéndoles que son libres, los tiene firmemente bajo su mando (G).

## CAPITULO VI

### DE LOS PRINCIPADOS NUEVOS QUE SE ADQUIEREN CON LAS ARMAS PROPIAS Y EL TALENTO PERSONAL

Nadie se asombre de que, al hablar de los principados de nueva creación y de aquellos en los que sólo es nuevo el príncipe, traiga yo a colación ejemplos ilustres. Los hombres siguen casi siempre el camino abierto por otros y se empeñan en imitar las acciones de los demás.<sup>110</sup> Y aunque no es posible seguir exactamente el mismo camino ni alcanzar la perfección del modelo, todo hombre prudente debe entrar en el camino seguido por los grandes e imitar a los que han sido excelsos, para que, si no los iguala en virtud, por lo menos se les acerque;<sup>111</sup> y hacer como los arqueros experimentados, que, cuando tienen que dar en blanco muy lejano, y dado que conocen el alcance de su arma, apuntan por sobre él, no para llegar a tanta altura, sino para acertar donde se lo proponían con la ayuda de mira tan elevada.<sup>112</sup>

Los principados de nueva creación, donde hay un príncipe nuevo, son más o menos difíciles de conservar según que sea más o menos hábil el príncipe que los adquiere. Y dado que el hecho de que un hombre se convierta de la nada en príncipe presupone necesariamente talento o suerte,<sup>113</sup> es de creer que una u otra de estas dos cosas allana, en parte, muchas dificultades. Sin embargo, el que menos ha confiado en el azar es siempre el que más tiempo se ha conservado en su con-

---

<sup>110</sup> Podré, por cierto, a veces hacerte mentir (G).

<sup>111</sup> Pasé por esto (G).

<sup>112</sup> Haré ver que, aparentando asestar más abajo, se puede llegar allá fácilmente (G).

<sup>113</sup> El valor es más necesario que la fortuna: él la hace nacer (G).

quista. También facilita enormemente las cosas el que un príncipe, al no poseer otros Estados, se vea obligado a establecerse en el que ha adquirido. Pero quiero referirme a aquellos que no se convirtieron en príncipes por el azar, sino por sus virtudes<sup>114</sup>. Y digo entonces que entre ellos, los más ilustres han sido Moisés, Ciro, Rómulo, Teseo y otros no menos grandes. Y aunque Moisés sólo fue un simple agente de la voluntad de Dios, merece, sin embargo, nuestra admiración, siquiera sea por la gracia que lo hacía digno de hablar con Dios.<sup>115</sup> Pero también son admirables Ciro y todos los demás que han adquirido o fundado reinos;<sup>116</sup> y si juzgamos sus hechos y su gobierno, hallaremos que no deslucen ante los de Moisés, que tuvo tan gran preceptor.<sup>117</sup> Y si nos detenemos a estudiar su vida y sus obras, descubriremos que no deben a la fortuna sino el haberles proporcionado la ocasión propicia, que fue el material al que ellos dieron la forma conveniente.<sup>117</sup> Verdad es que, sin esa ocasión, sus méritos de nada hubieran valido; pero también es cierto que, sin sus méritos, era inútil que la ocasión se presentará.<sup>118</sup> Fue, pues, necesario que Moisés hallara al pueblo de Israel esclavo y oprimido por los egipcios para que ese pueblo, ansioso de salir de su sojuzgamiento, se dispusiera a seguirlo.<sup>119</sup> Se hizo menester que Rómulo no pudiese vivir en Alba y estuviera expuesto desde su nacimiento, para que llegase a ser rey de Roma y fundador de su patria.<sup>120</sup> Ciro tuvo que ver a los persas descontentos de la dominación de los medas, y a los medas flojos e indolentes como consecuencia de una larga paz.<sup>121</sup> No habría podido Teseo poner de

---

<sup>114</sup> Esto mira a mí (G).

<sup>115</sup> No aspiro a tanta altura, sin la que me paso (G).

<sup>116</sup> Aumentaré esta lista (G).

<sup>117</sup> No me es necesario más. Ella vendrá; estemos dispuestos a cogerla (G).

<sup>118</sup> El valor ante todo (G).

<sup>119</sup> Es la condición y la situación actual de los franceses (G)

<sup>120</sup> Mi benéfica loba estuvo en Briene. ¡Rómulo, te eclipsarán! (G).

<sup>121</sup> ¡Quita allá! (G).

manifiesto sus virtudes sino hubiese sido testigo de la dispersión de los atenienses.<sup>122</sup> Por lo tanto, estas ocasiones permitieron que estos hombres realizaran felizmente sus designios, y, por otro lado, sus méritos permitieron que las ocasiones rindieran provecho, con lo cual llenaron de gloria y de dicha a sus patrias.<sup>123</sup>

Los que, por caminos semejantes a los de aquéllos, se convierten en príncipes adquieren el principado con dificultades, pero lo conservan sin sobresaltos. Las dificultades nacen en parte de las nuevas leyes y costumbres que se ven obligados a implantar para fundar el Estado y proveer a su seguridad.<sup>124</sup> Pues debe considerarse que no hay nada más difícil de emprender, ni más dudoso de hacer triunfar, ni más peligroso de manejar, que el introducir nuevas leyes.<sup>125</sup> Se explica: el innovador se transforma en enemigo de todos los que se beneficiaban con las leyes antiguas,<sup>126</sup> y no se granjea sino la amistad tibia de los que se beneficiarán con las nuevas. O Tibieza en éstos, cuyo origen es, por un lado, el temor a los que tienen de su parte a la legislación antigua, y por otro, la incredulidad de los hombres, que nunca fían en las cosas nuevas hasta que ven sus frutos.<sup>127</sup> De donde resulta que, cada vez que los que son enemigos tienen oportunidad para atacar, lo hacen enérgicamente, y aquellos otros asumen la defensa con tibieza, de modo que se expone uno a caer con ellos.<sup>128</sup> Por consiguiente, si se quiere analizar en esta parte, es preciso ver si esos innovadores lo son por sí mismos, o si dependen de otros; es decir, si necesitan recurrir a

---

<sup>122</sup> ¡Pobre héroe! (G).

<sup>123</sup> Bastaría su punta de sabiduría hoy en día! (G)

<sup>124</sup> Se logra esto con alguna astucia (RC).

<sup>125</sup> No sabe tener uno, pues, a sus órdenes, algunos maniqués legislativos? (G).

<sup>126</sup> Sabré inutilizar su actividad (G).

<sup>127</sup> El buen hombre no sabía como uno se proporciona entonces acalorados defensores, que hacen desistir a los otros (RC).

<sup>128</sup> Esto no sucede más que a los pueblos algo sabios y que conservan todavía alguna libertad (RC).

la súplica para realizar su obra, o si pueden imponerla por la fuerza. En el primer caso, fracasan siempre, y nada queda de sus intenciones,<sup>129</sup> pero cuando sólo dependen de sí mismos y pueden actuar con la ayuda de la fuerza, entonces rara vez dejan de conseguir sus propósitos. De donde se explica que todos los profetas armados hayan triunfado,<sup>130 131</sup> y fracasado todos los que no tenían armas.<sup>132</sup> Hay que agregar, además, que los pueblos son tornadizos; y que, si es fácil convencerlos de algo, es difícil mantenerlos fieles a esa convicción,<sup>133</sup> por lo cual conviene estar preparados de tal manera, que, cuando ya no crean, se les pueda hacer creer por la fuerza.<sup>134</sup> Moisés, Ciro, Teseo y Rómulo no habrían podido hacer respetar sus estatutos durante mucho tiempo si hubiesen estado desarmados. Como sucedió en nuestros tiempos a fray Jerónimo Savonarola, que fracasó en sus innovaciones en cuanto la gente empezó a no creer en ellas, pues se encontró con que carecía de medios tanto para mantener fieles en su creencia a los que habían creído como para hacer creer a los incrédulos. Hay que reconocer que estos revolucionarios tropiezan con serias dificultades, que todos los peligros surgen en su camino y que sólo con gran valor pueden superarlos,<sup>135</sup> pero vencidos los obstáculos, y una vez que han hecho desaparecer a los que tenían envidia de sus virtudes, viven poderosos, seguros, honrados y felices!<sup>136</sup>

A tan excelsos ejemplos hay que agregar otro de menor jerarquía, pero que guarda cierta proporción con aquéllos y que servirá

---

<sup>129</sup> Estoy a cubierto de todo ello (RC).

<sup>130</sup> La fuerza es la clave de que todo salga bien (Cristina de Suecia.)

<sup>131</sup> Los oráculos son entonces infalibles (G).

<sup>132</sup> Cosa ninguna más natural (G).

<sup>133</sup> Me tienen ellos hoy en día, especialmente después del testimonio del papa, por un pío restaurador de la religión y un enviado del cielo (RC).

<sup>134</sup> Tendré siempre medios para ello (RC).

<sup>135</sup> Esto no me crea obstáculos (G).

<sup>136</sup> Este último punto no está todavía bien en claro para mí y debo contentarme con los otros tres (RI).

para todos los de igual clase. Es el de Hierón de Siracusa,<sup>137</sup> que de simple ciudadano llegó a ser príncipe sin tener otra deuda con el azar que la ocasión; pues los siracusanos, oprimidos, lo nombraron su capitán, y fue entonces cuando hizo méritos suficientes para que lo eligieran príncipe.<sup>138</sup> Y a pesar de no ser noble, dio pruebas de tantas virtudes, que quien ha escrito de él ha dicho: «Quod, nihil illi deerat ad regnandum praeter regnum».<sup>139</sup> <sup>140</sup> Licenció el antiguo ejército y creó uno nuevo; dejó las amistades viejas y se hizo de otras; y así, rodeado por soldados y amigos adictos, pudo construir sobre tales cimientos cuanto edificio quiso; y lo que tanto le había costado adquirir, poco le costó conservar.<sup>141</sup>

---

<sup>137</sup> No ha salido él nunca de mi pensamiento, desde los estudios de mi niñez. Era de un país inmediato al mío y soy quizá de la misma familia (G).

<sup>138</sup> Con alguna ayuda, sin duda. Héteme aquí como él (RC).

<sup>139</sup> Justino: "Que nada le faltaba para reinar sino el reino."

<sup>140</sup> Mi madre dijo a menudo lo mismo de mí, y la amo a causa de sus propósitos (RI).

<sup>141</sup> Es de buen augurio (RI).

## CAPITULO VII

### DE LOS PRINCIPADOS NUEVOS QUE SE ADQUIEREN CON ARMAS Y FORTUNA DE OTROS

Los que sólo por la suerte se convierten en príncipes poco esfuerzo necesitan para llegar a serlo,<sup>142</sup> pero no mantienen sino con muchísimo<sup>143</sup>. Las dificultades no surgen en su camino, porque tales hombres vuelan, pero se presenta una vez instalados<sup>144</sup>. Me refiero a los que compran un Estado o a los que lo obtienen como regalo, tal cual sucedió a muchos en Grecia, en las ciudades de Jonia y del Helesponto, donde fueron hechos partícipes por Darío a fin de que le conservasen dichas ciudades para su seguridad y gloria<sup>145</sup> y como sucedió a muchos emperadores que llegaban al trono corrompiendo los soldados. Estos príncipes no se sostienen sino por la voluntad y la fortuna -cosas ambas mudables e inseguras de quienes los elevaron; y no saben ni pueden conservar aquella dignidad:<sup>146</sup> No saben porque, si no son hombres de talento y virtudes superiores, no es presumible que conozcan el arte del mando, ya que han vivido siempre como simples ciudadanos;<sup>147</sup> no pueden porque carecen de fuerzas que puedan serles adictas y fieles.<sup>148</sup> Por otra parte, los Estados que nacen de prouio, como todas las cosas de la naturaleza -que brotan y crecen precoz-

---

<sup>142</sup> Como tontos que se dejan llevar y no saben hacer nada por sí mismos (G).

<sup>143</sup> Es imposible (E).

<sup>144</sup> Todo debe ser obstáculo para gente de esta categoría (E).

<sup>145</sup> Los aliados no llevaron más mira que ésta (E).

<sup>146</sup> Hay otros muchos que se hallan en este caso (E).

<sup>147</sup> Como simple particular y lejos de los Estados en que uno es exaltado: es lo mismo (E).

<sup>148</sup> En esto los aguardo (E).

mente, no pueden tener raíces ni sostenes que los defiendan del tiempo adverso;<sup>149</sup> salvo que quienes se han convertido en forma tan súbita en príncipes se pongan a la altura de lo que la fortuna ha depositado en sus manos, y sepan prepararse inmediatamente para conservarlo, y echen los cimientos que cualquier otro echa antes de llegar al principado.<sup>150</sup>

Acerca de estos dos modos de llegar a ser príncipe -por méritos o por suerte-,<sup>151</sup> quiero citar dos ejemplos que perduran en nuestra memoria: el de Francisco Sforza y el de César Borgia. Francisco, con los medios que, correspondían y con un gran talento, de la nada se convirtió en duque de Milán,<sup>152</sup> y conservó con poca fatiga lo que con mil afanes había conquistado. En el campo opuesto, César Borgia, llamado duque Valentino por el vulgo, adquirió el Estado con la fortuna de su padre, y con la de éste lo perdió, a pesar de haber empleado todos los medios imaginables y de haber hecho todo lo que un hombre prudente y hábil debe hacer para arraigar en un Estado que se ha obtenido con armas y apoyo ajenos.<sup>153</sup> Porque, como ya he dicho, el que no coloca los cimientos con anticipación podría colocarlos luego si tiene talento,<sup>154</sup> aun con riesgo de disgustar al arquitecto y de hacer peligrar

---

<sup>149</sup> Por más ilustre suerte que se haya tenido al nacer, cuando uno ha vivido 23 años en la vida privada, como en familia, lejos de un pueblo cuya índole ha sido mudada casi por completo, y es transportado después de repente a él en alas de la fortuna y por manos extranjeras para reinar allí, se halla en un Estado nuevo de la especie de los que menciona Maquiavelo. Los antiguos prestigios morales de convención se han interrumpido allí muy largamente, para existir de otro modo que de nombre. Este oráculo es más seguro que el de Calchas (E).

<sup>150</sup> Yo había echado los míos antes de serlo (E)

<sup>151</sup> Mi caso y el de ellos (E)

<sup>152</sup> ¿A quién me asemejo más? ¡Excelente augurio! (RC).

<sup>153</sup> A menudo bien, algunas veces mal (G).

<sup>154</sup> Talento para reinar, se entiende. Los otros talentos no son más que sobresalientes insulseces (E).

el edificio.<sup>155</sup> Si se examinan los progresos del duque, se verá que ya había echado las bases para su futura grandeza,<sup>156</sup> y creo que no es superfluo hablar de ello,<sup>157</sup> porque no sabría qué mejores consejos dar a un príncipe nuevo que el ejemplo de las medidas tomadas por él. Que si no le dieron el resultado apetecido, no fue culpa suya, sino producto de un extraordinario y extremado rigor de la suerte.<sup>158</sup>

Para hacer poderoso al duque, su hijo, tenía Alejandro VI que luchar contra grandes dificultades presentes y futuras. En primer lugar, no veía manera de hacerlo señor de algún Estado que no fuese de la Iglesia; y sabía, por otra parte, que ni el duque de Milán ni los venecianos le consentirían que desmembrase los territorios de la Iglesia<sup>159</sup> porque ya Faenza y Rímini estaban bajo la protección de los venecianos. Y después veía que los ejércitos de Italia, y especialmente aquellos de los que hubiera podido servirse, estaban en manos de quienes debían temer el engrandecimiento del papa; y mal podía fiarse de tropas mandadas por los Orsini, los Colonna y sus aliados. Era, pues, necesario remover aquel estado de cosas y desorganizar aquellos territorios<sup>160</sup> para apoderarse sin riesgos de una parte de ellos.<sup>161</sup> Lo que le fue fácil, porque los venecianos, movidos por otras razones,<sup>162</sup> habían invitado a los franceses a volver a Italia: lo cual no sólo no

---

<sup>155</sup> Especialmente cuando no los forma uno más que a tientas, con timidez...

(E)

<sup>156</sup> ¿Mejor que yo? Es difícil (G)

<sup>157</sup> Quisiera yo, ciertamente, que no lo hubieras dicho a otros más que a mí. Pero no saben leerte, lo que es lo mismo (G).

<sup>158</sup> Tengo que quejarme de ella, pero la corregiré (E).

<sup>159</sup> ¿Saldré yo mejor de un mayor obstáculo de esta especie, para dar reinos a mi José, a mi Jerónimo...? En cuanto a Luis, será si queda alguno del que yo no sepa qué hacer (RE). Llevaba yo mucha razón en vacilar tocante a éste. ¡Pero el ingrato, cobarde y traidor Joaquín!.. El reparará sus faltas (E).

<sup>160</sup> El Alejandro con tiara no me reconocería más que el Alejandro con casco (RI).

<sup>161</sup> ¡Su parte! Es poquísimos para mí (RI).

impidió, sino facilitó con la disolución del primer matrimonio del rey Luis. De suerte que el rey entró en Italia con la ayuda de los <sup>163</sup>venecianos<sup>164</sup> y el consentimiento de Alejandro. Y no había llegado aún a Milán cuando el papa obtuvo tropas de aquél para la empresa de la Romaña, a la que nadie se opuso gracias a la autoridad del rey. Adquirida, pues, la Romaña por el duque, y derrotados los Colonna; se presentaban dos obstáculos que impedirían conservarla y seguir adelante: uno, sus tropas, que no le parecían adictas; el otro, la voluntad de Francia. Temía que las tropas de los Orsini, de las cuales se había valido, le faltasen en el momento preciso, y no sólo le impidiesen conquistar más, sino que le arrebatasen lo conquistado; y otro tanto temía del rey.<sup>165</sup> Tuvo una prueba de lo que sospechaba de los Orsini cuando, después de la toma de Faenza, asaltó a Bolonia, en cuyas circunstancias los vio batirse con frialdad. En lo que respecta al rey, descubrió sus intenciones cuando, ya dueño del ducado de Urbino, se vio obligado a renunciar a la conquista de Toscana por su intervención. Y entonces decidió no depender<sup>5</sup> más de la fortuna y las armas ajenas.<sup>166</sup> Lo primero que hizo fue debilitar a los Orsini y a los Colonna en Roma, ganándose a su causa a cuantos nobles les eran adic-

---

<sup>162</sup> He sabido dar origen a otras más dignas de mí y de mi siglo y más de mi conveniencia (RI).

<sup>163</sup> La prueba que hice ya, cediendo el ducado de Urbino para lograr la firma del concordato, me convence de que en Roma, como en otras partes, hoy en día como entonces, una mano lava la otra, y esto promete (RC).

<sup>164</sup> Los genoveses me abrieron las puertas de Italia con la loca esperanza de que sus inmensas rentas sobre Francia se pagarían sin reducción: ¿Quid non cogit auri sacra fames? Ellos, al menos, tendrán siempre mi simpatía con preferencia a los otros italianos (RC).

<sup>165</sup> Caro me ha costado el no haber tenido igual desconfianza con respecto a mis favorecidos de Alemania (E).

<sup>166</sup> ¡Por que no pude hacer de otro modo! (E)

tos,<sup>167</sup> a los cuales señaló crecidos sueldos y honró de acuerdo con sus méritos con mandos y administraciones, de modo que en pocos meses el afecto que tenían por aquéllos se volvió por entero hacia el duque.<sup>168</sup> Después de lo cual, y dispersados que hubo a los Colonna, esperó la ocasión de terminar con los Orsini.<sup>169</sup> Oportunidad que se presentó y que él aprovechó mejor. Los Orsini, que se presentó bien y que él aprovechó mejor. Los Orsini que muy tarde habían comprendido que la grandeza del duque y de la Iglesia generaba su ruina, celebraron una reunión en Magione, en el territorio de Perusa, de la que nacieron la rebelión de Urbino, los tumultos de Romaña y los infinitos peligros por los cuales atravesó el duque;<sup>170</sup> pero éste supo conjurar todo con la ayuda de los franceses.<sup>171</sup> Y restaurada su autoridad, el duque, que no podía fiarse de los franceses ni de las demás fuerzas extranjeras, y que no se atrevía a desafiarlas, recurrió a la astucia; y supo disimular tan bien sus propósitos,<sup>172</sup> que los Orsini, por intermedio del señor Paulo -a quien el duque colmó de favores para conquistarlo, sin escatimarle dinero, trajes ni caballos-, se reconciliaron inmediatamente, hasta tal punto, que su candidez los llevó a caer en sus manos en Sinigaglia.<sup>173</sup> Exterminados, pues, estos jefes y conver-

---

<sup>167</sup> Mis Colonna son los realistas; mis Orsini, los Jacobinos, y mis nobles serán los jefes de unos y otros (G).

<sup>168</sup> Había empezado yo todo esto ya en parte, aun antes (le llegar al consulado, en que me fue bien con haber completado, al punto todas estas operaciones (RI).

<sup>169</sup> La he liallacio en el senadoconsulta de la maquinación infernal de nivoso y en mi maquinación de Arena y Topino en la ópera (RC).

<sup>170</sup> Ví otros parecidos... Pichegru, Mallet. De todos triunfé sin necesitar de los extranjeros (RI).

<sup>171</sup> Lo hice sin necesitar de ninguno (RI).

<sup>172</sup> Qui nescit dissimulare, nescit regnare. Luis XI no sabía bastante; debía decir: Qui nescit fallere, nescit regnare (RI).

<sup>173</sup> Lo que quedaba contra mí de más formidable entre mis Colonna y Orsini no se escapó mejor (RI)

tidos los partidarios de ellos en amigos suyos,<sup>174</sup> el duque tenía contruídos sólidos cimientos para su poder futuro, máxime cuando poseía toda la Romaña y el ducado de Urbino y cuando se había ganado la buena la voluntad de esos pueblos, a los cuales empezaba a gustar el bienestar de su gobierno.<sup>175</sup>

Y porque esta parte es digna de mención y de ser imitada por otros, conviene no pasarla por alto.<sup>176</sup> Cuando el duque se encontró con que la Romaña conquistada estaba bajo el mando de señores ineptos que antes despojaban a sus súbditos que los gobernaban,<sup>177</sup> y que más les daban motivos de desunión que de unión,<sup>178</sup> por lo cual se sucedían continuamente los robos, las riñas y toda clase de desórdenes<sup>179</sup> juzgó necesario, si se quería pacificarla y volverla dócil a la voluntad del príncipe, dotarla de un gobierno severo.<sup>180</sup> Eligió para esta misión a Ramiro de Orco, hombre cruel y expeditivo, a quien dio plenos poderes.<sup>181</sup> En poco tiempo impuso éste su autoridad, restableciendo la paz y la unión.<sup>182</sup> Juzgó entonces el duque innecesaria tan excesiva autoridad,<sup>183</sup> que podía hacerse odiosa, y creó en el centro de la provincia, bajo la presidencia de un hombre virtuosísimo, un tribu-

---

<sup>174</sup> Creo haber hecho bien una y otra cosa (RI).

<sup>175</sup> Había conocido Francia 20 años atrás el orden de que roza hoy y que sólo mi brazo podía restablecer? (RI).

<sup>176</sup> Ella es mil veces más provechosa para los pueblos que lo que es odiosa a algunos forjadores de frases (RI).

<sup>177</sup> Como los artífices de Repúblicas francesas (RC).

<sup>178</sup> Como en la Francia republicana (RC).

<sup>179</sup> Enteramente como en Francia, antes que yo reinara en ella (RC).

<sup>180</sup> ¿No es lo que hice? Había necesidad de firmeza y dureza para reprimir la anarquía (RI).

<sup>181</sup> F...,serás mi Orco (RC).

<sup>182</sup> No necesitaba yo de tí para esto (RI).

<sup>183</sup> Por esto suprimo tu ministerio y te agrego a la jubilación de mi senado (RC).

nal civil en el cual cada ciudadano tenía su abogado.<sup>184</sup> Y como sabía que los rigores pasados habían engendrado algún odio contra su persona, quiso demostrar, para aplacar la animosidad de sus súbditos y atraérselos, que, si algún acto de crueldad se había cometido, no se debía a él, sino a la salvaje naturaleza del ministro.<sup>185</sup> Y llegada la ocasión,<sup>186</sup> una mañana lo hizo exponer en la plaza de Cesena, dividido en dos pedazos clavados en un palo y con un cuchillo cubierto de sangre al lado.<sup>187</sup> La ferocidad de semejante espectáculo dejó al pueblo a la vez satisfecho y estupefacto.

Pero volvamos al punto de partida. Encontrábase el duque bastante poderoso y a cubierto en parte de todo peligro presente, luego de haberse atinado en la necesaria medida y de haber aniquilado los ejércitos que encerraban peligro inmediato, pero le faltaba, si quería continuar sus conquistas, obtener el respeto de rey de Francia, pues sabía que el rey, aunque advertido tarde de su error, trataría de subsanarlo. Empezó por ello a buscarse amistades nuevas, y a mostrarse indeciso<sup>188</sup> con los franceses cuando éstos se dirigieron al reino de Nápoles para luchar contra los españoles que sitiaban a Gaeta. Y si Alejandro hubiese vivido aún, su propósito de verse libre de ellos no habría tardado en cumplirse.<sup>189</sup>

Este fue su comportamiento en lo que se refiere a los hechos presentes. En cuanto a los futuros, tenía sobre todo que evitar que el nuevo sucesor en el Papado fuese enemigo suyo y le quitase lo que

---

<sup>184</sup> El crear una comisión senatorial de la libertad individual que, sin embar- go, no hará más que lo que yo quiera (RI).

<sup>185</sup> Ninguno está más condenado que él por la opinion pública a ser mi chivo emisario (RI).

<sup>186</sup> Rabio de no poder hacerlo caer en desgracia sin inutilizarle (RI).

<sup>187</sup> Buen tiempo aquél, en que se podían hacer estos castigos que él hubiera hallado meritorios (RI).

<sup>188</sup> Bien y muy bien obrado (RC).

<sup>189</sup> Estos malditos "sí" me impacientan (RC).

Alejandro le había dado<sup>190</sup> Y pensó hacerlo por cuatro medios distintos:<sup>191</sup> primero, exterminando a todos los descendientes de los señores a quienes había despojado, para que el papa no tuviera oportunidad de restablecerlos<sup>192</sup>. Segundo, atrayéndose a todos los nobles de Roma, para oponerse, con su ayuda, a los designios del papa. Tercero, reduciendo el Colegio<sup>193</sup> a su voluntad, hasta donde pudiese. Cuarto, adquiriendo tanto poder, antes que el papa muriese,<sup>194</sup> que pudiera por sí mismo resistir un primer ataque. De estas cuatro cosas, ya había realizado tres a la muerte de Alejandro, y la cuarta estaba por concluirla. Porque señores despojados mató a cuantos pudo alcanzar, y muy pocos se salvaron;<sup>195</sup> y contaba con nobles romanos ganados a su causa;<sup>196</sup> y en el Colegio gozaba de gran influencia. Y por lo que toca a las nuevas conquistas, tramaba apoderarse de Toscana, de la cual ya poseía a Perusa Piombino, aparte de Pisa, que se había puesto bajo su protección. Y en cuanto no tuviese que guardar más miramientos con los franceses (que de hecho no tenía por qué guardárselos, puesto que ya los franceses habían sido despojados del Reino por lo españoles, y que unos y otros necesitaban comprar su amistad,<sup>197</sup> se echaría sobre Pisa. Después de lo cual Luca y Siena no tardarían en ceder, primero por odio contra los florentinos, y después por miedo al duque; y los florentinos nada podrían hacer. Si hubiese logrado esto (aunque fuera el mismo año de la muerte de Alejandro), habría adquirido tanto poder y tanta autoridad, que se hubiera sostenido por sí solo, y no habría de-

---

<sup>190</sup> Es menester prever estos contratiempos (RC).

<sup>191</sup> Grandemente bien hallados (RC).

<sup>192</sup> No faltes a esto cuando puedas y haz de modo que lo puedas (RC)

<sup>193</sup> De los cardenales. (N. del T.)

<sup>194</sup> Francisco II... (RI).

<sup>195</sup> No estoy todavía tan adelantado como él (RI).

<sup>196</sup> No he podido hacer todavía más que la mitad de esta maniobra: si vuol tempo... (RI).

pendido más de la fortuna ni de las fuerzas ajenas,<sup>198</sup> sino de su poder y de sus méritos.<sup>199</sup>

Pero Alejandro murió cinco años después de que el hijo empezara a desenvainar la espada. Lo dejaban con tan sólo un Estado afianzado: el de Romaña, y con todos los demás en el aire, entre dos poderosos ejércitos enemigos, y enfermo de muerte.<sup>200</sup> Pero había en el duque tanto vigor de alma y de cuerpo, tan bien sabía como se gana y se pierde a los hombres, y los cimientos que echara en tan poco tiempo eran tan sólidos, que, a no haber tenido dos ejércitos que lo rodeaban, o simplemente a haber estado sano, se hubiese sostenido contra todas las dificultades. Y si los cimientos de su poder eran seguros o no, se vio en seguida, pues la Romaña lo esperó más de un mes:<sup>201</sup> y, aunque estaba medio muerto, nada se intentó contra él,<sup>202</sup> a pesar de que los Baglioni, los Vitelli y los Orsini habían ido allí con ese propósito; y si no hizo papa a quien quería, obtuvo por lo menos que no lo fuera quien él no quería que lo fuese.<sup>203</sup> Pero todo le hubiese sido fácil a no haber estado enfermo a la muerte de Alejandro. El mismo me dijo, el día en que fue elegido Julio II, que había previsto todo lo que podía suceder a la muerte de su padre, y para todo preparado remedio; pero

---

<sup>197</sup> Supuesto que he atraído a esto a todos los príncipes de Alemania, pensemos en mi famoso proyecto del norte. Acaecerá lo mismo con resultados que ningún conquistador conoció (RI).

<sup>198</sup> Libre de toda condición semejante, iré mucho más lejos (RI).

<sup>199</sup> Conviene no conocer otra dependencia (RI).

<sup>200</sup> Peor que peor para él; es menester saber no estar nunca enfermo y hacerse invulnerable en todo (RI).

<sup>201</sup> Como Francia me aguardó después de mis desastres de Moscú (E).

<sup>202</sup> Por más moribundo que estaba, hablando políticamente, en Smolensk, no tuve nada que temer de los míos (E).

<sup>203</sup> No he tenido dificultad en esto. La sola noticia de mi desembarco en Frejus apartaba las elecciones que me hubieran sido contrarias (RC)

que nunca había pensado que en semejante circunstancia él mismo podía hallarse moribundo.<sup>204</sup>

No puedo, pues, censurar ninguno de los actos del duque; por el contrario, me parece que deben imitarlos todos aquellos que llegan al trono mediante la fortuna y las armas ajenas.<sup>205</sup> Porque no es posible conducirse de otro modo cuando se tienen tanto valor y tanta ambición.<sup>206</sup> Y si sus propósitos no se realizaron, tan sólo fue por su enfermedad y por la brevedad de la vida de Alejandro.<sup>207</sup> El príncipe nuevo<sup>208</sup> que crea necesario defenderse de enemigos, conquistar amigos, vencer por la fuerza o por el fraude, hacerse amar o temer de los habitantes, respetar y obedecer por los soldados, matar a los que puedan perjudicarlo, reemplazar con nuevas las leyes antiguas, ser severo y amable, magnánimo y liberal, disolver las milicias infieles, crear nuevas, conservar la amistad de reyes y príncipes de modo que lo favorezcan de buen grado o lo ataquen con celos; el que juzgue indispensable hacer todo esto, digo, no puede hallar ejemplos más recientes que los actos del duque.<sup>209</sup> Sólo se lo puede criticar en lo que respecta a la elección del nuevo pontífice,<sup>210</sup> porque, si bien no podía hacer nombrar a un papa adicto,<sup>211</sup> podía impedir que lo fuese este o

---

<sup>204</sup> En resumidas (...) no pensar en ello cuando se quiere reinar gloriosamente. Este pensamiento hubiera helado mis más atrevidos proyectos (RI).

<sup>205</sup> Son bien ignorantes los escritorcillos que dijeron que él lo había propuesto a todos los príncipes aun a los que no se hallan ni pueden hallarse en el mismo caso. No conozco otro que yo en toda Europa a quien este modelo pudiera convenir (RI).

<sup>206</sup> Lo que hice de análogo me lo imponía como una necesidad mi situación, y como una obligación por consiguiente (E).

<sup>207</sup> Mis reveses dependen de causas análogas, sobre las que mi ingenio nada podía (E).

<sup>208</sup> Esto es cuanto me es necesario (G).

<sup>209</sup> Considero que soy un ejemplo, no sólo más fresco, sino cambien más perfecto y sublime (RI).

<sup>210</sup> Cabeza debilitada con su enfermedad (RI).

<sup>211</sup> Le habría denuesto bien pronto, si se hubiera elegido contra mi gusto (RC).

aquel de los cardenales, y nunca debió consentir en que fuera elevado al Pontificado alguno de los cardenales a quienes había ofendido o de aquellos que, una vez papas, tuviesen que temerle.<sup>212</sup> Pues los hombres ofenden por miedo o por odio. Aquellos a quienes había ofendido eran, entre otros, San Pedro Advíncula, Colonna, San Giorgio y Ascagno;<sup>213</sup> todos los demás, llegados al solio, debían temerle<sup>214</sup> salvo el de Ruán, dado su poder, que nacía del de Francia, y los españoles, ligados a él por afinidad de raza y obligaciones recíprocas.<sup>215</sup> por consiguiente, el duque debía tratar ante todo de ungir papa a un español, y, a no serle posible, aceptar al cardenal de Ruán antes que a San Pedro Advíncula. Pues se engaña quien cree que entre personas eminentes los beneficios nuevos hacen olvidar las ofensas antiguas.<sup>216</sup> Se equivocó el duque en esta elección, causa última de su definitiva ruina.

---

<sup>212</sup> Todos, menos el que fue elegido, sabían o preveían que debían temerme (RC).

<sup>213</sup> Paso ya el tiempo en que podía temerse su resentimiento (RI).

<sup>214</sup> Mi solo nombre los hizo temblar y los haré traer como corderos al pie de mi trono (RC).

<sup>215</sup> ¡Bello motivo para contar con esta gente! Maquiavelo tenía muy buena fe (RI).

<sup>216</sup> Parecen olvidar cuando su pasión lo quiere, pero no nos fiemos de ello (RI).

## CAPITULO VIII

### DE LOS QUE LLEGARON AL PRINCIPADO MEDIANTE CRIMENES

Pero puesto que hay otros dos modos de llegar a príncipe que no se pueden atribuir enteramente a la fortuna o a la virtud, corresponde no pasarlos por alto, aunque sobre ellos se discurra con más detenimiento donde se trata de las repúblicas.<sup>217</sup> Me refiero, primero, al caso en que se asciende al principado por un camino de perversidades y delitos;<sup>218</sup> y después, al caso en que se llega a ser príncipe por el favor de los conciudadanos.<sup>219</sup> Con dos templos, uno antiguo y otro contemporáneo, ilustraré el primero de estos modos, sin entrar a profundizar demasiado en la cuestión, porque creo que bastan para los que se hallan en la necesidad de imitarlos.<sup>220</sup>

El siciliano Agátocles, hombre no sólo de condición oscura, sino baja y abyecta, se convirtió en rey de Siracusa.<sup>221</sup> Hijo de un alfarero, llevó una conducta reprochable en todos los períodos de su vida;<sup>222</sup> sin embargo, acompañó siempre sus maldades con tanto ánimo y tanto vigor físico,<sup>224</sup> que entrando en la milicia llegó a ser, as-

---

<sup>217</sup> Se lo dispense (G).

<sup>218</sup> La expresión es duramente reprobatoria. ¿Qué importa el camino, con tal de que se llegue? Maquiavelo comete una falta al hacer de moralista sobre semejante materia (G).

<sup>219</sup> Puede aparentarlo siempre (G).

<sup>220</sup> Discreción de moralista, muy intempestiva en materia de Estado (G).

<sup>221</sup> Este, vecino mío, corno Hierón, y de una época más cercana que la de él, también con mayor seguridad en la genealogía de mis ascendientes (G).

<sup>222</sup> Raramente se es malvado de alma y de corazón. (Cristina de Suecia.)

<sup>223</sup> La constancia en esta especie es el más seguro indicio de mi genio determinado y atrevido (G).

<sup>224</sup> El ánimo especialmente, que es lo esencial (G).

cendiendo grado por grado, pretor de Siracusa.<sup>225</sup> Una vez elevado a esta dignidad, quiso ser príncipe y obtener por la violencia, sin debérselo a nadie, lo que de buen grado le hubiera sido concedido.<sup>226</sup> Se puso de acuerdo con el cartaginés Amílcar, que se hallaba con sus ejércitos en Sicilia,<sup>227</sup> y una mañana reunió al pueblo y al Senado, como si tuviese que deliberar sobre cosas relacionadas con la república, y a una señal convenida sus soldados mataron a todos los senadores y a los ciudadanos más ricos de Siracusa. Ocupó entonces y supo conservar como príncipe aquella ciudad, sin que se encendiera ninguna guerra civil por su causa.<sup>228</sup> Y aunque los cartagineses lo sitiaron dos veces y lo derrotaron por último, no sólo pudo defender la ciudad, sino que, dejando parte de sus tropas para que contuvieran a los sitiadores, con el resto invadió el Africa; y en poco tiempo levantó el sitio de Siracusa y puso a los cartagineses en tales aprietos, que se vieron obligados a pactar con él, a conformarse con sus posesiones del Africa y a dejarle la Sicilia.<sup>229</sup> Quien estudie, pues, las acciones de Agátocles y juzgue sus méritos, muy poco o nada encontrará que pueda atribuir a la suerte; no adquirió la soberanía por el favor de nadie, como he dicho más arriba, sino merced a sus grados militares, que se había ganado a costa de mil sacrificios y peligros;<sup>230</sup> y se mantuvo en mérito a sus enérgicas y temerarias medidas.<sup>231</sup> Verdad que no se puede llamar virtud el matar a los conciudadanos, el traicionar a los amigos y el carecer de fe, de piedad y de religión, con cuyos medios se puede

---

<sup>225</sup> Llegaré a él (G)

<sup>226</sup> Acuérdense por diez años el consulado; me lo haré ceder bien pronto como vitalicio, ¡y se verá! (G).

<sup>227</sup> No necesito de semejante socorro, aunque sí de otros, sin embargo. Pero son fáciles de lograr (G).

<sup>228</sup> ¡Véanse mi 18 brumario y sus efectos! Tiene la superioridad de un modo más amplio, sin ninguno de estos crímenes (RC).

<sup>229</sup> He conseguido mucho más. Agátocles no es más que un enano en comparación conmigo (RI).

<sup>230</sup> A igual costo la he adquirido (RI).

adquirir poder, pero no gloria.<sup>232</sup> Pero si se examinan el valor de Agátocles al arrastrar y salir triunfante de los peligros y su grandeza de alma para soportar y vencer los acontecimientos adversos<sup>233</sup> no se explica uno por qué tiene que ser considerado inferior a los capitanes más famosos.<sup>234</sup> Sin embargo, su falta de humanidad, sus crueldades y maldades sin número, no consienten que se lo coloque entre los hombres ilustres.<sup>235</sup> <sup>236</sup>No se puede, pues, atribuir a la fortuna o a la virtud lo que consiguió sin la ayuda de una ni de la otra.<sup>237</sup>

En nuestros tiempos, bajo el papa Alejandro VI, Oliverotto, da Fermo,<sup>238</sup> huérfano desde corta edad, fue educado por uno de sus tíos maternos, llamado Juan Fogliani, y confiado después, en su primera juventud, a Pablo Vitelli, a fin de que llegase, gracias a sus enseñanzas, a ocupar un grado elevado en las armas.<sup>239</sup> Muerto Pablo, pasó a militar bajo Vitellozzo, su hermano; y en poco tiempo, como era inteligente y de espíritu y cuerpo gallardos, se convirtió en el primer hombre de su ejército. Pero como le pareció indigno servir a los demás, pensó apoderarse de Fermo con el consentimiento de Vitellozzo y la ayuda de algunos habitantes de la ciudad a quienes era más cara la esclavitud que la libertad de su patria.<sup>240</sup> Escribió a Juan Fogliani diciéndole que, luego de tantos años de ausencia, deseaba ver de nuevo a su patria y a él, y, en parte, también conocer el estado de su pa-

---

<sup>231</sup> Hice mis pruebas en esta especie (RI).

<sup>232</sup> ¡Preocupaciones pueriles todo esto! La gloria acompaña siempre al acierto, de cualquier modo que suceda (RI).

<sup>233</sup> ¿Los venció mejor que yo? (RI).

<sup>234</sup> Dígnise exceptuarme (RI).

<sup>235</sup> Al contrario, todos estos crímenes no significan que careciera de virtud y de suerte. (Cristina de Suecia.)

<sup>236</sup> ¡Otra vez moral! El buen nombre de Maquiavelo carecía de audacia (RI).

<sup>237</sup> Yo tenía el concurso de ambas en mi favor (RI).

<sup>238</sup> ¡Astuto personaje! Me hizo concebir excelentes ideas desde mi niñez (G).

<sup>239</sup> Vaubois, fuiste mi Vitelli. Sé mostrarme agradecido en su oportunidad (G).

<sup>240</sup> Reflexión republicano (G).

trimonio; y que, como no se había fatigado sino por conquistar gloria, quería, para demostrar a sus compatriotas que no había perdido el tiempo, entrar con todos los honores y acompañado por cien caballeros, amigos y servidores suyos.<sup>241</sup> Rogábale, pues, que tratase de que los ciudadanos de Fermo lo acogiesen de un modo honroso, que con ello no sólo lo honraba a él, sino que se honraba a sí mismo, ya que había sido su maestro. No olvidó Juan ninguno de los honores debidos a su sobrino, y lo hizo recibir dignamente por los ciudadanos de Fermo, en cuyas casas se alojó con su comitiva. Transcurridos algunos días, y preparado todo cuanto era necesario para su premeditado crimen, Oliverotto dio un banquete solemne al que invitó a Juan Fogliani y a los principales hombres de Fermo.<sup>242</sup> Después de consumir los manjares y de concluir con los entretenimientos que son de uso en tales ocasiones, Oliverotto, deliberadamente, hizo recaer la conversación, dando ciertos peligrosos argumentos, sobre la grandeza y los actos del papa Alejandro y de César, su hijo; y como a esos argumentos contestaron Juan y los otros, se levantó de pronto diciendo que convenía hablar de semejantes temas en lugar más seguro, y se retiró a una habitación a la cual lo siguieron Juan y los demás ciudadanos. Y aun éstos no habían tomado asiento cuando de algunos escondrijos salieron soldados que dieron muerte a Juan y a todos los demás. Consumado el crimen, montó Oliverotto a caballo, atravesó la ciudad y sitió en su palacio al magistrado supremo. Los ciudadanos no tuvieron entonces más remedio que someterse y constituir un gobierno del cual Oliverotto se hizo nombrar jefe.<sup>243</sup> Muertos todos los que hubieran

---

<sup>241</sup> ¡Travieso! Hay, en toda esta historia de Oliverotto, muchas cosas que sabré aprovechar cuando llegue el momento (G).

<sup>242</sup> Se asemejaba ello al famoso banquete de la Iglesia de San Sulpicio, que me hice ofrecer por los diputados a mi regreso de Italia, después de fructidor, mas la pera no estaba todavía madura (RC).

<sup>243</sup> Perfeccioné bastante bien esta maniobra el 18 brumario, y sobre todo al día siguiente de Saint Cloud (RC).

podido significar un peligro para él,<sup>244</sup> se preocupó por reforzar su poder con nuevas leyes civiles<sup>245</sup> y militares<sup>246</sup> de manera que, durante el año que gobernó,<sup>247</sup> no sólo estuvo seguro en Fermo, sino que se hizo temer por todos los vecinos. Y habría sido tan difícil de derrocar como Agátocles si no se hubiese dejado engañar por César Borgia y prender, junto con los Orsini y los Vitelli, en Sinigaglia, donde, un año después de su parricidio,<sup>248</sup> fue estrangulado en compañía de Vitellozzo, su maestro en hazañas y crímenes.<sup>249</sup>

Podría alguien preguntarse a qué se debe que, mientras Agátocles y otros de su calaña, a pesar de sus traiciones y rigores sin número, pudieron vivir durante mucho tiempo y a cubierto de su patria, sin temer conspiraciones, y pudieron a la vez defenderse de los enemigos de afuera, otros, en cambio, no sólo mediante medidas tan extremas no lograron conservar su Estado en épocas dudosas de guerra, sino tampoco en tiempos de paz. Creo que depende del *bueno o mal uso que se hace de la crueldad*<sup>250</sup> Llamaría bien empleadas a las crueldades (si a lo malo se lo puede llamar bueno) cuando se aplican de una

---

<sup>244</sup> Me bastaba, por de pronto, espantarlos, dispersarlos y hacerles huir. Era necesario sostener lo que había mandado decir a Barrás, solamente: que no me gustaba la sangre (RC)

<sup>245</sup> ¡Que acaben, pues, bien pronto ese Código Civil, al que quiero dar mi nombre! (RC)

<sup>246</sup> Esto dependía enteramente de mí y he provisto a todo en forma cómoda Y progresiva (RC).

<sup>247</sup> Tonto que se deja quitar la vida con la soberanía (E).

<sup>248</sup> Con esta palabra de reprobación aparenta Maquiavelo transformarle en un crimen. ¡Pobre hombre! (RC).

<sup>249</sup> La gente bonachona dirá que Oliverotto lo tenía bien merecido y que Borgia había sido el instrumento de un justo castigo. Lo siento, sin embargo, por Oliverotto. Este episodio no sería de buen agüero para mí si hubiera en la tierra otro César Borgia que yo (RI).

<sup>250</sup> Hay sin duda algunos males que se curan sólo con el hierro y el fuego. En política, como en cirugía, los cirujanos piadosos no curan ciertas llagas, sino que matan a los enfermos. (Cristina de Suecia.)

sola vez<sup>251</sup> por absoluta necesidad de asegurarse<sup>252</sup> y cuando no se insiste en ellas<sup>253</sup> sino, por el contrario, se trata de que las primeras se vuelvan todo lo beneficiosas posible para los súbditos.<sup>254</sup> Mal empleadas son las que, aunque poco graves al principio, con el tiempo antes crecen que se extinguen.<sup>255</sup> Los que observan el primero de estos procedimientos pueden, como Agátocles, con la ayuda de Dios y de los hombres, poner algún remedio a su situación; los otros es imposible que se conserven en sus Estados.<sup>256</sup> De donde se concluye que, al apoderarse de un Estado, todo usurpador debe reflexionar sobre los crímenes que le es preciso cometer, y ejecutarlos todos a la vez,<sup>257</sup> para que no tenga que renovarlos día a día y, al no verse en esa necesidad, pueda conquistar a los hombres a fuerza de beneficios. Quien procede de otra manera, por timidez<sup>258</sup> o por haber sido mal aconsejado<sup>259</sup> se ve siempre obligado a estar con el cuchillo en la mano,<sup>260</sup> y mal puede contar con súbditos a quienes sus ofensas continuas y todavía recientes llenan de desconfianza. Porque las ofensas deben inferirse de una sola vez para que, durando menos, hieran menos;<sup>261</sup>

---

<sup>251</sup> Si hubieran comenzado con esto, como Carlos II y otros muchos, estaba perdida mi causa. Todos contaban con ello: ninguno hubiera censurado; bien pronto el pueblo no hubiese pensado más en eso y me habría olvidado (E).

<sup>252</sup> Por fortuna, esto es lo que menos los ocupa (E).

<sup>253</sup> Si se acaloran mucho tiempo en esta operación, van contra sus intereses. Cuando la memoria de la acción que debe castigarse ha envejecido, el que la castigue sólo parecerá un hombre genialmente cruel, porque lo que hace justo el castigo estará como olvidado (E).

<sup>254</sup> Era fácil (E).

<sup>255</sup> Este método, el único que les queda a los ministros, no puede menos de serme favorable (E).

<sup>256</sup> Se verá bien pronto una nueva prueba de ello (E).

<sup>257</sup> La consecuencia es justa, y el precepto de rigor (E).

<sup>258</sup> Todo lo que se hace por timidez está mal hecho. (Cristina de Suecia.)

<sup>259</sup> Una y otra causa de ruina están a su lado; la segunda esta casi toda a mi disposición (E).

<sup>260</sup> Cuando se lo permiten (E).

mientras que los beneficios deben proporcionarse poco a poco; a fin de que se saboreen mejor.<sup>262</sup> <sup>263</sup>Y, sobre todas las cosas, un príncipe vivirá con sus súbditos de manera tal, que ningún acontecimiento, favorable o adverso, lo haga variar;<sup>264</sup> pues la necesidad que se presenta en los tiempos difíciles y que no se ha previsto, tú no puedes remediarla;<sup>265</sup> y el bien que tú hagas ahora de nada sirve<sup>266</sup> ni nadie te lo agradece, porque se considera hecho a la fuerza.

---

<sup>261</sup> Los que, empezados muy tarde, se inician tímidamente, probándose sobre los más débiles, hacen clamar y rebelarse a los más fuertes. Aprovechémonos de ello (E).

<sup>262</sup> Es necesario hacerse temer y amar. Este el único secreto. (Cristina de Suecia.)

<sup>263</sup> Cuando los derraman a manos llenas, los recogen muchos que son indignos, y no los agradecen los otros (E).

<sup>264</sup> ¡Y parece que uno está sobre un eje! (E).

<sup>265</sup> Lo experimentarán (E).

<sup>266</sup> Y entonces, por más que se dé y se prometa, no servirá de nada, porque el pueblo permanece naturalmente con indiferencia ante quien cae por dilapidador y falto de previsión (E).

## CAPITULO IX

### DEL PRINCIPADO CIVIL

Trataremos ahora del segundo caso: aquel en que un ciudadano, no por crímenes ni violencia,<sup>267</sup> sino gracias al favor de sus compatriotas, se convierte en príncipe. El Estado así constituido puede llamarse *principado civil*. El llegar a él no depende por completo de los méritos o de la suerte; depende, más bien, de una cierta habilidad propiciada por la fortuna.<sup>268</sup> y que necesita, o bien del apoyo del pueblo, o bien del de los nobles.<sup>269</sup> Porque en toda ciudad se encuentran estas dos fuerzas contrarias una de las cuales lucha por mandar y oprimir a la otra que no quiere ser mandada ni oprimida. Y del choque de las dos corrientes surge uno de estos tres efectos: o principado, o libertad, o licencia.

El principado pueden implantarlo tanto el pueblo como los nobles, según que la ocasión se presente a uno o a otros. Los nobles, cuando comprueban que no pueden resistir al pueblo,<sup>270</sup> concentran toda la autoridad e uno de ellos<sup>271</sup> y lo hacen príncipe<sup>272</sup> para poder, a su sombra, dar rienda suelta a sus apetitos. El pueblo, cuando a su vez comprueba que no puede hacer frente a lo grandes, cede su autoridad a uno y lo hace príncipe para que lo defienda.<sup>273</sup> Pero el que llega al

---

<sup>267</sup> Es lo que querría, pero es cosa difícil (G).

<sup>268</sup> Este recurso no está, sin embargo, fuera de mi alcance y me ha servido ya con bastante acierto (G).

<sup>269</sup> Trataremos, por lo menos, de reunir las apariencias de uno y de otros (G).

<sup>270</sup> Es la situación del partido directorial; valgámonos de él para aumentar mi consideración en el concepto del pueblo (G).

<sup>271</sup> Se verán arrasados (G).

<sup>272</sup> Acepto este vaticinio (G).

<sup>273</sup> Le haremos trabajar en este sentido a fin de que, por un motivo totalmente opuesto, se dirija al mismo fin que los directoriales (G).

principado con la ayuda de los nobles se mantiene con más dificultad que el que ha llegado mediante el apoyo del pueblo<sup>274</sup> porque los que lo rodean se consideran sus iguales<sup>275</sup> y en tal caso se le hace difícil mandarlos y manejarlos como quisiera. Mientras que el que llega por el favor popular<sup>276</sup> es única autoridad, y no tiene en derredor a nadie o casi nadie que no esté dispuesto a obedecer.<sup>277</sup> Por otra parte, no puede honradamente satisfacer a los grandes sin lesionar a los demás;<sup>278</sup> pero, en cambio, puede satisfacer al pueblo, porque la finalidad del pueblo es más honesta que la de los grandes, queriendo estos oprimir, y aquél no ser oprimido.

Agréguese a esto que un príncipe jamás podrá dominar a un pueblo cuando lo tenga por enemigo, porque son muchos los que lo forman; a los nobles, como se trata de pocos, le será fácil. Lo peor que un príncipe puede esperar de un pueblo que no lo ame es el ser abandonado por él; de los nobles, si los tiene por enemigos, no sólo debe temer que lo abandonen, sino su se rebelen contra él; pues, más astutos y clarividentes siempre están a tiempo para ponerse en salvo, a la vez los que no dejan nunca de congratularse con el que es esperan

---

<sup>274</sup> Aparentaré haberla conseguido sólo por él y para él (G).

<sup>275</sup> Me han estorbado siempre con crueldad (E).

<sup>276</sup> Porque no pude acertar a hacer creer que me hallaba en este caso. Me compondré para parecerlo mejor a mi regreso (E).

<sup>277</sup> Y, sin embargo, los había atraído a este punto (E).

<sup>278</sup> Los míos eran insaciables. Estos hombres de revolución no tienen jamás bastante. No la hicieron más que para enriquecerse, y su codicia crece con sus adquisiciones. Si se anticipan al partido que va a triunfar y le favorecen, es sólo para tener sus favores. Después, destruirán al que hayan elevado, cuando la no tenga más que darles, porque querran recibir siempre. Siempre habrá el mayor peligro en servirse de tales partidarios. Pero ¿cómo pasarse sin ellos? ¡Especialmente yo, que carezco de otro apoyo! ¡Ah, si tuviera el título de sucesión al trono, estos hombres no podrían venderme ni perjudicarme! (E).

resultará vencedor.<sup>279</sup> Por último, es una necesidad para el príncipe vivir siempre con el mismo pueblo, pero no con los mismos nobles, supuesto que puede crear nuevos o deshacerse de los que tenía, y quitarles o concederles autoridad a capricho.<sup>280</sup>

Para aclarar mejor esta parte en lo que se refiere los grandes, digo que se deben considerar en dos aspectos principales: o proceden de tal manera que se unen por completo a su suerte, o no. A aquellos que se unen y no son rapaces<sup>281</sup> se les debe honrar y amar; a aquellos que no se unen, se les tiene que considerar de dos maneras: si hacen esto por pusilanimidad y defecto natural del ánimo, entonces tú debes servirte en especial de aquellos que son de buen criterio, porque en la prosperidad te honrarán y en la adversidad no son de temer;<sup>282</sup> pero cuando no se unen sino por cálculo y por ambición es señal de que piensan más en sí mismos que en tí, y de ellos se debe cuidar el príncipe y temerles como si se tratase de enemigos declarados, porque esperarán la adversidad para contribuir a su ruina.<sup>283</sup>

El que llegue a príncipe mediante el favor del pueblo debe esforzarse en conservar su afecto, cosa fácil, pues el pueblo sólo pide no ser oprimido. Pero el que se convierta en príncipe por el favor de los nobles y contra el pueblo procederá bien si se empeña ante todo en con-

---

<sup>279</sup> ¿Cómo no preví que estos ambiciosos, siempre prontos a anticiparse al curso de la fortuna, me abandonarían y aún me entregarían una vez que estuviera en la adversidad? Harán otro tanto en mi favor, contra él, en cuanto me vean en posición cómoda, pero listos para volver a empezar contra mí, oportunamente, si llego a vacilar. ¿Por que no pude formar grandes hombres nuevos! (E).

<sup>280</sup> Esto no es muy fácil; por lo menos, no tanto, no tanto como yo quisiera y debiera hacerlo. Lo tenté con respecto a... y a F...; ellos fueron más peligrosos a raíz de esto. El primero me entregó; el segundo, de quien necesito, ha permanecido sin definirse, pero lo tendremos de un modo u otro (E).

<sup>281</sup> No tengo casi ninguno de esta especie (RI).

<sup>282</sup> No tengo mal de esta índole (RI)

<sup>283</sup> No habla conocido bien esta verdad; el éxito me la ha hecho comprender con dureza. ¿Podré aprovecharme de ello en lo venidero? (E).

quitarlo, lo que sólo le será fácil si lo toma bajo su protección.<sup>284</sup> Y dado que los hombres se sienten más agradecidos cuando reciben bien de quien sólo esperaban mal,<sup>285</sup> se somete el pueblo más a su bienhechor que si lo hubiese conducido al principado por su voluntad. El príncipe puede ganarse a su pueblo de muchas maneras, que no mencionaré porque es imposible dar reglas fijas sobre algo que varía tanto según las circunstancias. Insistiré tan sólo en que un príncipe necesita contar con la amistad del pueblo,<sup>286</sup> pues de lo contrario no tiene remedio en la adversidad.<sup>287</sup>

Nabis, príncipe de los espartanos, resistió el ataque de toda Grecia y de un ejército romano invicto, y le bastó, surgido el peligro, asegurarse de muy pocos para defender contra aquéllos su patria y su Estado, que si hubiese tenido por enemigo al pueblo, no le bastara. Y que no se pretenda desmentir mi opinión con el gastado proverbio de que *quien confía en el pueblo edifica sobre arena*,<sup>288</sup> porque el proverbio sólo es verdadero cuando se trata de un simple ciudadano que confía en el pueblo como si el pueblo tuviese el deber de liberarlo cuando los enemigos o las autoridades lo oprimen. Quien así lo interpretara se engañaría a menudo, como los Gracos en Roma y Jorge Scali en Florencia. Pero si es un príncipe quien confía en él, y un príncipe valiente que sabe mandar, que no se acobarda en la adversidad y mantiene con su ánimo y sus medidas el ánimo de todo su pueblo, no sólo no se verá nunca defraudado, sino que se felicitará de haber depositado en él su confianza.<sup>289 290</sup>

---

<sup>284</sup> Procuraré hacerlo creer (G).

<sup>285</sup> Necesito, sin embargo, fuertes contribuciones y numerosos soldados (RC).

<sup>286</sup> Este era mi lado flaco (C).

<sup>287</sup> Me lo han dado a conocer cruelmente (C).

<sup>288</sup> Sí y sí, cuando el pueblo no es más que arena (C).

<sup>289</sup> Es dudoso y sólo resulta cierto cuando se es él más fuerte. (Cristina de Suecia.)

Estos principados peligran, por lo general, cuando quieren pasar le principado civil a principado absoluto; pues estos príncipes gobiernan por sí mismos o por intermedio de magistrados. En el último caso, su permanencia es más insegura y peligrosa, porque depende de la voluntad de los ciudadanos que ocupan el cargo de magistrados, los cuales, y sobre todo en épocas adversas pueden arrebatárle muy fácilmente el poder, ya dejando de obedecerle, ya sublevando al pueblo contra ellos.<sup>291</sup> Y el príncipe, rodeado de peligros, no tiene tiempo para asumir la autoridad absoluta, ya que los ciudadanos y los súbditos, acostumbrados a recibir nada más que de los magistrados, no están en semejantes trances dispuestos a obedecer las suyas.<sup>292</sup> Y no encontrará nunca, en los tiempos dudosos, gentes en quien poder confiar,<sup>293</sup> puesto que tales príncipes no pueden tomar como ejemplo lo que sucede en tiempos normales, cuando los ciudadanos tienen necesidad del Estado, y corren y prometen y quieren morir por él, porque la muerte está lejana;<sup>294</sup> pero en los tiempos adversos, cuando el Estado tiene necesidad de los ciudadanos, hay pocos que quieran acudir en su ayuda. Y esta experiencia es tanto más peligrosa cuanto que no puede intentarse sino una vez.<sup>295</sup> Por ello, un príncipe hábil debe hallar una manera por la cual sus ciudadanos siempre y en toda

---

<sup>290</sup> De todo esto sólo me faltó la ventaja de ser amado por el pueblo y sin embargo... Pero el hacerse amar en la situación en que me hallaba, con las necesidades que tenía era muy difícil (C).

<sup>291</sup> Se va a ver como sucede (E).

<sup>292</sup> Cuento con éste (E).

<sup>293</sup> ¿En dónde las hallará? (E).

<sup>294</sup> No lo vislumbran en esas protestas de amistad y cartas de congratulación que los tranquilizan. ¡No saben, pues, todavía, como se produce esto! (E).

<sup>295</sup> Si saliera bien del apuro la primera vez, me desquitaría con ventaja, en cuanto pudiera, por mí o por otro (E).

ocasión tengan necesidad del Estado y de él.<sup>296</sup> Y así le serán siempre fieles.<sup>297</sup>

---

<sup>296</sup> No se piensa nunca bastante en esta verdad (E).

<sup>297</sup> En este mundo no se pueden pasar los unos sin los otros. Muy rara, vez es imprescindible fiarse de alguien, a menudo es imprescindible aparentar que uno se fía. (Cristina de Suecia.)

## CAPITULO X

### COMO DEBEN MEDIRSE LAS FUERZAS DE TODOS LOS PRINCIPADOS

Conviene, al examinar la naturaleza de estos principados, hacer una consideración más, a saber: si un príncipe posee un Estado tal que pueda, en caso necesario, sostenerse por sí mismo,<sup>298</sup> o si tiene, en tal caso, que recurrir a la ayuda de otros.<sup>299</sup> Y para aclarar mejor este punto, digo que considero capaces de poder sostenerse por sí mismos a los que, o por abundancia de hombres o de dinero, pueden levantar un ejército respetable y presentar batalla a quienquiera que se atreva a atacarlos;<sup>300</sup> y considero que tienen siempre necesidad de otros a los que no pueden presentar batalla al enemigo en campo abierto, sino que se ven obligados a refugiarse dentro de sus muros para defenderlos.<sup>301</sup> Del primer caso ya se ha hablado, y se agregará más adelante lo que sea oportuno. Del segundo caso no se puede decir nada, salvo aconsejar a los príncipes que fortifiquen y abastezcan la ciudad en que residan y que se despreocupen de la compañía.<sup>302</sup> Quien tenga bien fortificada su ciudad, y con respecto a sus súbditos se haya conducido de acuerdo con lo ya expuesto y con lo que expondré más adelante, difícilmente será asaltado; porque los hombres son enemigos de las empresas demasiado arriesgadas, y no puede reputarse por fácil el asalto a alguien que tiene su ciudad bien fortificada y no es odiado por

---

<sup>298</sup> Como Francia con las conscripciones, embargos, etc. (G)

<sup>299</sup> No vale nada (G).

<sup>300</sup> Con mayor razón cuando pueden atacar y hacer temblar a todos los otros (G).

<sup>301</sup> ¡Triste cosa! No la querría yo (G).

<sup>302</sup> Esto no me incumbe (G).

el pueblo.<sup>303</sup> Las ciudades de Alemania son libérrimas; tienen poca campaña, y obedecen al emperador cuando les place,<sup>304</sup> pues no le temen, así como no temen a ninguno de los poderosos que las rodean. La razón es simple: están tan bien fortificadas que no puede menos de pensarse que el asedio sería arduo y prolongado.<sup>305</sup> Tienen muros y fosos adecuados, tanta artillería como necesitan, y guardan en sus almacenes lo necesario para beber, comer y encender fuezo durante un año;<sup>306</sup> aparte de lo cual, y para poder mantener a los obreros sin que ello sea una carga para el erario público, disponen siempre de trabajo para un año en esas obras que son el nervio y la vida de la ciudad. Por último, tienen en alta estima los ejercicios militares, que reglamentan con infinidad de ordenanzas.<sup>307</sup>

Un príncipe, pues, que gobierne una plaza fuerte, y a quien el pueblo no odie, no puede ser atacado; pero si lo fuese, el atacante se vería obligado a retirarse sin gloria, porque son tan variables las cosas de este mundo que es imposible que alguien permanezca con sus ejércitos un año sitiando ociosamente una ciudad.<sup>308</sup> Y al que me pregunte si el pueblo tendrá paciencia, y el largo asedio y su propio interés no le harán olvidar al príncipe, contesto que un príncipe poderoso y valiente superará siempre estas dificultades, ya dando esperanza a sus súbditos de que el mal no durará mucho, ya infundiéndoles terror con la amenaza de las vejaciones del enemigo, o ya asegurándose diestramente

---

<sup>303</sup> Me he encontrado, sin embargo, en este caso; pero me aprovecharé de la primera ocasión para fortificar mi capital, sin que adivinen el verdadero motivo (E).

<sup>304</sup> Son venales. (Cristina de Suecia.)

<sup>305</sup> Bueno para el tiempo pasado. Además, no se trata aquí de agresores franceses (G).

<sup>306</sup> ¿Qué plaza resistirá tanto tiempo si es atacada en forma sin ser socorrida? (Cristina de Suecia.)

<sup>307</sup> De qué sirvieron estas precauciones contra nuestro ardor en Alemania y Suiza? (RC).

<sup>308</sup> No ando rondando un año, sin hacer nada, bajo los muros ajenos (RC).

de los que le parezcan demasiado osados.<sup>309</sup> Añadiremos a esto que es muy probable que el enemigo devaste y saquee la comarca a su llegada, que es cuando los ánimos están más caldeados y más dispuestos a la defensa; momento propicio para imponerse, porque, pasados algunos días, cuando los ánimos se hayan enfriado, los daños estarán hechos, las desgracias se habrán sufrido y no quedará ya remedio alguno. Los súbditos se unen por el lo más estrechamente a su príncipe, como si el haber sido incendiadas sus casas y devastadas sus posesiones en defensa del señor obligara a éste a protegerlos.<sup>310</sup> Está en la naturaleza de los hombres el quedar reconocidos lo mismo por los beneficios que hacen que por los que reciben. De donde, si se considera bien todo, no será difícil a un príncipe sabio mantener firme el ánimo de sus ciudadanos durante el asedio, siempre y cuando no carezcan de víveres ni de medios de defensa.<sup>311</sup>

---

<sup>309</sup> El mejor y aun el único medio es contenerlos a todos por igual empleando el terror; oprimidos, y no se sublevaran ni osarán respirar (RI).

<sup>310</sup> Sea o no así, me da lo mismo. No lo necesito (RI).

<sup>311</sup> Con qué defenderse, que es lo esencial (RI).

## CAPITULO XI

### DE LOS PRINCIPADOS ECLESIASTICOS

Sólo nos resta discurrir sobre los principados eclesiásticos, respecto a los cuales todas las dificultades existen antes de poseerlos, pues se adquieren o por valor o por suerte, y se conservan sin el uno ni la otra, dado que se apoyan en antiguas instituciones religiosas que son tan potentes y de tal calidad, que mantienen a sus príncipes en el poder sea cual fuere el modo en que éstos procedan y vivan.<sup>312</sup>

Estos son los únicos que tienen Estados y no los defienden; súbditos, y no los gobiernan.<sup>313</sup> Y los Estados, a pesar de hallarse indefensos, no les son arrebatados, y los súbditos, a pesar de carecer de gobierno, no se preocupan, ni piensan, ni podrán sustraerse a su soberanía. Son, por consiguiente, los únicos principados seguros y felices.<sup>314</sup> Pero como están regidos por leyes superiores, inasequibles a la mente humana, y como han sido inspirados por el Señor, sería oficio de hombre presuntuoso y temerario el pretender hablar de ellos.<sup>315</sup> Sin embargo, si alguien me preguntase a qué se debe que la Iglesia haya llegado a adquirir tanto poder temporal, ya que antes de Alejandro,<sup>316</sup> no sólo las potencias italianas, sino hasta los nobles y señores

---

<sup>312</sup> ¡Ah, si yo pudiera en Francia convertirme en Augusto y supremo pontífice de la religión (G).

<sup>313</sup> Todos los príncipes de hoy son eclesiásticos en este sentido. Toda Italia se halla en esta situación, y también gran parte de Europa. (Cristina de Suecia.)

<sup>314</sup> ¿Es posible ser más desdichado de lo que lo son los pueblos del Estado eclesiástico bajo Inocencio XI? (Cristina de Suecia.)

<sup>315</sup> Esta ironía merecía, por cierto, todos los rayos espirituales de la potestad temporal del Vaticano (G)

<sup>316</sup> Alejandro VI fue un gran papa, a pesar de lo que se diga. (Cristina de Suecia.)

de menor importancia respetaban muy poco su fuerza temporal,<sup>317</sup> mientras que ahora ha hecho temblar a un rey de Francia, y aun pudo arrojarlo de Italia, y ha arruinado a los venecianos, no consideraría inútil recordar las circunstancias, aunque sean bastante conocidas.<sup>318</sup>

Antes que Carlos, rey de Francia, entrase en Italia, esta provincia estaba bajo la dominación del papa, de los venecianos, del rey de Nápoles, del duque de Milán y de los florentinos. Estas potencias debían tener dos cuidados principales: evitar que un ejército extranjero invadiese a Italia y procurar que ninguna de ellas preponderara. Los que despertaban más recelos eran los venecianos y el papa. Para contener a aquéllos era necesaria una coalición de todas las demás potencias, como se hizo para la defensa de Ferrara.<sup>319</sup> Para contener al papa, bastaban los nobles romanos, que, divididos en dos facciones, los Orsini y los Colonna, disputaban continuamente y acudían a las armas a la vista misma del pontífice, con lo cual la Santa Sede estaba siempre débil y vacilante.<sup>320</sup> Y aunque alguna vez surgiese un papa enérgico, como lo fue Sixto, ni la suerte ni la experiencia pudieron servirle jamás de manera decisiva, a causa de la brevedad de su vida, pues los diez años que, como término medio, vive un papa bastaban apenas para debilitar una de las facciones. Y si, por ejemplo, un papa había casi conseguido exterminar a los Colonna, resurgían éstos bajo otro enemigo de los Orsini, a quienes tampoco había tiempo para hacer desaparecer por completo; por todo lo cual las fuerzas temporales del

---

<sup>317</sup> Hoy ya no se teme ni al poder temporal ni el espiritual. (Cristina de Suecia.)

<sup>318</sup> Entiendes mal los intereses de tu reputación, y la corte de Roma no te perdonará esta historia indiscreta (G).

<sup>319</sup> Segunda guerra contra el ducado de Ferrara (1510-12), en la que participaron, coligados, el papa, España, Inglaterra y los venecianos. El duque de Ferrara, a quien en esa ocasión ayudaron los franceses, fue vencido y despojado de la mayor (...)

<sup>320</sup> Juiciosas reflexiones dignas de meditarse (G).

papa eran poco temidas en Italia.<sup>321</sup> Vino por fin Alejandro VI y probó, como nunca lo había probado ningún pontífice, de cuánto era capaz un papa con fuerzas y dinero;<sup>322</sup> pues tomando al duque Valentino por instrumento, y la llegada de los franceses como motivo, hizo todas esas cosas que he contado al hablar sobre las actividades del duque. Y aunque su propósito no fue engrandecer a la Iglesia, sino al duque, no es menos cierto que lo que realizó redundó en beneficio de la Iglesia, la cual, después de su muerte y de la del duque, fue heredera de sus fatigas. Lo sucedió el papa Julio, quien, con una Iglesia engrandecida y dueña de toda la Romaña, con los nobles romanos dispersos por las persecuciones de Alejandro,<sup>323</sup> y abierto el camino para procurarse dinero, cosa que nunca había ocurrido antes de Alejandro, no sólo mantuvo las conquistas de su predecesor, sino que las acrecentó; y después de proponerse la adquisición de Bolonia, la ruina de los venecianos y la expulsión de los franceses de Italia,<sup>324</sup> lo llevó a cabo con tanta más gloria cuanto que lo hizo para engrandecer la Iglesia y no a ningún hombre. Dejó las facciones Orsini y Colonna en el mismo estado en que las encontró;<sup>325</sup> y aunque ambas tuvieron jefes capaces de rebelarse, se quedaron quietas por dos razones: primero por la grandeza de la Iglesia, que los atemorizaba, y después, por carecer de cardenales que perteneciesen a sus partidos, origen siempre de discordia entre ellos. Que de nuevo se repetirán toda vez que tengan cardenales<sup>326</sup> que los representasen, pues éstos fomentan dentro y fuera de Roma la creación de partidos que los nobles de una y otra familia se ven obligados a apoyar. Por lo cual cabe decir que las disensiones y disputas entre los nobles son originadas por la ambición de

---

<sup>321</sup> Lo mismo hago (G).

<sup>322</sup> En su tiempo y país (G).

<sup>323</sup> Me hubiera gustado poder hacer lo mismo en Francia (G).

<sup>324</sup> He aquí lo que se llama obrar como grande hombre (C).

<sup>325</sup> Es lo único que me conviene hacer en Francia (RC).

<sup>326</sup> No haría mal en tener allí muchos cardenales que me debieran su birrete encarnado (RC).

los prelados<sup>327</sup>. Ha hallado, pues, Su Santidad el papa León una Iglesia potentísima; y se puede esperar que así como aquéllos la hicieron grande por las armas, éste la hará aún más poderosa y venerable por su bondad y sus mil otras virtudes.

---

<sup>327</sup> Me valdré de ella para el triunfo de la mía (RC).

## CAPITULO XII

### DE LAS DISTINTAS CLASES DE MILICIAS Y DE LOS SOLDADOS MERCENARIOS

Después de haber discurrido detalladamente sobre la naturaleza de los principados de los cuales me había propuesto tratar, y de haber señalado en parte las causas de su prosperidad o ruina y los medios con que muchos quisieron adquirirlos y conservarlos, réstame ahora hablar de las formas de ataque y defensa que pueden ser necesarias en cada uno de los Estados a que me he referido.

Ya he explicado antes como es preciso que un príncipe eche los cimientos de su poder, porque, de lo contrario, fracasaría inevitablemente. Y los cimientos indispensables a todos los Estados, nuevos, antiguos o mixtos, son las buenas leyes y las buenas tropas; y como aquéllas nada pueden donde faltan éstas, y como allí donde hay buenas tropas por fuerza ha de haber buenas leyes, pasaré por alto las leyes y hablaré de las tropas.

Digo, pues, que las tropas con que un príncipe defiende sus Estados son propias, mercenarias, auxiliares o mixtas. Las mercenarias y auxiliares son inútiles y peligrosas;<sup>328</sup> y el príncipe cuyo gobierno descansa en soldados mercenarios no estará nunca seguro ni tranquilo, porque están desunidos, porque son ambiciosos, desleales, valientes entre los amigos, pero cobardes cuando se encuentran frente a los enemigos; porque no tienen disciplina, como tienen temor de Dios ni buena fe con los hombres; de modo que no se difiere la ruina sino mientras se difiere la ruptura; y ya durante la paz despojan a su príncipe tanto como los enemigos durante la guerra, pues no tienen otro

---

<sup>328</sup> Cuando uno no tiene tropas propias o cuando las mercenarias o auxiliares son más numerosas, es evidente (G).

amor ni otro motivo que los lleve a la batalla que la paga del príncipe, la cual, por otra parte, no es suficiente para que deseen morir por él. Quieren ser sus soldados mientras el príncipe no hace la guerra; pero en cuanto la guerra sobreviene, o huyen o piden la baja.<sup>329</sup> Poco me costaría probar esto, pues la ruina actual de Italia no ha sido causada sino por la confianza depositada durante muchos años en las tropas mercenarias, que hicieron al principio, y gracias a ciertos jefes, algunos progresos que les dieron fama de bravas; pero que demostraron lo que valían en cuanto aparecieron a la vista ejércitos extranjeros. De tal suerte que Carlos, rey de Francia, se apoderó de Italia con un trozo de tiza. Y los que afirman que la culpa la tenían nuestros pecados, decían la verdad, aunque no se trataba de los pecados que imaginaban, sino de los que he expuesto. Y como estos pecados los cometieron los príncipes, sobre ellos recayó el castigo.<sup>330</sup>

Quiero dejar mejor demostrada la ineficacia de estos ejércitos. Los capitanes mercenarios o son hombres de mérito o no lo son; no se puede confiar en ellos si lo son porque aspirarán siempre a forjar su propia grandeza, ya tratando de someter al príncipe su señor, ya tratando de oprimir a otros al margen de los designios del príncipe,<sup>331</sup> y mucho menos si no lo son,<sup>332</sup> pues con toda seguridad llevarán al príncipe a la ruina. Y a quien objetara que esto podría hacerlo cualquiera, mercenario o no, replicaría con lo siguiente: que un principado o una república deben tener sus milicias propias; que, en un principado, el príncipe debe dirigir las milicias en persona y hacer el oficio de capitán;<sup>333</sup> y en las repúblicas, un ciudadano; y si el ciudadano nom-

---

<sup>329</sup> Exceptúo, sin embargo, a los suizos (E).

<sup>330</sup> En tiempos del buen hombre cualquier falta, ya política, ya moral, se llamaba pecado, y no era más indulgente con las faltas de los estadistas que lo que lo son hoy los jansenistas con los pecados del vulgo (G).

<sup>331</sup> Ejército formado por un predecesor enemigo, y que sólo están realmente a vuestro servicio porque les pagáis, no son más que mercenarios (E).

<sup>332</sup> Ellos le tienen entre sus fieles (E).

<sup>333</sup> Lo sé; ellos deberían saberlo. Pero ¿lo puede él? (E).

brado no es apto, se lo debe cambiar; y si es capaz para el puesto, sujetarlo por medio de leyes.<sup>334</sup> La experiencia enseña que sólo los príncipes y repúblicas armadas pueden hacer grandes progresos, y que las armas mercenarias sólo acarrearán daños.<sup>335</sup> Y es más difícil que un ciudadano someta a una república que está armada con armas propias<sup>336</sup> que una armada con armas extranjeras.

Roma y Esparta se conservaron libres durante muchos siglos porque estaban armadas. Los suizos son muy libres porque disponen de armas propias. De las armas mercenarias de la antigüedad son un ejemplo los cartagineses, los cuales estuvieron a punto de ser sometidos por sus tropas mercenarias, después de la primera guerra con los romanos, a pesar de que los cartagineses tenían por jefes a sus mismos conciudadanos. Filipo de Macedonia, nombrado capitán de los tebanos a la muerte de Epaminondas, les quitó la libertad después de la victoria. Los milaneses, muerto el duque Felipe, tomaron a sueldo a Francisco Sforza para combatir a los venecianos; y Sforza venció al enemigo en Caravaggio y se alió después con él para sojuzgar a los milaneses, sus amos.<sup>337</sup> El padre de Francisco Sforza, estando al servicio de la reina Juana de Nápoles, la abandonó inesperadamente; y ella, al quedar sin tropas que la defendiesen, se vio obligada, para no perder el reino, a entregarse en manos del rey de Aragón.<sup>338</sup> Y si los florentinos y venecianos extendieron sus dominios gracias a esas mili-

---

<sup>334</sup> No hay decreto ni orden que pueda estorbarle. No se hace la ley, sino que él la da (G).

<sup>335</sup> Contad con esto, si no tenéis más que mercenarios (E).

<sup>336</sup> Pero puede caer al fin (G).

<sup>337</sup> Puede hacerse lo mismo con tropas que sólo reciben sueldo del Estado. Se trata de infundirles el espíritu que tienen las tropas mercenarias; lo que es fácil cuando uno tiene el presupuesto militar a su disposición, por las contribuciones que hace entrar en él. La facilidad es aún mayor cuando uno está con sus tropas en países lejanos, donde no pueden recibir otro influjo que el de su general. Aprovechese de ello (G).

<sup>338</sup> En cualesquiera brazos que os echéis, aunque colmen vuestro principal deseo, terminarán por haceros más mal que bien (E).

cias, y si sus capitanes los defendieron en vez de someterlos<sup>339</sup> se debe exclusivamente a la suerte; porque de aquellos capitanes a los que podían temer unos no vencieron nunca,<sup>340</sup> otros encontraron oposición<sup>341</sup> y los últimos orientaron sus ambiciones hacia otra parte.<sup>342</sup> En el número de los primeros se contó Juan Aucut cuya fidelidad mal podía conocerse cuando nunca obtuvo una victoria; pero nadie dejará de reconocer que, si hubiese triunfado, quedaban los florentinos librados a su discreción. Francisco Sforza tuvo siempre por adversario a los Bracceschi, y se vigilaron mutuamente;<sup>343</sup> al fin, Francisco volvió sus miras hacia la Lombardía, y Braccio hacia la Iglesia<sup>344</sup> y el reino de Nápoles.

Pero atendamos a lo que ha sucedido hace poco tiempo.<sup>345</sup> Los florentinos nombraron capitán de sus milicias a Pablo Vitelli, varón muy prudente que, de condición modesta, había llegado a adquirir gran fama. A haber tomado a Pisa, los florentinos se hubiesen visto obligados a sostenerlo, porque estaban perdidos si se pasaba a los enemigos, y si hubieran querido que se quedara, habrían debido obedecerle.<sup>346</sup> Si se consideran los procedimientos de los venecianos, se verá que obraron con seguridad y gloria mientras hicieron la guerra con sus propios soldados, lo que sucedió antes que tentaran la suerte en tierra firme, cuando contaban con nobles y plebeyos que defendían

---

<sup>339</sup> Apenas tuvo otro título que el de hombre honrado aquel famoso Bartolomé Coleoni que, con tantas oportunidades para hacerse rey de Venecia, no quiso. ¡Qué bobería haber aconsejado a los venecianos, al morir, que no dejaran en manos de otro tanto poder militar como le habían conferido a él! (G).

<sup>340</sup> Con éste conviene empezar (G).

<sup>341</sup> Veremos después si las hay insuperables (G).

<sup>342</sup> Lo importante es ver lo que promete más (G).

<sup>343</sup> Era menester saber destruirlo (G).

<sup>344</sup> ¡Sublime! Es el mejor modelo (G).

<sup>345</sup> ¡Por qué no pudiste seguirme! (RC).

<sup>346</sup> El Directorio murmurará y decretará lo que guste perseguiré siendo lo que soy y será preciso, en verdad, que mi ejército me obedezca (G).

lo suyo;<sup>347</sup> pero bastó que empezaran a combatir en tierra firme para que dejaran aquella virtud y adoptaran las costumbres del resto de Italia. Al principio de sus empresas por tierra firme, nada tenían que temer de sus capitanes, así por lo reducido del Estado como por la gran reputación de que gozaban; pero cuando bajo Carmagnola el territorio se fue ensanchando, notaron el error en que habían caído. Porque viendo que aquel hombre, cuya capacidad conocían, después de haber derrotado al duque de Milán, hacía la guerra con tanta tibieza, comprendieron que ya nada podía esperarse de él, puesto que no lo quería;<sup>348</sup> y dado que no podían licenciarlo, pues perdían lo que habían conquistado, no les quedaba otro recurso, para vivir seguros, que matarlo.<sup>349</sup> Tuvieron luego por capitanes a Bartolomé de Bérghamo, a Roberto de San Severino, al conde de Pitigliano y a otros de quienes no tenían que temer las victorias, sino las derrotas, como les sucedió luego en Vailá, donde en un día perdieron lo que con tanto esfuerzo habían conquistado en ochocientos años.<sup>350</sup> Porque estas milicias, o traen lentas, tardías y mezquinas adquisiciones, o súbitas y fabulosas pérdidas.

Y ya que estos ejemplos me han conducido a referirme a Italia, estudiemos la historia de las tropas mercenarias que durante tantos años la gobernaron, y remontémonos a los tiempos más antiguos, para que, vistos su origen y sus progresos, puedan corregirse mejor los errores.<sup>351</sup>

Es de saber que, en épocas no recientes, cuando el emperador empezó a ser arrojado de Italia<sup>352</sup> y el poder temporal del papa a acre-

---

<sup>347</sup> Gran beneficio de las conscripciones (RC).

<sup>348</sup> Hubiera visto esto mucho más pronto (RI).

<sup>349</sup> Es, en realidad, lo más seguro. Hubiera debido hacerlo yo con más frecuencia de lo que lo hice. Dos veces no bastaban; tengo que temerlo todo por no haberlo hecho tres veces por lo menos (RI).

<sup>350</sup> Peor que peor para ellos; todavía no lo han visto todo (G).

<sup>351</sup> Digresión superflua para mí (G).

<sup>352</sup> Restableceré allí el imperio (G).

centarse, Italia se dividió en gran número de Estados<sup>353</sup> porque muchas de las grandes ciudades tornaron las contra sus señores, que, favorecidos antes por el emperador, las tenían avasalladas; y el papa, para beneficiarse, ayudó en cuanto pudo a esas rebeliones.<sup>354</sup> De donde Italia pasó casi por entero a las manos de la Iglesia y de varias repúblicas<sup>355</sup> pues algunas de las ciudades habían nombrado príncipes a sus ciudadanos,<sup>356</sup> y como estos sacerdotes y estos ciudadanos no conocían el arte de la guerra, empezaron a tomar extranjeros a sueldo. El primero que dio reputación a estas milicias fue Alberico de Conio, de la Romaña, a cuya escuela pertenecen, entre otros, Braccio y Sforza, que en sus tiempos fueron árbitros de Italia.

Tras ellos vinieron todos los que hasta nuestros tiempos han dirigido esas tropas.<sup>357</sup> Y el resultado de su virtud lo hallamos en esto: que Italia fue recorrida libremente por Carlos, saqueada por Luis, violada por Fernando e insultada por los suizos.<sup>358</sup> El método que estos capitanes siguieron para adquirir primero el de quitarle importancia a la infantería. Y lo hicieron porque, no poseyendo tierras y teniendo que vivir de su industria, con pocos infantes no podían imponerse y les era imposible alimentar a muchos, ¡mientras que, con un número reducido de jinetes, se veían honrados sin que fuese un problema el proveer a su sustentación. Las cosas habían llegado a tal extremo, que en un ejército de veinte mil hombres no había dos mil infantes.<sup>359</sup> Por otra parte, se habían ingeniado para ahorrarse y ahorrar a sus soldados la fatiga y el miedo con la consigna de no matar en

---

<sup>353</sup> La división desaparecerá (G).

<sup>354</sup> Gregorio VII, especialmente, fue muy hábil en esto (G).

<sup>355</sup> Todo esto se cambiará (RC).

<sup>356</sup> Hacer obrar sólo para mí esos tres móviles a un tiempo (G).

<sup>357</sup> ¡Lastimosos caudillos de forajidos! (G).

<sup>358</sup> A los que hago temblar, después de haber hecho yo solo tanto como estos tres monarcas juntos, y eso contra tropas mucho más formidables (RC).

<sup>359</sup> ¡Miserable! ¡Lastimoso! (G)

las refriegas, sino tomar prisioneros, sin degollarlos.<sup>360</sup> No asaltaban de noche las ciudades, ni los campesinos atacaban las tiendas; no levantaban empalizadas ni abrían fosos alrededor del campamento, ni vivían en él durante el invierno. Todas estas cosas, permitidas por sus códigos militares, las inventaron ellos, como he dicho, para evitarse fatigas y peligros.<sup>361</sup> Y con ellas condujeron a Italia a la esclavitud y a la deshonra.<sup>362</sup>

---

<sup>360</sup> ¡Cobardía! ¡Necedad! Acuchillar, hacer añicos, despedazar, anilquilar, aterrar (G).

<sup>361</sup> Cuando es posible, es menester hacer lo contrario, para tener buenas tropas (G).

<sup>362</sup> Debía suceder necesariamente (G).

## CAPITULO XIII

### DE LOS SOLDADOS AUXILIARES, MIXTOS Y PROPIOS

Las tropas auxiliares, otras de las tropas inútiles de que he hablado, son aquellas que se piden a un príncipe poderoso para que nos socorra y defienda,<sup>363</sup> tal como hizo en estos últimos tiempos el papa julio, cuando, a raíz del pobre papel que le tocó representar con sus tropas mercenarias en la empresa de Ferrara, tuvo que acudir a las auxiliares y convenir con Fernando, rey de España, que éste iría en su ayuda con sus ejércitos. Estas tropas pueden ser útiles y buenas para sus amos<sup>364</sup> pero para quien las llama son casi siempre funestas; pues si pierden, queda derrotado, y si gana, se convierte en su prisionero.<sup>365</sup> Y aunque las historias antiguas están llenas de estos ejemplos<sup>366</sup> quiero, sin embargo, detenerme: en el caso reciente de Julio II, que no pudo haber cometido imprudencia mayor para conquistar a Ferrara que el entregarse por completo en manos de un extranjero. Pero su buena estrella hizo surgir una tercera causa, que, de lo contrario, hubiera pagado las consecuencias de su mala elección,<sup>367</sup> Porque derrotados sus auxiliares en Ravena, aparecieron los suizos, que, contra la opinión de todo el mundo, incluso la suya, pusieron en fuga a los vencedores, de modo que no quedó prisionero de los enemigos, que

---

<sup>363</sup> ¡Inútiles! Es mucho. Imaginar el medio de infundirles la idea de una incorporación a las propias armas, por medio de la estratagema de una confederación o unión al gran imperio (RC).

<sup>364</sup> Me basta (RC)

<sup>365</sup> Mi sistema de alianza debe prevenir estos dos inconvenientes (RC).

<sup>366</sup> ¡Debía confirmarla yo cuando en realidad me vela destinado a desmentirla! (E).

<sup>367</sup> Estas terceras causas sólo dieron chascos pesados a mi buena fortuna (E).

habían huído, ni de los auxiliares, ya que había triunfado con otras tropas.<sup>368</sup> Los florentinos, que carecían de ejércitos propios, trajeron diez mil franceses para conquistar a Pisa; y esta resolución les hizo correr más peligros de los que corrieran nunca en ninguna época. El emperador de Constantinopla, para ayudar a sus vecinos, puso en Grecia diez mil turcos, los cuales, una vez concluida la guerra, se negaron a volver a su patria;<sup>369</sup> de donde empezó la servidumbre de Grecia bajo el yugo de los infieles.<sup>370</sup>

Se concluye de esto que todo el que no quiera vencer<sup>371</sup> no tiene más que servirse de esas tropas, muchísimo más peligrosas que las mercenarias, porque están perfectamente unidas y obedecen ciegamente a sus jefes, con lo cual la ruina es inmediata; mientras que las mercenarias, para someter al príncipe, una vez, que han triunfado, necesitan esperar tiempo y ocasión, pues no constituyen un cuerpo unido y, por añadidura, están a sueldo del príncipe. En ellas, un tercero a quien el príncipe haya hecho jefe no puede cobrar en seguida tanta autoridad como para perjudicarlo. En suma, en las tropas mercenarias hay que temer sobre todo las derrotas; en las auxiliares, los triunfos.<sup>372</sup>

Por ello, todo príncipe prudente ha desechado estas tropas y se ha refugiado en las propias, y ha preferido perder con las suyas a vencer con las otras, considerando que no es victoria verdadera la que se obtiene con armas ajenas. No me cansaré nunca<sup>373</sup> de elogiar a César Borgia y su conducta. Empezó el duque por invadir la Romaña con tropas auxiliares, todos soldados franceses, y con ellas tomó a Imola y

---

<sup>368</sup> Es ser afortunado y vencer como papa (G).

<sup>369</sup> Por cierto haremos lo mismo en Italia, en la que entramos sólo echando a los coligados (G).

<sup>370</sup> Le ha ido mucho mejor a Italia con ello (RI).

<sup>371</sup> ¡Necio! ¡Puede haber otros de esta fuerza! (G).

<sup>372</sup> Sublime y de gran profundidad (RI).

<sup>373</sup> ¡Ah! ¿Por qué te cansarías? ¿Por qué no apreciabas sus dotes morales, odiadas por muchos tontos? Pero, ¿qué hace esto en política? (G).

Forli.<sup>374</sup> Pero no pareciéndoles seguros, se volvió a las mercenarias, según él menos peligrosas; y tomó a sueldo a los Orsini y los Vitelli. Por último, al notar que también éstas eran inseguras, infieles y peligrosas, las disolvió y recurrió a las propias.<sup>375</sup> Y de la diferencia que hay entre esas distintas milicias se puede formar una idea considerando la autoridad que tenía el duque cuando sólo contaba con los franceses y cuando se apoyaba en los Orsini y Vitelli, y la que tuvo cuando se quedó con sus soldados y descansó en sí mismo: que era, sin duda alguna, mucho mayor, porque nunca fue tan respetado como cuando se vio que era el único amo de sus tropas.

Me había propuesto no salir de los ejemplos italianos y recientes; pero no quiero olvidarme de Hierón de Siracusa, ya que en otra parte lo he citado.<sup>376</sup> Convertido, como expliqué, en jefe de los ejércitos de Siracusa, advirtió en seguida de la inutilidad de las milicias mercenarias, cuyos jefes tenían los mismos defectos que nuestros italianos; y como no creía conveniente conservarlas ni licenciarlas, eliminó a sus jefes.<sup>377</sup> E hizo la guerra con sus tropas y no con las ajenas.<sup>378</sup> Quiero también recordar un episodio del Viejo Testamento que viene muy al caso.<sup>379</sup> Ofreciéndose David a Saúl para combatir a Goliat, provocador filisteo, Saúl, para darle valor, lo armó con sus armas; pero una vez que se vio cargado con éstas, David las rechazó, diciendo que con ellas no podría sacar partido de sí mismo y que prefería ir al encuentro del enemigo con su honda y su cuchillo.

En fin, sucede siempre que las armas ajenas o se caen de los hombros del príncipe, o le pesan, o le oprimen. Carlos VII, padre del

---

<sup>374</sup> ¿Qué no se toma con estas tropas? Pero, ¿se conserva tan fácilmente? (G).

<sup>375</sup> Siempre éstas, antes que cualesquiera otras (G).

<sup>376</sup> Maquiavelo me halaga haciendo nueva mención de este héroe de mi genealogía(G).

<sup>377</sup> Feliz de haberlo podido y más aún de haberlo hecho (RI).

<sup>378</sup> No conviene nunca pasar a otros, por deber, la menor parte de la gloria y poder adquiridos (G).

<sup>379</sup> La elección de este ejemplo es una simpleza (G).

rey Luis XI, una vez que con su fortuna y valor liberó a Francia de los ingleses, conoció esta necesidad de armarse con sus propias armas<sup>380</sup> y ordenó en su reino la creación de milicias de caballería e infantería. Después, el rey Luis, su hijo, disolvió los de infantería y empezó a tomar a sueldo a suizos,<sup>381</sup> error que renovado por otros, es, como ahora se ve, el motivo de los males de aquel reino. Porque al acreditar a los suizos, desacreditó todas sus armas, ya que hizo desaparecer la infantería y depender la caballería de las tropas ajenas. Acostumbrada ésta a ir a la guerra en compañía de los suizos, no cree poder vencer sin ellos.<sup>382</sup> Lo cual explica que los franceses no puedan contra los suizos, y que sin los suizos no se atrevan a enfrentar a otros. Los ejércitos de Francia son, pues, mixtos, dado que se componen de tropas mercenarias y propias; y, en su conjunto, son mucho mejores que las milicias exclusivamente mercenarias o exclusivamente auxiliares, pero muy inferiores a las propias.<sup>383</sup> Bastará el ejemplo citado para hacer comprender que el reino de Francia sería hoy invencible si se hubiese respetado la disposición de Carlos;<sup>384</sup> pero la escasa perspicacia de los hombres hace que comiencen algo que parece bueno por el hecho de que no manifiesta el veneno que esconde debajo, como he dicho que sucede con la tisis.

Por lo tanto, aquel que en un principado no descubre los males sino una vez nacidos, no es verdaderamente sabio; pero ésta es virtud

---

<sup>380</sup> Necesitan del tiempo y de funestas experiencias para comprender lo que les es indispensable (E).

<sup>381</sup> ¡necio! Pero a veces no; todo su consejo estaba en su cabeza. Miraba a Francia como a un prado que podía segar todos los años tan a fondo como quisiera. Tuvo también su hombre de Saint-Jean d'Ángeli y se condujo harto bien en el negocio de Odet (RC).

<sup>382</sup> ¡Qué diferencia! No hay ni un soldado mío que no crea poder vencer por sí solo (RI).

<sup>383</sup> En una grandísima parte (G).

<sup>384</sup> Lo es, porque le he dado otras mucho me (RI).

que tienen pocos.<sup>385</sup> Si se examinan las causas de la decadencia del Imperio Romano, se advierte que la principal estribó en empezar a tomar a sueldo a los godos, pues desde entonces las fuerzas del imperio fueron debilitándose,<sup>386</sup> y toda la virtud que ellas perdían la adquirirían los otros.

Concluyo, pues, que sin milicias propias no hay principado seguro;<sup>387</sup> más aún: está por completo en manos del azar, al carecer de medios de defensa contra la adversidad. Que fue siempre opinión y creencia de los hombres prudentes «*quod nihil est tam infirmum aut instabile, quam fama potentiae non sua vi nixa*».<sup>388</sup> Y milicias propias son las compuestas, o por súbditos, o por ciudadanos, o por servidores del príncipe. Y no será difícil rodearse de ellas<sup>389</sup> si se siguen los ejemplos de los cuatro a quienes he citado, y se examina la forma en que Filipo, padre de Alejandro Magno, y muchas repúblicas y príncipes organizaron sus tropas. Conducta a la cual me remito por entero.<sup>390</sup>

---

<sup>385</sup> Todavía en este siglo de tantas luces... (E).

<sup>386</sup> Lo mismo pensé la primera vez que leí, siendo niño la historia de esta decadencia (G).

<sup>387</sup> Las vuestras no son vuestras sino más (E).

<sup>388</sup> "Que nada hay tan débil e inestable como la fama de poder que no se apoya en las propias fuerzas." Tácito: "Anales."

<sup>389</sup> No para ellos. Por lo menos no tan pronto (E).

<sup>390</sup> Está bien, pero ese posible, todavía mejor, referirse a mí (RC).

## CAPITULO XIV

### DE LOS DEBERES DE UN PRINCIPE PARA CON LA MILICIA

Un príncipe no debe entonces tener otro objeto ni pensamiento ni preocuparse de cosa alguna fuera del arte de la guerra y lo que a pues es lo único que compete a quien manda. Y su virtud es tanta, que no sólo conserva en su puesto a los que han nacido príncipes, sino que muchas veces eleva a esta dignidad a hombres de condición modesta,<sup>391</sup> mientras que, por el contrario, ha hecho perder el Estado a príncipes que han pensado más en las diversiones que en las armas.<sup>392</sup> Pues la razón principal de la pérdida de un Estado se halla siempre en el olvido de este arte, en tanto que la condición primera para adquirirlo es la de ser experto en él.

Francisco Sforza, por medio de las armas, llegó a ser duque de Milán, de simple ciudadano que era;<sup>393</sup> y sus hijos, por escapar a las incomodidades de las armas, de duques pasaron a ser simples ciudadanos.<sup>394</sup> Aparte de otros males que trae, el estar desarmado hace despreciable,<sup>395</sup> vergüenza que debe evitarse por lo que luego explicaré. Porque entre uno armado y otro desarmado no hay comparación posible, y no es razonable que quien esté armado obedezca de buen grado a quien no lo está,<sup>396</sup> y que el príncipe desarmado se sienta

---

<sup>391</sup> Dicen que voy a tomar la pluma para escribir mis "Memorias". ¿Yo escribir? Me tomarían por un bobo. Es ya mucho que mi hermano Luciano haga versos. Entretenerse en tales puerilidades es renunciar a reinar (RI).

<sup>392</sup> He demostrado lo uno y lo otro (RI).

<sup>393</sup> Es indefectible (E).

<sup>394</sup> ¡Y yo, pues! (E).

<sup>395</sup> Como ellos bien pronto (E).

<sup>396</sup> La espada y las charreteras solas no lo evitan si no hay algo más (RI).

seguro entre servidores armados;<sup>397</sup> porque, desdeñoso uno y desconfiado el otro, no es posible que marchen de acuerdo.<sup>398</sup> Por todo ello un príncipe que, aparte de otras desgracias, no entienda de cosas militares, no puede ser estimado por sus soldados ni puede confiar en ellos.<sup>399</sup>

En consecuencia, un príncipe jamás debe dejar de ocuparse del arte militar, y durante los tiempos de paz debe ejercitarse más que en los de guerra; lo cual puede hacer de dos modos: con la acción y con el estudio. En lo que atañe a la acción, debe, además de ejercitar y tener bien organizadas sus tropas, dedicarse constantemente a la caza con el doble objeto de acostumar el cuerpo a las fatigas y de conocer la naturaleza de los terrenos, la altitud de las montañas, la entrada de los valles, la situación de las llanuras, el curso de los ríos y la extensión de los pantanos. En esto último pondrá muchísima seriedad,<sup>400</sup> pues tal estudio presta dos utilidades: primero, se aprende a conocer la región donde se vive y a defenderla mejor; después, en virtud del conocimiento práctico de una comarca, se hace más fácil el conocimiento de otra donde sea necesario actuar, porque las colinas, los valles, las llanuras, los ríos y los pantanos que hay, por ejemplo, en Toscana, tienen cierta similitud con los de las otras provincias, de manera que el conocimiento de los terrenos de una provincia sirve para el de las otras.<sup>401</sup> El príncipe que carezca de esta pericia carece de la primera cualidad que distingue a un capitán, pues tal condición es la que enseña a dar con el enemigo, a tomar los alojamientos, a conducir los ejércitos, a preparar un plan de batalla y a atacar con ventaja.<sup>402</sup>

---

<sup>397</sup> ¿No lo veis, pues? (E).

<sup>398</sup> ¡Y creen estarlo! (E).

<sup>399</sup> Maquiavelo, ¡qué secreto les revelas! Pero no te leen ni leyeron jamás (E).

<sup>400</sup> Me he aprovechado de los consejos (R).

<sup>401</sup> Añádanse a esto buenas cartas topográficas (G).

<sup>402</sup> ¿Aproveché bien tus consejos? (G)

Filopémenes, príncipe de los aqueos, tenía, entre otros méritos que los historiadores le concedieron, el de que en los tiempos de paz no pensaba sino en las cosas que incumben a la guerra;<sup>403</sup> y cuando iba de paseo por la campaña, a menudo se detenía y discurría así con los amigos: «Si el enemigo estuviese en aquella colina y nosotros nos encontrásemos aquí con nuestro ejército, ¿de quién sería la ventaja? ¿Cómo podríamos ir a su encuentro, conservando el orden? Si quisiéramos retirarnos, ¿cómo deberíamos proceder? ¿Y cómo los persiguiríamos, si los que se retirasen fueran ellos?».<sup>404</sup> Y les proponía, mientras caminaba, todos los casos que pueden presentársele a un ejército; escuchaba sus opiniones, emitía la suya y la justificaba. Y gracias a este continuo razonar, nunca, mientras guió sus ejércitos, pudo surgir accidente alguno para el que no tuviese remedio previsto.<sup>405</sup>

En cuanto al ejercicio de la mente, el príncipe debe estudiar la historia,<sup>406</sup> examinar las acciones de los hombres ilustres, ver como se han conducido en la guerra analizar el por qué de sus victorias y derrotas para evitar éstas y tratar de lograr aquéllas; y sobre todo hacer lo que han hecho en el pasado algunos hombres egregios que, tomando a los otros por modelos, tenían siempre presentes sus hechos más celebrados.<sup>407</sup> Como se dice que Alejandro Magno hacía con Aquiles, César con Alejandro, Escipión con Ciro. Quien lea la vida de Ciro, escrita por Jenofonte, reconocerá en la vida de Escipión la gloria que le reportó el imitarlo, y como, en lo que se refiere a castidad, afabilidad, clemencia y liberalidad, Escipión se ciñó por completo a lo que

---

<sup>403</sup> En ella pienso, aun durmiendo... si, no obstante, duermo alguna vez (G).

<sup>404</sup> ¡Cuántas veces he hecho lo mismo desde mi juventud (RI).

<sup>405</sup> No se prevén nunca todos, pero se halla de repente el remedio, por más que cueste (G).

<sup>406</sup> ¡Desgraciado el estadista que no la lee! (E).

<sup>407</sup> ¿Por qué no tomar más de uno, que pueda ser superior a todos los otros? Carlomagno me ha complacido, pero César, Atila, Tamerlán, no son de despreciar (G).

Jenofonte escribió de Ciro.<sup>408</sup> Esta es la conducta que debe observar un príncipe prudente: no permanecer inactivo nunca en los tiempos de paz, sino, por el contrario, hacer acopio de enseñanzas para valerse de ellas en la adversidad, a fin de que, si la fortuna cambia, lo halle preparado para resistirle.

---

<sup>408</sup> Necia observación (G).

## CAPITULO XV

### DE AQUELLAS COSAS POR LAS CUALES LOS HOMBRES ESPECIALMENTE LOS PRINCIPES, SON ALABADOS O CENSURADOS

Queda ahora por analizar como debe comportarse un príncipe en el trato con súbditos y amigos. Y porque sé que muchos han escrito sobre el tema, me pregunto, al escribir ahora yo, si no seré tachado de presuntuoso, sobre todo al comprobar que en esta materia me aparto de sus opiniones.<sup>409</sup> Pero siendo mi propósito escribir cosa útil para quien la entiende, me ha parecido más conveniente ir tras la verdad efectiva de la cosa<sup>410</sup> que tras su apariencia.<sup>411</sup> Porque muchos se han imaginado como existentes de veras a repúblicas y principados que nunca han sido vistos ni conocidos;<sup>412</sup> porque hay tanta diferencia entre como se vive y como se debería vivir, que aquel que deja lo que se hace por lo que debería hacerse marcha a su ruina en vez de beneficiarse; pues un hombre que en todas partes quiera hacer profesión de bueno es inevitable que se pierda entre tantos que no lo son.<sup>413</sup> Por lo

---

<sup>409</sup> Primera advertencia que ha de hacerse para comprender bien a Maquiavelo (RC).

<sup>410</sup> En todos los casos, ver las cosas como ellas son (RC).

<sup>411</sup> La imaginación de Platón vale, en la práctica, casi tanto como la de Juan Jacobo (RC).

<sup>412</sup> Con arreglo a ellos juzgan a los estadistas los vicionarios de moral y de filosofía (RC).

<sup>413</sup> Si todos no son malos, los que lo son tienen tales recursos y actividad, que hace como si todos lo fueran. Los más perversos son, a menudo, los que a tu lado aparentan ser los mejores (RI).

cual es necesario que todo príncipe que quiera mantenerse aprenda a no ser bueno, y a practicarlo o no de acuerdo con la necesidad.<sup>414</sup>

Dejando, pues, a un lado las fantasías, y preocupándonos sólo de las cosas reales, digo que todos los hombres, cuando se habla de ellos, y en particular los príncipes, por ocupar posiciones más elevadas, son juzgados por algunas de estas cualidades que les valen o censura o elogio. Uno es llamado pródigo, otro tacaño (y empleo un término toscano, porque «avaro», en nuestra lengua, es también el que tiende a enriquecerse por medio de la rapiña, mientras que llamamos «tacaño» al que se abstiene demasiado de gastar lo suyo); uno es considerado dadivoso, otra rapaz; uno cruel, otro clemente; uno traidor, otro leal; uno afeminado y pusilánime, otro decidido y animoso; uno humano, otro soberbio; uno lascivo, otro casto; uno sincero, otro astuto; uno duro, otro débil; uno grave, otro frívolo; uno religioso, otro incrédulo, y así sucesivamente.<sup>415</sup> Sé que no habría nadie que no opinase que sería cosa muy loable que, de entre todas las cualidades nombradas, un príncipe poseyese las que son consideradas buenas;<sup>416</sup> pero como no es posible poseer las todas, ni observarlas siempre, porque la naturaleza humana no lo consiente, le es preciso ser tan cuerdo que sepa evitar la vergüenza de aquellas que le significarían la pérdida del Estado, y, si puede, aun de las que no se lo haría perder,<sup>417</sup> pero si no puede no debe preocuparse gran cosa<sup>418</sup> y mucho menos de incurrir en la infamia de vicios sin los cuales difícilmente podría salvar el Estado, porque si consideramos esto con frialdad, hallaremos que, a veces, lo que parece virtud es causa de ruina, y lo que parece vicio sólo acaba por traer el bien estar y la seguridad.

---

<sup>414</sup> Se dirá lo que se quiera. Lo esencial es mantenerse y conservar el buen orden del Estado (RC).

<sup>415</sup> Escoged si podéis (RC).

<sup>416</sup> Sí, como Luis XVI. Pero también acaba uno perdiendo su reino y su cabeza (RI).

<sup>417</sup> Consejo de moralista (RI).

<sup>418</sup> En cuanto a esto, me burlo del "qué dirán" (RI).

## CAPITULO XVI

### DE LA PRODIGALIDAD Y DE LA AVARICIA

Empezando por las primeras de las cualidades nombradas, digo que estaría bien ser tenido por pródigo. Sin embargo, la prodigalidad, practicada de manera que se sepa que uno es pródigo, perjudica; y por otra, parte, si se la practica virtuosamente y tal como se la debe practicar, la prodigalidad no será conocida<sup>419</sup> y se creerá que existe el vicio contrario. Pero como el que quiere conseguir fama de pródigo entre los hombres no puede pasar por alto ninguna clase de lujos, sucederá siempre que un príncipe así acostumbrado a proceder consumirá en tales obras todas sus riquezas y se verá obligado, a la postre, si desea conservar su reputación, a imponer excesivos tributos, a ser riguroso en el cobro y a hacer todas las cosas que hay que hacer para procurarse dinero. Lo cual empezará a tornarlo odioso a los ojos de sus súbditos,<sup>420</sup> y nadie lo estimará, ya que se habrá vuelto pobre. Y como con su prodigalidad ha perjudicado a muchos y beneficiado a pocos, se resentirá al primer inconveniente<sup>421</sup> y peligrará al menor riesgo.<sup>422</sup> Y si entonces advierte su falla y quiere cambiar de conducta, será tachado de tacaño.<sup>423</sup>

Ya que un príncipe no puede practicar públicamente esta virtud sin que se perjudique, convendrá, si es sensato, que no se preocupe si es tildado de tacaño; porque, con el tiempo, al ver que con su avaricia

---

<sup>419</sup> Es también muy evangélico. ¿De qué serviría ser liberal si no lo fuera uno por interés y vanidad? (RC).

<sup>420</sup> Esto me afecta algo, pero recuperare la estimación con engañosas hazañas (RI).

<sup>421</sup> Iré en busca de dinero a todos los países del exterior (RI).

<sup>422</sup> ¡Ave de mal agüero, habrás mentido en esto! (RI).

<sup>423</sup> Yo apenas me inquietaría por ello (RI).

le bastan las entradas para defenderse de quien le hace la guerra, y puede acometer nuevas empresas sin gravar al pueblo,<sup>424</sup> será tenido siempre por más pródigo, pues practica la generosidad con todos aquellos a quienes no quita, que son innumerables, y la avaricia con todos aquellos a quienes no da, que son pocos.<sup>425</sup>

En nuestros tiempos sólo hemos visto hacer grandes cosas a los hombres considerados tacaños; los demás siempre han fracasado. El papa Julio II, después de servirse del nombre de pródigo para llegar al Pontificado,<sup>426</sup> no se cuidó, a fin de poder hacer la guerra, de conservar semejante farria. El actual rey de Francia ha sostenido tantas guerras sin imponer tributos extraordinarios a sus súbditos porque, con su extremada economía, proveyó a los gastos superfluos.<sup>427</sup> El actual rey de España, si hubiera sido espléndido, no habría realizado ni vencido en tantas empresas.<sup>428</sup>

En consecuencia, un príncipe debe reparar poco -con tal de que ello le permita defenderse, no robar a los súbditos, no volverse pobre y despreciable, no mostrarse expoliador- en incurrir en el vicio de tacaño; porque éste es uno de los vicios que hacen posible reinar.<sup>429</sup> Y si alguien dijese: «Gracias a su prodigalidad, César llegó al Imperio<sup>430</sup> y muchos otros, por haber sido y haberse ganado fama de pródigos, escalaron altísimas posiciones», contestaría: «O ya eres príncipe, o estás en camino de serlo; en el primer caso, la liberalidad es pernicio-

---

<sup>424</sup> ¡Animo apocado! (RI).

<sup>425</sup> ¡Buen hombre! (RI).

<sup>426</sup> La palabra liberal, tornada metafísicamente, me sirvió casi lo mismo. Las expresiones "ideas liberales", "modo de pensar liberal", que per lo menos no arruinan y embelesan a todos los ideólogos, son, sin embargo, de mi invención, inventado por mí este talismán, sólo servirá a mi causa y abogará siempre por mi reinado, aun en poder de los que me destronaron (E).

<sup>427</sup> Idea mezquina (RI).

<sup>428</sup> Tontería (RI).

<sup>429</sup> No es con éste con quien yo más contaría (RC).

<sup>430</sup> Mis generales saben lo que les di antes y adonde tendría que llegar para conferirles ducados y bastones de mariscal (RI).

sa; en el segundo, necesaria.<sup>431</sup> Y César era uno de los que querían llegar al principado de Roma; pero si después de lograrlo hubiese sobrevivido y no se hubiera moderado en los gastos, habría llevado el imperio a la ruina». Y si alguien replicase: «Ha habido muchos príncipes, reputados por liberalísimos, que hicieron grandes cosas con las armas»,<sup>432</sup> diría yo: «O el príncipe gasta lo suyo y lo de los súbditos, o gasta lo ajeno; en el primer caso debe ser medido; en el otro, no debe cuidarse del despilfarro.<sup>433</sup> Porque el príncipe que va con sus ejércitos y que vive del botín, de los saqueos y de las contribuciones, necesita de esa esplendidez a costa de los enemigos, ya que de otra manera los soldados no lo seguirían.<sup>434</sup> Con aquello que no es del príncipe ni de sus súbditos se puede ser extremadamente generoso, como lo fueron Ciro, César y Alejandro;<sup>435</sup> porque el derrochar lo ajeno, antes concede que quita reputación,<sup>436</sup> sólo el gastar lo de uno perjudica. No hay cosa que se consuma tanto a sí misma como la prodigalidad, pues cuanto más se la practica más se pierde la facultad de practicarla; y se vuelve el príncipe pobre y despreciable<sup>437</sup> o si quiere escapar de la pobreza, expoliador y odioso.<sup>438</sup> Y si hay algo que deba evitarse, es el ser despreciado y odioso, y a ambas cosas conduce la prodigalidad. Por lo tanto, es más prudente contentarse con el tilde de tacaño, que implica una vergüenza sin odio, que, por ganar fama de pródigo, incurrir en el de expoliador, que implica una vergüenza con odio.<sup>439</sup>

---

<sup>431</sup> Fui liberal en acciones y palabras. ¡A cuántos necios no se engaña con el falso oropel de las ideas liberales! (RC).

<sup>432</sup> Vas a juzgarme (RC).

<sup>433</sup> ¿Quién lo hizo mejor que yo? (RI).

<sup>434</sup> He aquí el secreto del permiso que di para los saqueos y pillajes. Les daba cuanto podían tomar; de ahí su inmutable apego a mi persona (E).

<sup>435</sup> Y yo (RI).

<sup>436</sup> Que sirve para aumentar la otra (RI).

<sup>437</sup> Cuando uno no sabe otros medios para mantenerla (RI)

<sup>438</sup> Esto casi no me inquieta (RI).

<sup>439</sup> Poco me importa, en resumidas cuentas. Tendré siempre el aprecio y el amor de mis saldados..., de mis senadores, prefectos, etc. (RI).

## CAPITULO XVII

### DE LA CRUELDAD Y LA CLEMENCIA; Y SI ES MEJOR SER AMADO QUE TEMIDO, O SER TEMIDO QUE AMADO

Paso a las otras cualidades ya citadas y declaro que todos los príncipes deben desear ser tenidos por clementes y no por crueles. Y, sin embargo, deben cuidarse de emplear mal esta clemencia<sup>440</sup> César Borgia era cruel, pese a lo cual fue su crueldad la que impuso el orden en la Romaña, la que logró su unión y la que la volvió a la paz y a la fe.<sup>441</sup> Que, si se examina bien, se verá que Borgia fue mucho más clemente que el pueblo florentino, que, para evitar ser tachado de cruel, dejó destruir a Pistoya. Por lo tanto, un príncipe no debe preocuparse porque lo acusen de cruel, siempre y cuando su crueldad tenga por objeto el mantener unidos y fieles a los súbditos;<sup>442</sup> porque con pocos castigos ejemplares será más clemente que aquellos que, por excesiva clemencia, dejan multiplicar los desórdenes, causa de matanzas y saqueos que perjudican a toda una población, mientras que las medidas extremas adoptadas por el príncipe sólo van en contra de uno.<sup>443</sup> Y es sobre todo un príncipe nuevo el que no debe evitar los

---

<sup>440</sup> Lo que siempre sucede, cuando uno llega a la gloria de la clemencia con grandes pretensiones (E).

<sup>441</sup> No ceséis de clamar que este Borgia era un monstruo de quien es menester apartar la vista; no ceséis, a fin de que no aprendan de él lo que podría desbaratar mis planes (E).

<sup>442</sup> Guárdate bien de decírselo. Por otra parte, no parecen dispuestos a comprenderte (E).

<sup>443</sup> Tengo necesidad de que todos estén ofendidos, aunque más no sea que con la impunidad de algunos (E).

actos de crueldad,<sup>444</sup> pues toda nueva dominación trae consigo infinitud de peligros. Así se explica que Virgilio<sup>445</sup> ponga en boca de Dido:

*Res dura el regni novitai me talia cogunt*

*Mofiri, el late fines custode tueri*

Sin embargo, debe ser cauto en el creer y el obrar, no tener miedo de sí mismo<sup>446</sup> y proceder con moderación, prudencia y humanidad, de modo que una excesiva confianza, no lo vuelva imprudente, y una desconfianza exagerada, intolerable.<sup>447</sup>

Surge de esto una cuestión: si vale más ser amado que temido, o temido que amado.<sup>448</sup> Nada mejor que ser ambas cosas a la vez; pero puesto que es difícil reunir las y que siempre ha de faltar una, declaro que es más seguro ser temido que amado.<sup>449</sup> Porque de la generalidad de los hombres se puede decir esto: que son ingratos, volubles, simuladores, cobardes ante el peligro y ávidos de lucro.<sup>450</sup> Mientras les haces bien, son completamente tuyos: te ofrecen su sangre, sus bienes, su vida y sus hijos,<sup>451</sup> pues -como antes expliqué- ninguna necesidad tienes de ello; pero cuando la necesidad se presenta se rebelan. Y el príncipe que ha descansado por entero en su palabra<sup>452</sup> va a la ruina al no haber tomado otras providencias; porque las amistades que se ad-

---

<sup>444</sup> Son nuevos, el Estado es nuevo para ellos y sólo quieren ser clementes (E).

<sup>445</sup> Pero, dichosamente, no es Virgilio el poeta más gustado (E).

<sup>446</sup> Es fácil de decir (RC).

<sup>447</sup> ¡Perfecto! ¡Sublime! (RC).

<sup>448</sup> No es cuestión para mí (RC).

<sup>449</sup> No necesito más que de uno (RC).

<sup>450</sup> Los que decían que todos los hombres son buenos querían engañar a los príncipes (RC).

<sup>451</sup> Cuenta con ello (E).

<sup>452</sup> ¡Buen billete tiene La Châtre!

quieren con el dinero y no con la altura y nobleza de almas<sup>453</sup> son amistades merecidas, pero de las cuales no se dispone, y llegada la oportunidad no se las puede utilizar. Y los hombres tienen menos cuidado en ofender a uno que se haga amar que a uno que se haga terner;<sup>454</sup> porque el amor es un vínculo de gratitud que los hombres, perversos por naturaleza, rompen cada vez que pueden beneficiarse; pero el temor es miedo al castigo que no se pierde nunca.<sup>455</sup> No obstante lo cual, el príncipe debe hacerse temer de modo que, si no se granjea el amor, evite el odio,<sup>456</sup> pues no es imposible ser a la vez temido y no odiado; y para ello bastará que se abstenga de apoderarse de los bienes y de las mujeres de sus ciudadanos y súbditos<sup>457</sup> y que no proceda contra la vida de alguien sino cuando hay justificación conveniente y motivo manifiesto;<sup>458</sup> pero sobre todo abstenerse de los bienes ajenos,<sup>459</sup> porque los hombres olvidan antes la muerte del padre que la pérdida del patrimonio.<sup>460</sup> Luego, nunca faltan excusas para despojar a los demás de sus bienes,<sup>461</sup> y el que empieza a vivir de la rapiña siempre encuentra pretextos para apoderarse de lo ajeno, y, por el contrario, para quitar la vida, son más raros y desaparecen con más rapidez.<sup>462</sup>

Pero cuando el príncipe está al frente de sus ejércitos y tiene que gobernar a miles de soldados, es absolutamente necesario que no se

---

<sup>453</sup> Pero es menester saber en qué consiste ella en el príncipe de un Estado tan dificultoso (E).

<sup>454</sup> Crean todo lo contrario (E).

<sup>455</sup> Es preciso que éste les castigue de continuo (RC).

<sup>456</sup> Es muy embarazoso (RI).

<sup>457</sup> Es también restringir mucho las prerrogativas de los príncipes (RI).

<sup>458</sup> Cuando no los hay reales, los forja uno mismo. Para mis grandes providencias gubernativas, tengo hombres más sabios que Gabriel Naudé (RC).

<sup>459</sup> Es el único pérfido chasco que su carta me ha dado (E).

<sup>460</sup> Observación profunda que se me había escapado (E).

<sup>461</sup> Esta facilidad para hallar pretextos es una de las ventajas de mi autoridad (RC).

<sup>462</sup> ¡Ignorante! No sabía que uno los engendra (RC).

preocupe si merece fama de cruel, porque sin esta fama jamás podrá tenerse ejército alguno unido y dispuesto a la lucha.<sup>463</sup> Entre las infinitas cosas admirables de Aníbal se cita la de que, aunque contaba con un ejército grandísimo, formado por hombres de todas las razas a los que llevó a combatir en tierras extranjeras,<sup>464</sup> jamás surgió discordia alguna entre ellos ni contra el príncipe, así en la mala como en la buena fortuna.<sup>465</sup> Y esto no podía deberse sino a su crueldad inhumana, que, unida a sus muchas otras virtudes, lo hacía venerable y terrible en el concepto de los soldados; que, sin aquélla, todas las demás no le habrían bastado para ganarse este respeto.<sup>466</sup> Los historiadores poco reflexivos admiran, por una parte, semejante orden, y, por la otra, censuran su razón principal.<sup>467</sup> Que si es verdad o no que las demás virtudes no le habrían bastado puede verse en Escipión -hombre de condiciones poco comunes, no sólo dentro de su época, sino dentro de toda la historia de la humanidad-,<sup>468</sup> cuyos ejércitos se rebelaron en España. Lo cual se produjo por culpa de su excesiva clemencia, que había dado a sus soldados más licencia de la que a la disciplina militar convenía.<sup>469</sup> Falta que Fabio Máximo le reprochó en el Senado, llamándolo corruptor de la milicia romana. Los logros, habiendo sido ultrajados por un enviado de Escipión, no fueron desagraciados por éste ni la insolencia del primero fue castigada naciendo todo de aquel su blando carácter. Y a tal extremo, que alguien que lo quiso justificar ante el Senado dijo que pertenecía a la clase de hombres que saben

---

<sup>463</sup> Principié con esto para hacer marchar a Italia el ejército cuyo mando se me confirió en 1796 (G).

<sup>464</sup> El mío no presentaba menos elementos de discordia y rebelión cuando le hice entrar en Italia (G).

<sup>465</sup> Puede decirse otro tanto del mío (G).

<sup>466</sup> Indudable (G).

<sup>467</sup> Así nos juzgamos siempre (G).

<sup>468</sup> Admiración muy necia (G).

<sup>469</sup> Sólo debe uno dejarla cuando así halla su beneficio (G).

mejor no equivocarse que enmendar las equivocaciones ajenas.<sup>470</sup> Este carácter, con el tiempo habría acabado por empañar su fama y su honor, a haber llegado Escipión al mando absoluto; pero como estaba bajo las órdenes del Senado, no sólo quedó escondida esta mala cualidad suya, sino que se convirtió en su gloria.<sup>471</sup>

Volviendo a la cuestión de ser amado o temido, concluyo que, como el amor depende de la voluntad de los hombres y el temer de la voluntad del príncipe, un príncipe prudente debe apoyarse en lo suyo<sup>472</sup> y no en lo ajeno, pero, como he dicho, tratando siempre de evitar el odio.<sup>473</sup>

---

<sup>470</sup> Lo segundo vale más que lo primero (G).

<sup>471</sup> ¡Extravagante gloria! (G).

<sup>472</sup> Es lo más seguro, siempre (RC).

<sup>473</sup> A no ser que cause mucho trabajo y estorbo (RC).

## CAPITULO XVIII

### DE QUE MODO LOS PRINCIPES DEBEN CUMPLIR SUS PROMESAS

Nadie deja de comprender cuán digno de alabanza es el príncipe que cumple la palabra dada, que obra con rectitud y no con doblez;<sup>474</sup> pero la experiencia nos demuestra, por lo que sucede en nuestros tiempos, que son precisamente los príncipes que han hecho menos caso de la fe jurada, envuelto a los demás con su astucia y reído de los que han confiado en su lealtad,<sup>475</sup> los únicos que han realizado grandes empresas.<sup>476</sup>

Digamos primero que hay dos maneras de combatir: una, con las leyes; otra, con la fuerza. La primera es distintiva del hombre; la segunda, de la bestia. Pero como a menudo la primera no basta, es forzoso recurrir a la segunda.<sup>477</sup> Un príncipe debe saber entonces comportarse como bestia y como hombre. Esto es lo que los antiguos escritores enseñaron a los príncipes de un modo velado cuando dijeron que Aquiles y muchos otros de los príncipes antiguos fueron confiados al centauro Quirón para que los criara y educase.<sup>478</sup> Lo cual significa que, como el preceptor es mitad bestia y mitad hombre, un príncipe debe saber emplear las cualidades de ambas naturalezas, y que una no puede durar mucho tiempo sin la otra.

---

<sup>474</sup> Maquiavelo, admirando hasta este punto la buena fe, franqueza y honradez, ya no parece estadista(G).

<sup>475</sup> Arte que puede ser perfecciondo todavía (G). Los tontos están aquí abajo para nuestros gastos secretos (G).

<sup>476</sup> Los grandes ejemplos le fuerzan a discurrir según mi modo de dar otros semejantes (G).

<sup>477</sup> Es la mejor, considerando que uno sólo trata con bestias (RC).

<sup>478</sup> Explicación que nadie supo dar antes de Maquiavelo (G).

De manera que, ya que se ve obligado a comportarse como bestia, conviene que el príncipe se transforme en zorro y en león, porque el león no sabe protegerse de las trampas ni el zorro protegerse de los lobos.<sup>479</sup> Hay, pues, que ser zorro para conocer las trampas y león para espantar a los lobos. Los que sólo se sirven de las cualidades del león demuestran poca experiencia.<sup>480</sup> Por lo tanto, un príncipe prudente no debe observar la fe jurada cuando semejante observancia vaya en contra de sus intereses y cuando haya desaparecido las razones que le hicieron prometer.<sup>481</sup> Si los hombres fuesen todos buenos, este precepto no sería bueno,<sup>482</sup> pero como son perversos,<sup>483</sup> y no la observarían contigo, tampoco tú debes observarla con ellos.<sup>484</sup> Nunca faltaron a un príncipe razones legítimas para disfrazar la inobservancia.<sup>485</sup> Se podrían citar innumerables ejemplos modernos de tratados de paz y promesas vueltos inútiles por la infidelidad de los príncipes.<sup>486</sup> Que el que mejor ha sabido ser zorro, ése ha triunfado. Pero hay que saber disfrazarse bien y ser hábil en fingir y en disimular.<sup>487</sup> Les hombres son tan simples y de tal manera obedecen a las necesidades del momento, que aquel que engaña encontrará siempre quien se deje engañar.<sup>488</sup>

---

<sup>479</sup> Todo esto es muy cierto en la aplicación que le da Maquiavelo en la política (G).

<sup>480</sup> El modelo es admirable, sin embargo (G).

<sup>481</sup> No hay otro partido que tomar (G).

<sup>482</sup> Pública retractación de moralista (G).

<sup>483</sup> Esto alcanza para no fiarse, pero no justifica a quienes son como el resto: malvados y falsos. (Cristina de Suecia.)

<sup>484</sup> Par pari refertur (G).

<sup>485</sup> Tengo hombres ingeniosos para esto (RI).

<sup>486</sup> En general hay allí más beneficio para los vasallos que escándalo (RI).

<sup>487</sup> Los más hábiles no son capaces de superarme. El papa dará fe de ello (RC).

<sup>488</sup> Mientes atrevidamente; el mundo está compuesto de necios. Entre la multitud, esencialmente crédula, se contarán poquísimas gentes que duden, y éstas no se atreverán a declararlo (RC).

No quiero callar uno de los ejemplos contemporáneos. Alejandro VI nunca hizo ni pensó en otra cosa que en engañar a los hombres, y siempre halló oportunidad para hacerlo.<sup>489</sup> jamás hubo hombre que prometiese con más desparpajo ni que hiciera tantos juramentos sin cumplir ninguno; y, sin embargo, los engaños siempre le salieron a pedir de boca, porque conocía bien esta parte del mundo.<sup>490</sup>

No es preciso que un príncipe posea todas las virtudes citadas, pero es indispensable que aparente poseerlas. Y hasta me atreveré a decir esto: que el tenerlas y practicarlas siempre es perjudicial, y el aparentar tenerlas, útil.<sup>491</sup> Está bien mostrarse piadoso, fiel, humano, recto y religioso, y asimismo serlo efectivamente:<sup>492</sup> pero se debe estar dispuesto a irse al otro extremo si ello fuera necesario. Y ha de sentirse presente que un príncipe, y sobre todo un príncipe nuevo, no puede observar todas las cosas gracias a las cuales los hombres son considerados buenos, porque, a menudo, para conservarse en el poder, se ve arrastrado a obrar contra la fe, la caridad, la humanidad y la religión.<sup>493</sup> Es preciso, pues, que tenga una inteligencia capaz de adaptarse a todas las circunstancias, y que, como he dicho antes, no se aparte del bien mientras pueda,<sup>494</sup> pero que, en caso de necesidad, no titubee en entrar en el mal.

Por todo esto un príncipe debe tener muchísimo cuidado de que no le brote nunca de los labios algo que no esté empapado de las cinco virtudes citadas, y de que, al verlo y oírlo, parezca la clemencia, la fe,

---

<sup>489</sup> No faltan (RC).

<sup>490</sup> ¡Hombre terrible! Si no honró la tierra, por lo menos extendió sus dominios, y la Santa Sede le debe muchos favores. ¡Ha llegado la hora del contrapunto! (RI).

<sup>491</sup> Los necios que creyeron que este consejo era para todos no saben la enorme diferencia que hay entre el príncipe y los vasallos (RI).

<sup>492</sup> En los tiempos que corren, vale mucho más parecer hombre honrado que serio realmente (RI).

<sup>493</sup> Suponiendo que tenga una (RC).

<sup>494</sup> Maquiavelo es severo (RC).

la rectitud y la religión misma,<sup>495</sup> sobre todo esta última.<sup>496</sup> Pues los hombres, en general, juzgan más con los ojos que con las manos porque todos pueden ver, pero pocos tocar. Todos ven lo que parece ser, mas pocos saben lo que eres;<sup>497</sup> <sup>498</sup>y estos pocos no se atreven a oponerse a la opinión de la mayoría, que se escuda detrás de la majestad del Estado.<sup>499</sup> Y en las acciones de los hombres, y particularmente de los príncipes, donde no hay apelación posible, se atiende a los resultados. Trate, pues, un príncipe de vencer y conservar el Estado, que los medios siempre serán honorables y loados por todos; porque el vulgo se deja engañar por las apariencias y por el éxito;<sup>500</sup> y en el mundo sólo hay vulgo, ya que las minorías no cuentan sino cuando las mayorías no tienen donde apoyarse.<sup>501</sup> Un príncipe de estos tiempos, a quien no es oportuno nombrar, jamás predica otra cosa que concordia y buena fe; y es enemigo acérrimo de ambas, ya que, si las hubiese observado, habría perdido más de una vez la fama y las tierras.

---

<sup>495</sup> Es también mucho exigir. La cosa no es tan fácil; se hace lo que se puede (RC).

<sup>496</sup> Bueno para su tiempo (RC).

<sup>497</sup> No se puede aparentar mucho tiempo lo que no se es. (Cristina de Suecia.)

<sup>498</sup> ¡Ah!, aun cuando lo comprendieran ellos... (RC).

<sup>499</sup> Con esto cuento (RI).

<sup>500</sup> Triunfad siempre, no importa como, y siempre tendréis razón (RI).

<sup>501</sup> ¡Fatal y mil veces fatal retirada de Moscú! (E).

## CAPITULO XIX

### DE QUE MODO DEBE EVITARSE SER DESPRECIADO Y ODIADO

Como de entre las cualidades mencionadas ya hablé de las más importantes, quiero ahora, bajo este título general, referirme brevemente a las otras. Trate el príncipe de huir de las cosas que lo hagan odioso o despreciable,<sup>502</sup> y una vez logrado, habrá cumplido con su deber y no tendrá nada que temer de los otros vicios.<sup>503</sup> Hace odioso, sobre todo, como ya he dicho antes, el ser expoliador y el apoderarse de los bienes y de las mujeres de los súbditos, de todo lo cual convenirá abstenerse.<sup>504</sup> Porque la mayoría de los hombres, mientras no se ven privados de sus bienes y de su honor, viven contentos; y el príncipe queda libre para combatir la ambición de los menos, que puede cortar fácilmente<sup>505</sup> y de mil maneras distintas. Hace despreciable el ser considerado voluble, frívolo, afeminado, pusilánime e irresoluto, defectos de los cuales debe alejarse como una nave de un escollo, e ingeniarse para que en sus actos se reconozca grandeza, valentía, seriedad y fuerza.<sup>506</sup> Y con respecto a los asuntos privados de los súbditos, debe procurar que sus fallas sean irrevocables<sup>507</sup> y empeñarse en

---

<sup>502</sup> No tengo que temer el menosprecio. Hice grandes cosas, y me admirarán a pesar suyo. En cuanto al odio, le pondré vigorosos contrapesos (RC).

<sup>503</sup> Esto me es necesario (RC).

<sup>504</sup> Modus est in rebus (PC).

<sup>505</sup> No con tanta facilidad (RI).

<sup>506</sup> ¿Ingeniarse? ¡Imposible! Cuando no se ha empezado así (E).

<sup>507</sup> Esencial para quitar toda esperanza de perdón a los conspiradores, sin lo cual perecerás (RC).

adquirir tal autoridad que nadie piense en engañarlo ni en envolverlo con intrigas.<sup>508</sup>

El príncipe que conquista semejante autoridad es siempre respetado, pues difícilmente se conspira contra quien, por ser respetado, tiene necesariamente que ser bueno y querido por los suyos.<sup>509</sup> Y un príncipe debe temer dos cosas: en el interior, que se le subleven los súbditos; en el exterior, que lo ataquen las potencias extranjeras. De éstas se defenderá con buenas armas y buenas alianzas, y siempre tendrá buenas alianzas el que tenga buenas armas,<sup>510</sup> así como siempre en el interior estarán seguras cosas cuando lo estén en el exterior, a menos que no hubiesen sido previamente perturbadas por una conspiración.<sup>511</sup> Y aun cuando los enemigos de afuera amenazasen, si ha vivido como he aconsejado y no pierde la presencia de espíritu, resistirá todos los ataques, como he contado que hizo el espartano Nabis. En lo que se refiere a los súbditos, y a pesar de que no exista amenaza extranjera alguna, ha de cuidar que no conspiren secretamente; pero de este peligro puede asegurarse evitando que lo odien o lo desprecien y, como ya antes he repetido, empeñándose por todos los medios en tener satisfecho al pueblo.<sup>512</sup> Porque el no ser odiado por el pueblo es uno de los remedios más eficaces de que dispone un príncipe contra las conjuraciones. El conspirador siempre cree que el pueblo quedará contento con la muerte del príncipe<sup>513</sup> y jamás, si sospecha que se producirá el efecto contrario, se decide a tomar semejante partido, pues son infinitos los peligros que corre el que conspira.<sup>514</sup> La experiencia nos de-

---

<sup>508</sup> Se tiene mucho más que el pensamiento: se tiene la esperanza y la facilidad, con la certeza del triunfo (E).

<sup>509</sup> Hay siempre valentones que no lo estiman (E).

<sup>510</sup> He dado admirables pruebas de esto, y mi casamiento es la más alta expresión (RI).

<sup>511</sup> Destruir las que se presentaron (RI).

<sup>512</sup> Tontería (RI).

<sup>513</sup> No se relaciona conmigo (RC).

<sup>514</sup> Me tranquilizas (RC).

muestra que hubo muchísimas conspiraciones y que muy pocas tuvieron éxito. Porque el que conspira no puede obrar solo ni buscar la complicidad de los que no cree descontentos;<sup>515</sup> y no hay descontento que no se regocije en cuanto le hayas confesado tus propósitos,<sup>516</sup> porque de la revelación de tu secreto puede esperar toda clase de beneficios; y es preciso que sea muy amigo tuyo o enconado enemigo del príncipe para que, al hallar en una parte ganancias seguras y en la otra dudosas y llenas de peligro,<sup>517</sup> te sea leal. Y para reducir el problema a sus últimos términos, declaro que de parte del conspirador sólo hay recelos sospechas y temor al castigo, mientras que el príncipe cuenta con la majestad del principado, con las leyes y con la ayuda de los amigos<sup>518</sup> de tal manera que, si se ha granjeado la simpatía popular, es imposible que haya alguien que sea tan temerario como para conspirar.<sup>519</sup> Pues si un conspirador está por lo común rodeado de peligros antes de consumar el hecho, lo estará aún más después de ejecutado<sup>520</sup> porque no encontrará amparo en ninguna parte.

Sobre este particular podrían citarse innumerables ejemplos;<sup>521</sup> pero me daré por satisfecho con mencionar uno que pertenece a la época de nuestros padres. Micer Aníbal Bentivoglio, abuelo del actual micer Aníbal, que era príncipe de Bolonia, fue asesinado por los Caneschi, que se habían conjurado contra él, no quedando de los suyos más que micer Juan, que era una criatura. Inmediatamente después de semejante crimen se sublevó el pueblo y exterminó a todos los Coneschi. Esto nace de la simpatía popular que la casa de los Bentivoglio

---

<sup>515</sup> Se le echa un hermano falso y luego se dice que el resultado es obra de la Providencia (RC).

<sup>516</sup> En especial si le he comprado antes (RC).

<sup>517</sup> Puede contar con una buena gratificación (RC).

<sup>518</sup> Todo que temer, por una parte, y todo que ganar, por otra (RC).

<sup>519</sup> Quedan siempre, por cierto, bastantes émulos, ¡pero los celadores! (RI).

<sup>520</sup> ¡El pueblo! ¿No es ingrato y no se pone siempre del lado del que triunfa, en especial cuando éste le deslumbra? (RI).

<sup>521</sup> El afeminado espíritu de nuestra edad no permite que se renueven (RC).

tenía en aquellos tiempos, y que fue tan grande que, no quedando de ella nadie en Bolonia que pudiese, muerto Aníbal, regir el Estado, y habiendo indicios de que en Florencia existía un descendiente de los Bentivoglio, que se consideraba hasta entonces hijo de un cerrajero, vinieron los boloñeses en su busca a Florencia y le entregaron el gobierno de aquella ciudad, la que fue gobernada por él hasta que micer Juan hubo llegado a una edad adecuada para asumir el mando.<sup>522</sup>

Llego, pues, a la conclusión de que un príncipe, cuando es apreciado por el pueblo, debe cuidarse muy poco de las conspiraciones;<sup>523</sup> pero que debe temer todo y a todos cuando lo tiene por encinigo y es aborrecido por él.<sup>524</sup> Los Estados bien organizados y los príncipes sabios siempre han procurado no exasperar a los nobles<sup>525</sup> y, a la vez, tener satisfecho y contento al pueblo.<sup>526</sup> Es éste uno de los puntos a que más debe atender un príncipe.

En la actualidad, entre los reinos bien organizados, cabe nombrar el de Francia, que cuenta con muchas instituciones buenas que están al servicio de la libertad y de la seguridad del rey, de las cuales la primera es el Parlamento.<sup>527</sup> Como el que organizó este reino conocía, por una parte, la ambición y la violencia de los poderosos y la necesidad de tenerlos como de una brida para corregirlos, y, por otra, el odio a los nobles que el temor hacía nacer en el pueblo -temor que había que hacer desaparecer, dispuso que no fuese cuidado exclusivo

---

<sup>522</sup> ¡Si fueran capaces de ir a hacer una cosa semejante en Viena, ya que no lo han sido de venirme a buscar *camus et non!* (E).

<sup>523</sup> Maquiavelo olvida aquí que ha dicho que los hombres eran malos (RI).

<sup>524</sup> El sueño huye lejos de mí (RI).

<sup>525</sup> Pero los grandes que me vi obligado a hacer se ponen furiosos en cuanto ceso un instante de colmarlos de bienes (RI).

<sup>526</sup> No puede aquietar a estos ambiciosos más que descontentando al pueblo (RI).

<sup>527</sup> Llevas razón en admirarte de esto: pero era menester destruirlo para conseguir la destrucción del trono de los Borbones, sin lo cual; en resumidas cuentas, no hubiera podido erigirse el mío. Haré el mismo estatuto lo antes posible (RI).

del rey esa tarea, para evitarle los inconvenientes que tendría con los nobles si favorecía al pueblo y los que tendría con el pueblo si favorecía a los nobles. Creó entonces un tercer poder que, sin responsabilidades para el rey, castigase a los nobles y beneficiase al pueblo.<sup>528</sup> No podía tomarse medida mejor ni más juiciosa, ni que tanto proveyese a la seguridad del rey y del reino. De donde puede extraerse esta consecuencia digna de mención: que los príncipes deben encomendar a los demás las tareas gravosas y reservarse las agradables.<sup>529</sup> Y vuelvo a repetir que un príncipe debe estimar a los nobles, pero sin hacerse odiar por el pueblo.

Acaso podrá parecer a muchos que el ejemplo de la vida y muerte de ciertos emperadores romanos contradice mis opiniones, porque hubo quienes, a pesar de haberse conducido siempre virtuosamente y de poseer grandes cualidades, perdieron el imperio o, peor aún, fueron asesinados por sus mismos súbditos, conjurados en su contra. Para contestar a estas objeciones examinaré el comportamiento de algunos emperadores y demostraré que las causas de su ruina no difieren de las que he expuesto, y mientras tanto, recordaré los hechos más salientes de la historia de aquellos tiempos.<sup>530</sup> Me limitaré a tomar a los emperadores que se sucedieron desde Marco el Filósofo hasta Maximino: Marco, su hijo Cómodo, Pertinax, Juliano, Severo, su hijo Antonino Caracalia, Macrino, Heliogábalo, Alejandro y Maximino. Pero antes conviene hacer notar que, mientras los príncipes de hoy sólo tienen que luchar contra la ambición de los nobles y la violencia de los pueblos, los emperadores romanos tenían que hacer frente a una tercera dificultad: la codicia y la crueldad de sus soldados,

---

<sup>528</sup> ¡Admirable! (RI).

<sup>529</sup> En el actual Estado se dirigen a él todas las cosas que exigen rigor, y sus ministros se reservan la concesión de todas las gracias. A las mil maravillas (E).

<sup>530</sup> Que sólo se lee como una novela (RC).

motivo de la ruina de muchos. Porque era difícil<sup>531</sup> dejar a la vez satisfechos a los soldados y al pueblo, pues en tanto que el pueblo amaba la paz y a los príncipes sosegados<sup>532</sup> las tropas preferían a los príncipes belicosos, violentos, crueles y rapaces, y mucho más si lo eran contra el pueblo, ya que así duplicaban la ganancia y tenían ocasión de desahogar su codicia y su perversidad.<sup>533</sup> Esto explica por qué los emperadores que carecían de autoridad suficiente para contener a unos y a otros<sup>534</sup> siempre fracasaban; y explica también por qué la mayoría, y sobre todo los que no subían al trono por herencia, una vez conocida la imposibilidad de dejar satisfechas a ambas partes, se decidían por los soldados,<sup>535</sup> sin importarles pisotear al pueblo. Era el partido lógico:<sup>536</sup> cuando el príncipe no puede evitar ser odiado por una de las dos partes<sup>537</sup> debe inclinarse hacia el grupo más numeroso, y cuando esto no es posible, inclinarse hacía el más fuerte.<sup>538</sup> De ahí que los emperadores -que al serlo por razones ajenas al derecho tenían necesidad de apoyos extraordinarios buscasen contentar a los soldados antes que al pueblo; lo cual, sin embargo, podía resultarles ventajoso o no según qué supiesen o no ganarse y conservar su respeto.<sup>539</sup>

Por tales motivos, Marco, Pertinax y Alejandro, a pesar de su vida moderada, a pesar de ser amantes de la justicia, enemigos de la

---

<sup>531</sup> Lo se bien (RI).

<sup>532</sup> Mi posición es difícil. Y no es necesario imputarme ambición guerrera a mí, sino a mis soldados y generales, que me la convierten en una primera necesidad. Me matarían si les dejara más de dos años sin presentarles el cebo de una guerra (RI).

<sup>533</sup> A ello me obligan por los mismos motivos. Los soldados son iguales en todas partes, cuando uno depende de ellos (RI).

<sup>534</sup> He logrado hacer lo uno y lo otro, pero no es bastante todavía (RI).

<sup>535</sup> No conviene desentenderse de ello; todavía estoy en el mismo caso, en todos los aspectos (RI).

<sup>536</sup> Esta es mi disculpa a los ojos de la posteridad (RI).

<sup>537</sup> Es una gran verdad (RI).

<sup>538</sup> Es siempre el ejército, cuando es tan numeroso como el mío (RI).

<sup>539</sup> Hacerlo todo para esto; me veo forzado a ello (RI).

crueledad, humanitarios y benévolos,<sup>540</sup> tuvieron todos, salvo Marco, triste fin.<sup>541</sup> Y Marco vivió y murió amado gracias a que llegó al trono por derecho de herencia, sin debérselo al pueblo ni a los soldados;<sup>542</sup> y a que, como estaba adornado de muchas virtudes que lo hacían venerable, tuvo siempre, mientras vivió, sometidos a unos y a otros a su voluntad, y nunca fue odiado ni despreciado.<sup>543</sup> Pero Pertinax fue hecho emperador contra el parecer de los soldados, que, acostumbrados a vivir en la mayor licencia bajo Cómodo, no podían tolerar la vida virtuosa que aquél pretendía imponerle;<sup>544</sup> y por esto fue odiado.<sup>545</sup> Y como al odio se agregó el desprecio que inspira a su vejez,<sup>546</sup> pereció en los comienzos mismos de su reinado.

Y aquí se debe señalar que el odio se gana tanto con las buenas acciones como con las perversas, por cuyo motivo, como dije antes, un príncipe que quiere conservar el poder es a menudo forzado a no ser bueno<sup>1</sup>, porque cuando aquel grupo, ya sea pueblo, soldados o nobles, del que tú juzgas tener necesidad para mantenerte, está corrompido, te conviene seguir su capricho para satisfacerlo,<sup>547</sup> pues entonces las buenas acciones serían tus enemigas.<sup>548</sup>

Detengámonos ahora en Alejandro, hombre de tanta bondad que, entre los elogios que se le tributaron, figura el de que en catorce años que reinó no hizo matar a nadie sin juicio previo; pero su fama de

---

<sup>540</sup> Virtudes intempestivas en este caso. Es digno de compasión el que no sabe sustituir las virtudes políticas de acuerdo con las circunstancias (RI).

<sup>541</sup> Esto debía ser, y yo lo hubiera previsto (RI).

<sup>542</sup> Esta fortuna sólo está reservada a mi hijo (RI).

<sup>543</sup> Si me fuera dado renacer para suceder a mi hijo, sería adorado (RI).

<sup>544</sup> No pueden excusarse de ello (E).

<sup>545</sup> Es inevitable (E).

<sup>546</sup> Esto no me afecta (E).

<sup>547</sup> Y ellos no saben dejar de serio (E).

<sup>548</sup> Es por cierto, lo que quieren hacer, pero bastardean y desconocen la fuerza de su partido (E).

persona débil<sup>549</sup> y que se dejaba gobernar por su madre<sup>550</sup> le acarreó el desprecio de los soldados, que se sublevaron y lo mataron.

Por el contrario, Cómodo, Severo, Antonino Caracalla y Maximino fueron ejemplos de crueldad y despotismo llevados al extremo. Para congraciarse con los soldados, no ahorraron ultrajes al pueblo. Y todos, a excepción de Severo, acabaron mal. Severo, aunque oprimió al pueblo, pudo reinar felizmente<sup>551</sup> en mérito al apoyo de los soldados y a sus grandes cualidades, que lo hacían tan admirable a los ojos del pueblo y del ejército que éste quedaba reverente y satisfecho,<sup>552</sup> y aquél, atemorizado y estupefacto. Y como sus acciones fueron notables para un príncipe nuevo, quiero explicar brevemente lo bien que supo proceder como zorro y como león, cuyas cualidades, como ya he dicho, deben ser imitadas por todos los príncipes.<sup>553</sup>

Enterado de que el emperador Juliano era un cobarde, Severo convenció al ejército que estaba bajo su mando en Esclavonia de que era necesario ir a Roma para vengar la muerte de Pertinax, a quien los pretorianos habían asesinado.<sup>554</sup> Y con este pretexto, sin dar a conocer sus aspiraciones al imperio, condujo al ejército contra Roma y estuvo en Italia antes que se hubiese tenido noticia de su partida.<sup>555</sup> Una vez en Roma, dio muerte a Juliano;<sup>556</sup> y el Senado, lleno de espanto, lo

---

<sup>549</sup> Cuando uno es siempre bueno no puede evitar esta reputación (E).

<sup>550</sup> Es peor aún cuando uno tiene la de serlo por ministros ineptos y que carecen de estima (RI).

<sup>551</sup> ¡Modelo sublime que no he cesado de contemplar! (RI).

<sup>552</sup> El respeto y la admiración hacen que se contengan como si lo estuvieran (RI).

<sup>553</sup> Y de lo que siempre estuve convencido (RI).

<sup>554</sup> Quise imitar este rasgo en fructidor de 1797, cuando decía a mis soldados de Italia que el cuerpo legislativo había asesinado la libertad republicana en Francia; pero no pude conducirlos allí ni ir yo. Errado el tiro entonces, no lo fue luego (RI).

<sup>555</sup> En esto será reconocida mi vuelta de Egipto (RI).

<sup>556</sup> Mi Didio no era más que el Directorio, y bastaba disolverle para destruirlo (RI).

eligió emperador.<sup>557</sup> Pero para adueñarse del Estado quedaban aún a Severo dos dificultades: la primera en Oriente, donde Níger, jefe de los ejércitos asiáticos, se había hecho proclamar emperador; la segunda en Occidente, donde se hallaba Albino, quien también tenía pretensiones al imperio.<sup>558</sup> Y como juzgaba peligroso declararse a la vez enemigo de los dos, resolvió atacar a Níger y engañar a Albino,<sup>559</sup> para lo cual escribió a éste que, elegido emperador por el Senado, quería compartir el trono con él; le mandó el título de César y, por acuerdo del Senado, lo convirtió en su colega,<sup>560</sup> distinción que Albino aceptó sin vacilar. Pero una vez que hubo vencido y muerto a Níger, y pacificadas las cosas en Oriente, volvió a Roma y se quejó al Senado de que Albino, olvidándose de los beneficios que le debía, había tratado vilmente de matarlo, por lo cual era preciso que castigara su ingratitude. Fue entonces a buscarlo a las Galias y le quitó la vida y el Estado.<sup>561</sup>

Quien examine, pues, detenidamente las acciones de Severo, verá que fue un feroz león<sup>562</sup> y un zorro muy astuto, y advertirá que todos lo temieron y respetaron y que el ejército no lo odió; y no se asombra-

---

<sup>557</sup> Se me nombró jefe de todas las tropas reunidas en París e Inmediaciones y, por de pronto, árbitro de ambos consejos (RI).

<sup>558</sup> Mi Níger era simplemente Barrás, y mi Albino no fue más que Sieyes. No eran formidables. Cada uno de ellos no obraba por su propia cuenta, y yo quería que se diferenciases en sus propósitos, El primero debía querer el restablecimiento del rey, el segundo, entronizar al elector de Brunswick. Pero yo quería otra cosa, y Séptimo, en mi lugar, no hubiera actuado mejor (RI).

<sup>559</sup> Me bastaba con retirar a mi Níger y me era fácil engañar a mi Albino (RI).

<sup>560</sup> Así hice nombrar a Sieyes colega mío en la comisión consular, y Roger-Ducca, al que admití también en ella, solo podía ser un contrapeso a mi disposición (RI).

<sup>561</sup> No me eran necesarias tan grandes maniobras para desembarazarme de Sieyes. Más zorro que él, lo logré fácilmente en mi junta del 22 frimario, en que yo mismo arreglé la Constitución que me hizo primer cónsul y relegó a los dos colegas a la jubilación de mi Senado (RI).

<sup>562</sup> No me censurarán por no haberlo sido ni por asomo en esta coyuntura (RI).

rá de que él, príncipe nuevo, haya podido ser amo de un imperio tan vasto, porque su ilimitada autoridad<sup>563</sup> lo protegió siempre del odio que sus depredaciones podían haber hecho nacer en el pueblo.

Pero Antonino, su hijo, también fue hombre de cualidades que lo hacían admirable en el concepto del pueblo y grato en el de los soldados. Varón de genio guerrero, durísimo a la fatiga, enemigo de la molicie y de los placeres de la mesa, no podía menos de ser querido por todos los soldados.<sup>564</sup> Sin embargo, su ferocidad era tan grande e inaudita que, después de innumerables asesinatos aislados, exterminó a gran parte del pueblo de Roma y a todo el de Alejandría. Por este motivo se hizo odioso a todo el mundo,<sup>565</sup> empezó a ser temido por los mismos que lo rodeaban y a la postre fue muerto por un centurión en presencia de todo el ejército. Conviene notar al respecto que no está en manos de ningún príncipe evitar esta clase de atentados, producto de la firme decisión de un hombre de carácter, porque al que no le importa morir no le asusta quitar la vida a otro; pero no los tema el príncipe, pues son rarísimos,<sup>566</sup> y preocúpese, en cambio, por no inferir ofensas graves a nadie que esté junto a él<sup>567</sup> para el servicio del Estado. Es lo que no hizo Antonino, ya que, a pesar de haber asesinado en forma ignominiosa a un hermano del centurión, y de amenazar a éste diariamente con lo mismo lo conservaba en su guardia particular: tranquilidad temeraria<sup>568</sup> que tenía que traerle la muerte, y se la trajo.

---

<sup>563</sup> La mía no puede ser mayor por ahora y la sostendré (RI).

<sup>564</sup> Aproveché todas las oportunidades para adquirir su amor por este medio (RI).

<sup>565</sup> Poco hábil (RI).

<sup>566</sup> No suceden nunca, cuando el príncipe impone respeto con una grande y genial entereza (RI).

<sup>567</sup> Cuando uno los ha ofendido, es indispensable apartarlos, trasladarlos, desterrarlos, honrosamente o no (RI).

<sup>568</sup> Necio, estúpido, embrutecido (RI).

Pasemos a Cómodo<sup>569</sup> a quien, por ser hijo de Marco y haber recibido el imperio, en herencia, fácil le hubiera sido conservarlo, dado que con sólo seguir las huellas de su padre hubiese tenido satisfecho a pueblo y ejército. Pero fue un hombre cruel y brutal que, para desahogar su ansia de rapiña contra el pueblo, trató de captarse la benevolencia de las tropas permitiéndoles toda clase de licencias; por otra parte, olvidado de la dignidad que investía, bajó muchas veces a la arena para combatir con los gladiadores y cometió vilezas incompatibles con la majestad imperial, con lo cual se acarreó el desprecio de los soldados. De modo que, odiado por un grupo y aborrecido por el otro, fue asesinado a consecuencia de una conspiración.<sup>570</sup>

Nos quedan por examinar las cualidades de Maximino. Fastidiadas las tropas por la inactividad de Alejandro, de quien ya he hablado, elevaron al imperio, una vez muerto éste, a Maximino, hombre de espíritu extraordinariamente belicoso, que no se conservó en el poder mucho tiempo porque hubo dos cosas que lo hicieron odioso y despreciable:<sup>571</sup> la primera, su baja condición<sup>572</sup> pues nadie ignoraba que había sido pastor en Tracia, y esto producía universal disgusto; la otra, su fama de sanguinario; había diferido su marcha a Roma para tomar posesión del mando, y, en el intervalo, había cometido, en Roma y en todas partes del imperio, por intermedio de sus prefectos, un sinnúmero de depredaciones.<sup>573</sup> Menospreciado por la bajeza de su origen y odiado por el temor a su ferocidad, era natural que todo el mundo se sintiese inquieto y, en consecuencia, que el Africa se rebelase y que el Senado y luego el pueblo de Roma y toda Italia conspirasen contra él. Su propio ejército, mientras sitiaba a Aquilea sin poder tomarla, cansado de

---

<sup>569</sup> Da lástima. No es digno de que yo detenga un solo instante mis miradas en él (RI).

<sup>570</sup> Era justo. No es posible ser más indigno para reinar (RI).

<sup>571</sup> El ser despreciado es el peor de los males (RI).

<sup>572</sup> Hay siempre medios para encubrir esto (RI).

<sup>573</sup> ¿Por qué no las desaprobaba luego mandando castigarlos? (RI).

sus crueldades y temiéndolo menos al verlo rodeado de tantos enemigos, se plegó al movimiento y lo mató.<sup>574</sup>

No quiero referirme a Heliogábalo, Macrino y Juliano, que, por ser hartos despreciables, tuvieron pronto fin, y atenderé a las conclusiones de este discurso. Los príncipes actuales no se encuentran ante la dificultad de tener que satisfacer en forma desmedida a los soldados.<sup>575</sup> pues aunque haya que tratarlos con consideración, el caso es menos grave, dado que estos príncipes no tienen ejércitos propios, vinculados estrechamente con los gobiernos y las administraciones provinciales,<sup>576</sup> como estaban los ejércitos del Imperio Romano. Y si entonces había que inclinarse a satisfacer a los soldados antes que al pueblo, se explica, porque los soldados eran más poderosos que el pueblo, mientras que ahora todos los príncipes, salvo el Turco y el Sultán, tienen que satisfacer antes al pueblo que a los soldados, porque aquél puede más que éstos.<sup>577</sup> Exceptúo al Turco, que, por estar siempre rodeado por doce mil infantes y quince mil jinetes, de los cuales dependen la seguridad y la fuerza del reino,<sup>578</sup> necesita posponer toda otra preocupación a la de conservar la amistad de las tropas.<sup>579</sup> Del mismo modo, conviene que el Sultán, cuyo reino está por completo en manos del ejército, conserve las simpatías de éste, sin tener consideraciones para con el pueblo.<sup>580</sup> Y adviértase que este Estado del Sultán es muy distinto de todos los principados y sólo parecido al pontificado cristiano, al que no puede llamársele principado heredita-

---

<sup>574</sup> Es digno de esto quien deja llegar las cosas a tal extremo (RI).

<sup>575</sup> No me causa dificultades, en efecto (RI).

<sup>576</sup> Cambiar a menudo las guarniciones (RI).

<sup>577</sup> Mi interés quiere que se mantenga entre unos y otros un cierto equilibrio, sin mayor inclinación ni de un lado ni de otro (RC).

<sup>578</sup> Mi guardia imperial puede, en caso necesario, hacer las veces de genzaros (RI).

<sup>579</sup> Debo hacer otro tanto (RI).

rio ni principado nuevo,<sup>581</sup> porque no son los hijos de! príncipe viejo los herederos y futuros príncipes, sino el elegido para ese puesto por los que tienen autoridad.<sup>582</sup> Y como se trata de una institución antigua, no le corresponde el nombre de principado nuevo, aparte de que no se encuentran en él los obstáculos que existen en los nuevos, pues si bien el príncipe es nuevo, la constitución del Estado es antigua y el gobernante recibido como quien lo es por derecho hereditario.<sup>583</sup>

Pero volvamos a nuestro asunto. Cualquiera que meditase este discurso hallaría que la causa de la ruina de los emperadores citados ha sido el odio o el desprecio, y descubriría a qué se debe que, mientras parte de ellos procedieron de un modo y parte de otro, en ambos modos hubo dichosos y desgraciados. Pertinax y Alejandro fracasaron porque, siendo príncipes nuevos, quisieron imitar a Marco, que había llegado al imperio por derecho de sucesión,<sup>584</sup> y lo mismo le sucedió a Caracalla, Cómodo y Maximino al intentar seguir las huellas de Severo cuando carecían de sus cualidades. Se concluye de esto que un príncipe nuevo en un principado nuevo no puede imitar la conducta de Marco ni tampoco seguir los pasos de Severo<sup>585</sup> sino que debe tomar de éste las cualidades necesarias para fundar un Estado, y, una vez establecido y firme, las cualidades de aquél que mejor tiendan a conservarlo.<sup>586</sup>

---

<sup>580</sup> Consideraciones o no, es preciso tener una fuerte guardia, con la que uno puede contar, aun cuando haya desertores entre las otras, que se hallan todavía muy apegadas al pueblo (RI).

<sup>581</sup> La comparación es curiosa, atrevida, pero verdadera a los ojos de todo meditador político (RI).

<sup>582</sup> Los cardenales crean, efectivamente, el gobierno temporal de Roma, como los magnates de Egipto creaban su sultán (RI).

<sup>583</sup> Serio así es lo mejor de la rueda de la fortuna (RI).

<sup>584</sup> Hay algo bueno en cada uno de estos modelos; es menester saber elegir. Únicamente los tontos pueden atenerse a uno solo e imitarlo en todo (RI).

<sup>585</sup> ¿Quién será capaz de seguir los míos? (RI).

<sup>586</sup> Conclusión perfecta; pero todavía no puedo desistir de los procedimientos de Severo (RI).

## CAPITULO XX

### **SI LAS FORTALEZAS, Y MUCHAS OTRAS COSAS QUE LOS PRINCIPES HACEN CON FRECUENCIA SON UTILES O NO**

Hubo príncipes que, para conservar sin inquietudes el Estado, desarmaron a sus súbditos; príncipes que dividieron los territorios conquistados; príncipes que favorecieron a sus mismos enemigos; príncipes que se esforzaron por atraerse a aquellos que les inspiraban recelos al comienzo de su gobierno; príncipes, en fin, que construyeron fortalezas, y príncipes que las arrasaron.<sup>587</sup> Y aunque sobre todas estas cosas no se pueda dictar sentencia sin conocer las características del Estado donde habría de tomarse semejante resolución, hablaré, sin embargo, del modo más amplio que la materia permita.<sup>588</sup>

Nunca sucedió que un príncipe nuevo desarmase a sus súbditos; por el contrario, los armó cada vez que los encontró desarmados.<sup>589</sup> De este modo, las armas del pueblo se convirtieron en las del príncipe, los que recelaban se hicieron fieles, los fieles continuaron siéndolo y los súbditos se hicieron partidarios. Pero como no es posible armar a todos los súbditos, resultan favorecidos aquellos a quienes el príncipe

---

<sup>587</sup> Un mismo príncipe puede verse obligado a hacer todo esto en el transcurso de su reinado, según la época y las circunstancias (RI).

<sup>588</sup> Habla, y me encargo de las consecuencias prácticas (RI).

<sup>589</sup> Así obraron los hábiles protectores de la Revolución. Erigiéndose en príncipes de Francia, transformaron los Estados Generales mediante una asamblea nacional y armaron de inmediato a todo el pueblo, para formar un ejército nacional en provecho suyo. ¿Por qué conservan la guardias urbanas y comunales este título de nacionales que no les conviene hoy en día? ¿Guarda, acaso, cada una de ellas a la nación entera? Es menester que lo pierdan, pero gradualmente. No son ni deben ser más que guardias urbanas o provinciales: así lo exigen el buen orden y el sano juicio (RI).

arma, y se puede vivir más tranquilo con respecto a los demás,<sup>590</sup> por esta distinción, de que reconocen deudores al príncipe, los primeros se consideran más obligados a él, y los otros lo disculpan comprendiendo que es preciso que gocen de más beneficios los que tienen más deberes y se exponen a más peligros. Pero cuando se los desarma, se empieza a ofenderlo, puesto que se les demuestra que, por cobardía o desconfianza, se tiene poca fe en su lealtad<sup>591</sup>; y cualquiera de estas dos opiniones engendra odio contra el príncipe. Y como el príncipe no puede quedar desarmado, es forzoso que recurra a las milicias mercenarias, de cuyos defectos ya he hablado;<sup>592</sup> pero aun cuando sólo tuviesen virtudes, no pueden ser tantas como para defenderlo de los enemigos poderosos y de los súbditos descontentos.<sup>593</sup> Por eso, como he dicho, un príncipe nuevo en un principado nuevo no ha dejado nunca de organizar su ejército,<sup>594</sup> según lo prueben los ejemplos de que está llena la historia. Ahora bien: cuando un príncipe adquiere un Estado nuevo que añade al que ya poseía, entonces sí que conviene que desarme a sus nuevos súbditos, excepción hecha de aquellos que se declararon partidarios suyos durante la conquista;<sup>595</sup> y aun a éstos, con el transcurso del tiempo y aprovechando las ocasiones que se le brinden, es preciso debilitarlos y reducirlos a la inactividad<sup>596</sup> y arreglarse de

---

<sup>590</sup> Los grandes forjadores de la Revolución Francesa querían armar, realmente, sólo al pueblo. Los pocos nobles a quienes dejaron introducirse en su guardia nacional no los espantaban. Sabían muy bien que no tardarían en echarlos y teniéndose el pueblo por el único favorecido, fue sólo de ellos (RI).

<sup>591</sup> ¿Cómo saldrán de este difícil paso habiendo muchas guardias nacionales que no les responden? (E).

<sup>592</sup> No los hay ya de esta especie (E).

<sup>593</sup> Dudo de que los aliados que están en Francia puedan impedir esto, y, por otra parte, saldrán muy pronto (E).

<sup>594</sup> Imposible para ellos en este momento, y sería urgente. Pero conservan la mía, para la que soy todo (E).

<sup>595</sup> Puse atención en esto en Italia (RC).

<sup>596</sup> Con gusto los vi fastidiarse del servicio, y estaba convencido de que, pasado el 1º de febrero, se cansarían de él (RC).

modo que el ejército del Estado se componga de los soldados que rodeaban al príncipe en el Estado antiguo.<sup>597</sup>

Nuestros antepasados, y particularmente los que tenían fama de sabios, solían decir que para conservar a Pistoia bastaban las disensiones, y para conservar a Pisa, las fortalezas; por tal motivo, y para gobernarlas más fácilmente, fomentaban la discordia en las tierras sometidas, medida muy lógica en una época en que las fuerzas de Italia estaban equilibradas; pero no me parece que pueda darse hoy por precepto, porque no creo que las divisiones traigan beneficio alguno;<sup>598</sup> al contrario, juzgó inevitable que las ciudades enemigas se pierdan en cuanto el enemigo se aproxime, pues siempre el partido más débil se unirá a las fuerzas externas, y el otro no podrá resistir.

Movidos por estas razones, según creo, los venecianos fomentaban en las ciudades conquistadas la creación de güelfos y gibelinos; y aunque no los dejaban llegar al derramamiento de sangre, alimentaban, sin embargo, estas discordias entre ellos, a fin de que, ocupados en sus diferencias, no se uniesen contra el enemigo común.<sup>599</sup> Pero, como hemos visto, este proceder se volvió en su contra, pues derrotados en Vailá, uno de los partidos cobró valor y les arrebató todo el Estado. Semejantes recursos inducen a sospechar la existencia de

---

<sup>597</sup> No poner, para guardar el país conquistado, más que regimientos de cuyo apego estoy seguro (RC).

<sup>598</sup> No debe tomarse literalmente este raciocinio, porque en tiempos de Maquiavelo los ciudadanos eran también soldados en caso de ataque a su ciudad. No se cuenta ya hoy con los ciudadanos para el caso de defender una ciudad atacada, sino con las buenas tropas que han sido colocadas en ella. Pienso, pues, como los antiguos florentinos, que es bueno mantener partidos de cualquier índole en las ciudades y provincias, para ocuparlas cuando son de naturaleza turbulenta. Bien entendido que ninguno se dirija contra mí (RC).<sup>11</sup>

<sup>599</sup> Estratagema que me resultó acertada a menudo. Les echo, a veces, algunas semillas de discordia particulares, cuando quiero distraerlos de ocuparse en los negocios de Estado o cuando preparo en secreto alguna extraordinaria medida de gobierno (RI).

alguna debilidad en el príncipe<sup>600</sup> porque un príncipe fuerte jamás tolerará tales divisiones, que podrán serle útiles en tiempos de paz, cuando, gracias a ellas, manejará más fácilmente a sus súbditos,<sup>601</sup> pero que mostrarán su ineficacia en cuanto sobrevenga la guerra.

Indudablemente, los príncipes son grandes cuando superan las dificultades y la oposición que se les hace.<sup>602</sup> Por esta razón, y sobre todo cuando quiere hacer grande a un príncipe nuevo, a quien le es más necesario adquirir fama que a uno hereditario, la fortuna le suscita enemigos y guerras en su contra para darle oportunidad de que las supere y pueda, sirviéndose de la escala que los enemigos le han traído,<sup>603</sup> elevarse a mayor altura. Y hasta hay quienes afirman que un príncipe hábil debe fomentar con astucia ciertas resistencias para que, al aplastarlas, se acreciente su gloria.<sup>604</sup>

Los príncipes, sobre todo los nuevos, han hallado más consecuencia y más utilidad en aquellos que al principio de su gobierno les eran sospechosos que en aquellos en quienes confiaban.<sup>605</sup> Pandolfo Petrucci, príncipe de Siena, gobernaba su Estado más con los que le habían sido sospechosos que con los otros. Pero de este punto no se pueden extraer conclusiones generales porque varían según el caso.<sup>606</sup> Sólo diré esto: que los hombres que al principio de un reinado han sido enemigos, si su carácter es tal que para continuar la lucha necesitan apoyo ajeno, el príncipe podrá siempre y muy fácilmente con-

---

<sup>600</sup> Quizá también, a veces, algo de prudencia y de arte (RI).

<sup>601</sup> En tiempos de guerra es menester distraerlos de otro modo para contentarlos (RI).

<sup>602</sup> ¿Podían ser superadas más de lo que lo hice yo?(RI).

<sup>603</sup> ¡Cuántas escalas me trajeron! Me aproveché bien. (RI).

<sup>604</sup> Maquiavelo debe estar contento del provecho que saqué de este consejo (RI).

<sup>605</sup> Esto puede ser verdad para otros, pero casi no lo es para mí (RI).

<sup>606</sup> Enhorabuena (RI).

quistarlos a su causa;<sup>607</sup> y lo servirán con tanta más fidelidad cuanto que saben que les es preciso borrar con buenas obras la mala opinión en que se los tenía;<sup>608</sup> y así el príncipe saca de ellos más provecho que ele los que, por serle demasiado fieles,<sup>609</sup> descuidan sus obligaciones.

Y puesto que el tema lo exige, no dejaré de recordar al príncipe que adquiera un Estado nuevo mediante la ayuda de los ciudadanos que examine bien el motivo que impulsó a éstos a favorecerlo, porque si no se trata de afecto natural, sino de descontento anterior del Estado, difícil y fatigosamente podrá conservar su amistad, pues tampoco él podrá contentarlos.<sup>610</sup> Con los ejemplos que los hechos antiguos y modernos proporcionan, medítese serenamente en la razón de todo esto, y se verá que es más fácil conquistar la amistad de los enemigos, que lo son porque estaban satisfechos con el gobierno anterior,<sup>611</sup> que la de los que, por estar descontentos<sup>612</sup> se hicieron amigos del nuevo príncipe y le ayudaron a conquistar el Estado.<sup>613</sup>

Los príncipes, para conservarse irás seguramente en el poder, acostumbraron construir fortalezas que fuesen rienda y freno para quienes se atreviesen a obrar en su contra<sup>614</sup> y refugio seguro para

---

<sup>607</sup> Como gané a ciertos nobles que, por ambición o medianía de fortuna, necesitaban puestos, y a los emigrados, a las puertas de Francia y restituí a quienes volví a abrir las puertas de Francia y restituí sus bienes... (RI).

<sup>608</sup> ¿Qué no hicieron conmigo con ese fin? (RI).

<sup>609</sup> Es necesario saber turbar esa tranquilidad cuando se sospecha que aflojan; y, aun cuando no hubiera motivos, para sospecharlo, algunos intempestivos arranques surten siempre un buen efecto (RI).

<sup>610</sup> Solo me quisieron para que los llenara de bienes y como son insaciables, querrían lo mismo a nuestro príncipe que me sustituyera, a fin de verse colmados también por él. Su alma es el tonel de las Danaides, y su ambición, el buitro de Prometeo (RI).

<sup>611</sup> Tales como los realistas moderados (RI).

<sup>612</sup> Por despecho de ambición (RI).

<sup>613</sup> Reflexión muy profunda (RI).

<sup>614</sup> Así fueron contruidos la Bastilla, en el reinado de Carlos el Sabio, para asegurarse de los parisienses, y el Castillo Trompeta, de Burdeos, en el de

ellos en caso de un ataque imprevisto.<sup>615</sup> Alabo esta costumbre de los antiguos. Pero repárese en que en estos tiempos se ha visto a Nicolás Vitelli arrasar dos fortalezas en Cittá di Castello para conservar la plaza. Guido Ubaldo, duque de Urbino, al volver a sus Estados, de donde lo arrojó César Borgia, destruyó hasta los cimientos todas las fortalezas de aquella provincia, convencido de que sin ellas sería más difícil arrebatarle el Estado.<sup>616</sup> Lo mismo hicieron los Bentivoglio al volver a Bolonia. Por consiguiente, las fortalezas pueden ser útiles o no según los casos, pues si en unas ocasiones favorecen, en otras perjudican. Podría resolverse la cuestión de esta manera: el príncipe que teme más al pueblo que a los extranjeros debe construir fortalezas;<sup>617</sup> pero el que teme más a los extranjeros que al pueblo debe pasarse sin ellos. El castillo levantado por Francisco Sforza en Milán ha traído y traerá más sinsabores a la casa Sforza que todas las revueltas que se produzcan en el Estado. Pero, en definitiva, no hay mejor fortaleza que el no ser odiado por el pueblo<sup>618</sup> porque si el pueblo aborrece al príncipe, no lo salvarán todas las fortalezas que posea<sup>619</sup> pues nunca faltan al pueblo, una vez que ha empuñado las armas, extranjeros que lo socorran.<sup>620</sup>

---

Carlos VIII, para asegurarse de los bordeleses. No perdamos esto de vista (RI).

<sup>615</sup> En la primera. ocasión me haré una en las alturas de Montmartre, para imponer respeto a los parisienses. ¡Pero no la tuve cuando ellos se entregaron cobardemente a los aliados! El Castillo Trompeta contendrá a los traidores del Garona (E).

<sup>616</sup> Destruir todas las de Italia, excepto las de Mantua y Alejandría, que fortificaré todo lo más que pueda (G).

<sup>617</sup> Cuando se teme a los unos tanto como a los otros, conviene tenerlas y en tantos sitios como se teme (E).

<sup>618</sup> Pero, si os aborrecen, os hacen a menudo más daño que el bien que podrían haceros cien amigos (E).

<sup>619</sup> No lo creo (E).

<sup>620</sup> Entonces, como entonces. ¡Hoy veríamos! (E).

En nuestros tiempos no se ha visto que hayan favorecido a ningún príncipe, salvo a la condesa de Forli, después de la muerte del conde Jerónimo, su marido; porque gracias a ellas pudo escapar al furor popular, esperar el socorro de Milán y recuperar el Estado.<sup>621</sup> Pero entonces las circunstancias eran tales que los extranjeros no podían auxiliar al pueblo.<sup>622</sup> Y después su fortaleza, de nada le sirvió, cuando César Borgia la asaltó y el pueblo se plegó a él por odio a la condesa.<sup>623</sup> Por lo tanto, mucho más seguro le hubiera sido, entonces y siempre, no ser odiada por el pueblo que tener fortalezas.<sup>624</sup>

Consideradas, pues estas cosas, elogiaré tanto a quien construya fortalezas como a quien no las construya, pero censuraré a todo el que, confiando en las fortalezas, tenga en poco el ser odiado por el pueblo.<sup>625</sup>

---

<sup>621</sup> Esto es, por cierto, bastante para la justificación de las fortalezas (E).

<sup>622</sup> No tenía un ejército como el mío (E).

<sup>623</sup> Si no tenía más que esto para defenderse, lo creo muy bien (E).

<sup>624</sup> ¿No ser aborrecido por el pueblo? Vuelve siempre a esta pucrilidad. Las fortalezas equivalen, sin duda, al amor del pueblo (E).

<sup>625</sup> Puedes alabarme anticipadamente (E).

## CAPITULO XXI

### COMO DEBE COMPORTARSE UN PRINCIPE PARA SER ESTIMADO

Nada hace tan estimable a un príncipe como las grandes empresas y el ejemplo de raras virtudes.<sup>626</sup> Prueba de ello es Fernando de Aragón, actual rey de España a quien casi puede llamarse príncipe nuevo,<sup>627</sup> pues de rey sin importancia se ha convertido en el primer monarca de la cristiandad.<sup>628</sup> Sus obras, como puede comprobarlo quien las examine, han sido todas grandes, y algunas extraordinarias.<sup>629</sup> En los comienzos de su reinado tomó por asalto a Granada,<sup>630</sup> punto de partida de sus conquistas. Hizo la guerra cuando estaba en paz con los vecinos, y, sabiendo que nadie se opondría, distrajo con ella la atención de los nobles de Castilla, que, pensando en esa guerra, no pensaban en catribios políticos, y por este medio adquirió autoridad y reputación sobre ellos y sin ,que ellos se diesen cuenta.<sup>631</sup> Con dinero del pueblo y de la Iglesia pudo mantener sus ejércitos, a los que templó en aquella larga guerra y que tanto lo honraron después.<sup>632</sup> Más tarde, para poder iniciar empresas de mayor envergadura, se

---

<sup>626</sup> Con ellas me he elevado y únicamente con ellas puedo sostenerme. Si no hiciera otras nuevas que sobrepujaran a las anteriores, decaería (RI).

<sup>627</sup> Los hay de muchas especies (E).

<sup>628</sup> Llegaré a serlo (E).

<sup>629</sup> No más que las mías (RI).

<sup>630</sup> Hacer otro tanto con España (RC).

<sup>631</sup> Mis circunstancias se diferenciaban mucho de las suyas en mi empresa de España, para que tuviera iguales triunfos. Por lo demás, me podía pasar sin ellos (RI).

<sup>632</sup> Fernando fue más feliz que yo o tuvo ocasiones más favorables. El hacer obrar a mi hermano (¡ah, qué hermano!), no es como si yo mismo obrara? (RI).

entregó, sirviéndose siempre de la Iglesia, a una piadosa persecución y despojó y expulsó de su reino a los «marranos».<sup>633</sup> No puede haber ejemplo más admirable y maravilloso. Con el mismo pretexto invadió el Africa, llevó a cabo la campaña de Italia y últimamente atacó a Francia, porque siempre meditó y realizó hazañas extraordinarias que provocaron el constante estupor de los súbditos y mantuvieron su pensamiento ocupado por entero en el éxito de sus aventuras.<sup>634</sup> Y estas acciones tuyas nacieron de tal modo una tras otra<sup>635</sup> que no dio tiempo a los hombres para poder preparar con tranquilidad algo en su perjuicio.<sup>636</sup>

También concurre en beneficio del príncipe el hallar medidas sorprendentes en lo que se refiere a la administración,<sup>637</sup> como se cuenta que las hallaba Bernabó de Milán. Y cuando cualquier súbdito hace algo notable, bueno o malo, en la vida civil, hay que descubrir un modo de recompensarlo<sup>638</sup> o castigarlo<sup>639</sup> que dé amplio tema de conversación a la gente. Y, por encima de todo<sup>640</sup> el príncipe debe ingeniarse por parecer grande e ilustre en cada uno de sus actos.

---

<sup>633</sup> Mi devoción por el concordato no pudo autorizarme más que para echar a los curas que me habían mostrado antes y que se mostraban todavía reacios a las promesas y juramentos. No los necesitaba sino dóciles y bien jesuíticos. De cuando en cuando agraviaré a los "Padres de la fe". ¡Fesh los protegerá, y ellos lo harán papa! (RC).

<sup>634</sup> El tener siempre embobados a mis pueblos, dándoles que hablar de continuo sobre mis triunfos o mis proyectos engrandecidos por el genio de la ambición, no puede menos que serme de gran utilidad (RC).

<sup>635</sup> A ello me dediqué especialmente en mis tratados de paz, haciendo insertar siempre alguna cláusula propia, para engendrar el pretexto de una nueva guerra inmediata (RI).

<sup>636</sup> Es también uno de mis fines en la rápida sucesión de mis empresas (RI).

<sup>637</sup> Pero conviene, por cierto, que estas cosas deslumbren con el fausto y que no carezcan por completo de algunas apariencias de utilidad pública (RI).

<sup>638</sup> La institución de mis premios decenales (RI).

<sup>639</sup> Ya no puede inventarse nada en este ramo (RI).

<sup>640</sup> Te comprendo y me conformo con tus consejos (RI).

Asimismo se estima al príncipe capaz de ser amigo o enemigo franco, es decir, al que, sin temores de ninguna índole, sabe declararse abiertamente en favor de uno y en contra de otro.<sup>641</sup> El abrazar un partido es siempre más conveniente que el permanecer neutral.<sup>642</sup> Porque si dos vecinos poderosos se declaran la guerra, el príncipe puede encontrarse en uno de estos casos: que, por ser los adversarios fuertes, tenga que temer a cualquiera de los dos que gane la guerra, o que no;<sup>643</sup> en uno o en otro caso siempre se será más útil decidirse por una de las partes y hacer la guerra.<sup>644</sup> Pues, en el primer caso, si no se define, será presa del vencedor.<sup>645</sup> con placer y satisfacción del vencido;<sup>646</sup> y no hallará compasión en aquél ni asilo en éste, porque el que vence no quiere amigos sospechosos y que no lo ayuden en la adversidad, y el que pierde no puede ofrecer ayuda a quien no quiso empuñar las armas y arriesgarse en su favor.<sup>647</sup>

Antíoco, llamado a Grecia por los etolios para arrojar de allí a los romanos, mandó embajadores a los acayos, que eran amigos de los romanos, para convencerlos de que permaneciesen neutrales. Los romanos, por el contrario, les pedían que tomaran las armas a su favor.<sup>648</sup> Se debatió el asunto en el consejo de los acayos, y cuando el enviado de Antíoco solicitó neutralidad, el representante romano replicó: «*Quod autem isti dicunt non interponendi vos bello, nihil magis*

---

<sup>641</sup> Salvo el hacer luego al revés (RC).

<sup>642</sup> Indicio de la mayor debilidad en armas y genio (RC).

<sup>643</sup> Pase; no temo a ninguno en particular, y los tendré divididos hasta que pueda reunirlos conmigo (RC).

<sup>644</sup> No hay otro (RI).

<sup>645</sup> Así es como los neutrales de las alianzas anteriores fueron despojos míos (RI).

<sup>646</sup> Disposiciones de que me aprovecho siempre a costa suya (RI).

<sup>647</sup> Buena reflexión para otros en especia para quienes no tuvieron nunca bastante sano juicio para hacerla (RI).

<sup>648</sup> Así hare hablar a los príncipes de Alemania, cuando se se trate de mi famosa expedición a Rusia. Haré marchar a los otros sin esto (RI).

*alienum rebus vestris est, sine gratia, sine dignitate, praemium victoris erifis».*

Y siempre verás que aquel que no es tu amigo te exigirá la neutralidad, y aquel que es amigo tuyo te exigirá que demuestres tus sentimientos con las armas. Los príncipes irresolutos, para evitar los peligros presentes, siguen las más de las veces el camino de la neutralidad, y las más de las veces fracasan.<sup>649</sup> Pero cuando el príncipe se declara valientemente por una de las partes si triunfa aquella a la que se une, aunque sea poderosa y él quede a su discreción, estarán unidos por un vínculo de reconocimiento y de afecto; y los hombres nunca son tan malvados que, dando una prueba de tamaña ingratitud, lo sojuzguen.<sup>650</sup> Al margen de esto, las victorias nunca son tan decisivas como para que el vencedor no tenga que guardar algún miramiento sobre todo con respecto a la justicia.<sup>651</sup> Y si el aliado pierde, el príncipe será amparado, ayudado por él en la medida de lo posible y se hará compañero de una fortuna que puede resurgir.<sup>652</sup> En el segundo caso, cuando los que combaten entre sí no pueden inspirar ningún temor, mayor es la necesidad de definirse, pues no hacerlo significa la ruina de uno de ellos, al que el príncipe, si fuese prudente, debería salvar,<sup>653</sup> porque si vence queda a su discreción<sup>654</sup> y es imposible que con su ayuda no venza.

Conviene advertir que un príncipe nunca debe aliarse con otro más poderoso para atacar a terceros, sino, de acuerdo con lo dicho,

---

<sup>649</sup> Se mostraron débiles, y por esto mismo podían considerarse perdidos (RI).

<sup>650</sup> ¿Valían, pues, los hombres de entonces más que los de ahora, en que semejantes consideraciones ni cuadran ni se hacen? Nuestro siglo de luces dilató maravillosamente la esfera de la ciencia política (RI).

<sup>651</sup> Cada uno la entiende a su modo (RI).

<sup>652</sup> Bueno para los principillos (RI).

<sup>653</sup> Rusia no vio esto cuando abandonó a Austria a mis armas. Veré mejor cuando se trate de obrar contra Rusia, Austria y Prusia, por más interesadas que estén en su conservación, pueden dejarse por mí (RI).

<sup>654</sup> Todas ellas llegarán a esto (RI).

cuando las circunstancias lo obligan,<sup>655</sup> porque si venciera queda en su poder,<sup>656</sup> y los príncipes deben hacer lo posible por no quedar a disposición de otros.<sup>657</sup> Los venecianos, que, pudiendo abstenerse de intrometerse, se aliaron con los franceses contra el duque de Milán, labraron su propia ruina.<sup>658</sup> Pero cuando no se puede evitar, como sucedió a los florentinos en oportunidad del ataque de los ejércitos del papa y de España contra la Lombardía, entonces, y por las mismas razones expuestas, el príncipe debe someterse a los acontecimientos. Y que no se crea que los Estados pueden inclinarse siempre por partidos esgueros,<sup>659</sup> por el contrario, piénsese que todos son dudosos; porque acontece en el orden de las cosas que, cuando se quiere evitir un inconveniente, se incurre en otro.<sup>660</sup> Pero la prudencia estriba en saber conocer la naturaleza de los inconvenientes y aceptar el menos malo por bueno.

El príncipe también se mostrará amante de la virtud y honrará a los que se distinguen en las artes.<sup>661</sup> Asimismo, dará seguridades a los ciudadanos para que puedan dedicarse tranquilamente a sus profesiones, al comercio, a la agricultura y a cualquier otra actividad; y que unos no se abstengan de embellecer sus posesiones por temor a que se las quiten, y otros de abrir una tienda por miedo a los impuestos.<sup>662</sup> Lejos de esto, instituirá premios para recompensar a quienes lo hagan y a quienes traten, por cualquier medio, de engrandecer la ciudad o el Estado.<sup>663</sup> Todas las ciudades están divididas en gremios o corpo-

---

<sup>655</sup> Ofreceré tal cuando me convenga (RI).

<sup>656</sup> Lo serán (RI).

<sup>657</sup> No es necesario que puedan evitarlo (RI).

<sup>658</sup> Misérrimo ejemplo (RC).

<sup>659</sup> Puede contar uno con su suerte (RC).

<sup>660</sup> Los hay siempre más numerosos o más graves de una parte de otra (RC).

<sup>661</sup> Multiplicas las apetnets de invención (RC).

<sup>662</sup> Los tributos no espantan nunca a la codicia mercantil (RC).

<sup>663</sup> ¿Se multiplicaron alguna vez tanto como lo hice yo?

raciones<sup>664</sup> a los cuales conviene que el príncipe conceda su atención.<sup>665</sup> Reúnase de vez en vez con ellos<sup>666</sup> y dé pruebas de sencillez y generosidad, sin olvidarse, no obstante, de la dignidad que inviste, que no debe faltarle en ninguna ocasión.

---

<sup>664</sup> Es muy popular (RC).

<sup>665</sup> Basta, por cierto, con mostrarse en las reuniones teatrales. (RC).

<sup>666</sup> Es menester ser sobrio en ello (RC).

## CAPITULO XXII

### DE LOS SECRETARIOS DEL PRINCIPE

No es punto carente de importancia la elección de los ministros, que será buena o mala la cordura del príncipe.<sup>667</sup> La primera opinión que se tiene del juicio de un príncipe se funda en los hombres que lo rodean<sup>668</sup> si son capaces y fieles,<sup>669</sup> podrá reputárselo por sabio, pues supo hallarlos capaces y mantenerlos fieles;<sup>670</sup> pero cuando no lo son, no podrá considerarse prudente a un príncipe que el primer error que comete lo comete en esta elección.<sup>671</sup>

No había nadie que, al saber que Antonio da Venafro era ministro de Pandolfo Petrucci, príncipe de Siena, no juzgase hombre muy inteligente a Pandolfo, por tener por ministro a quien tenía.<sup>672</sup> Pues hay tres clases de cerebros: el primero discierne por sí;<sup>673</sup> el segundo entiende lo que los otros disciernen<sup>674</sup> y el tercero no discierne ni

---

<sup>667</sup> Pero esta cordura debe acomodarse también a las circunstancias. Las hay tales que el más difamado es el más recomendable (RP).

<sup>668</sup> ¿Qué habrían pensado de mí si hubiera tomado por ministros y consejeros a varios amigos declarados de los Borbones, condecorados con sus cruces de San Luis y colmados de mercedes por aquel a quien yo sustituía y que aspiraba a su lantarme? (RI).

<sup>669</sup> Puede hallar todo esto en un individuo desacreditado mucho mejor que en aquel cuya reputación huele como bálsamo (RC).

<sup>670</sup> Aquí está la dificultad, y en ello hallarás su ruina (E).

<sup>671</sup> No sabe evitarlo el que no conoce a los hombres y deja dirigir por otro en sus elecciones (E).

<sup>672</sup> Ved sus elecciones y juzgad (E).

<sup>673</sup> A esto me apego más (RC).

<sup>674</sup> No falto a ello, pero siempre con visos de una gran superioridad intelectual (RC)

entiende lo que los otros discernen.<sup>675</sup> El primero es excelente, el segundo bueno y el tercero inútil.<sup>676</sup> Era, pues, absolutamente indispensable que, si Pandolfo no se hallaba en el primer caso, se hallase en el segundo. Porque con tal que un príncipe tenga el suficiente discernimiento para darse cuenta de lo bueno o malo que hace y dice, reconocerá, aunque de por sí no las descubra, cuáles son las obras buenas y cuáles las malas de un ministro, y podrá corregir éstas y elogiar las otras; y el ministro, que no podrá confiar en engañarlo, se conservará honesto y fiel.

Para conocer a un ministro hay un modo que no falla nunca. Cuando se ve que un ministro piensa más en él que en uno y que en todo no busca sino su provecho, estamos en presencia de un ministro que nunca será bueno y en quien el príncipe nunca podrá confiar.<sup>677</sup> Porque el que tiene en sus manos el Estado de otro jamás debe pensar en sí mismo, sino en el príncipe,<sup>678</sup> y no recordarle sino las cosas que pertenezcan a él.<sup>679</sup> Por su parte, el príncipe, para mantenerlo constante en su fidelidad, debe pensar en el ministro. Debe honrarlo, enriquecerlo y colmarlo de cargos, de manera que comprenda que no puede estar sin él, y que los muchos honores no le hagan desear más honores, las muchas riquezas no le hagan ansiar más riquezas<sup>680</sup> y los muchos cargos le hagan temer los cambios políticos.<sup>681</sup> Cuando los ministros, y los príncipes con respecto a los ministros, proceden así,

---

<sup>675</sup> Son unos estúpidos y animales. Maquiavelo olvidó los espíritus sistemáticos y encaprichados con sus sistemas (RC).

<sup>676</sup> Los cuartos se pierden creyendo con soberbia que hacen lo mejor (E).

<sup>677</sup> Hacer todo cuanto sea posible para que no pueda pensar en sus intereses sino ocupándose de los tuyos (RC).

<sup>678</sup> No es posible: es muy severo. Pero, si piensa más en sí que en mí, lo notaré al punto, y vía, vía (RC).

<sup>679</sup> ¡Cómo saben encubrir sus intereses bajo los de mi reinado! (RI).

<sup>680</sup> Cuando no son como los míos, gentes que tienen tragada toda vergüenza, queda más honradez en mi reino de Italia (RI).

<sup>681</sup> ¡Trapaceros! Han aprendido ahora a hacerse importantes en todos los gobiernos, aun en los más disparatados y opuestos (E).

pueden confiar unos en otros;<sup>682</sup> pero cuando procedan de otro modo, las consecuencias son perjudiciales tanto para unos como para otros.<sup>683</sup>

---

<sup>682</sup> Buenos para otros tiempos o para otros lugares distintos de Francia (RI).

<sup>683</sup> ¿Quién hubiera creído que sería yo? Repararé esto (E).

## CAPITULO XXIII

### COMO HUIR DE LOS ADULADORES

No quiero pasar por alto un asunto importante, y es la falta en que con facilidad caen los príncipes si no son muy prudentes o no saben elegir bien. Me refiero a los aduladores, que abundan en todas las cortes.<sup>684</sup> Porque los hombres se complacen tanto en sus propias obras, y de tal modo se engañan, que no atinan a defenderse de aquella calamidad; y cuando quieren defenderse, se exponen al peligro de hacerse despreciables.<sup>685</sup> Pues no hay otra manera de evitar la adulación que el hacer comprender a los hombres que no ofenden al decir la verdad;<sup>686</sup> y resulta que, cuando todos pueden decir la verdad,<sup>687</sup> faltan al respeto. Por lo tanto, un príncipe prudente debe preferir un tercer modo: rodearse de los hombres de buen juicio de su Estado, únicos a los que dará libertad para decirle la verdad, aunque en las cosas sobre las cuales sean interrogados y sólo en ellas.<sup>688</sup> Pero debe interrogarlos sobre todos los tópicos,<sup>689</sup> escuchar sus opiniones con paciencia y después resolver por sí y a su albedrío.<sup>690</sup> Y con estos consejeros comportarse de tal manera que nadie ignore que será tanto más estimado cuanto más libremente hable. Fuera de ellos, no escuchar a ningún otro poner en seguida en práctica lo resuelto y ser obstinado en su

---

<sup>684</sup> Son necesarios. Un príncipe necesita de su incienso; pero no debe dejarse desvanecer. y esto es lo difícil (RI).

<sup>685</sup> Si no me alabaran con ponderación, el pueblo me tendría por inferior a un hombre vulgar (RI).

<sup>686</sup> Consiento en ello, pero ¿querrán decírmela? (RC).

<sup>687</sup> Es ya demasiado el permitirlo a dos o tres (RC).

<sup>688</sup> Prohibición a estos mismos, de abrir la boca si no son interrogados (RC).

<sup>689</sup> Es mucho (RC).

<sup>690</sup> No descuide esto, y me va bien (RI).

cumplimiento.<sup>691</sup> Quien no procede así se pierde por culpa de los aduladores o, si cambia a menudo de parecer, es tenido en menos.<sup>692</sup>

Quiero a este propósito citar un ejemplo moderno. Fray Lucas [Rinaldi], embajador ante el actual emperador Maximiliano, decía, hablando de Su Majestad, que no pedía consejos a nadie y que, sin embargo, nunca hacía lo que quería.<sup>693</sup> Y esto precisamente por proceder en forma contraria a la aconsejada. Porque el emperador es un hombre reservado que no comunica a nadie pensamientos ni pide pareceres; pero como, al querer ponerlos en práctica, empiezan a conocerse y descubrirse, y los que lo rodean opinan en contra,<sup>694</sup> fácilmente desiste de ellos.<sup>695</sup> De donde resulta que lo que hace hoy lo deshace mañana, que no se entiende nunca lo que desea o intenta hacer y que no se puede confiar en sus determinaciones.<sup>696</sup>

Por este motivo, un príncipe debe pedir consejo siempre, pero cuando él lo considere conveniente y no cuando lo consideren conveniente los demás, por lo cual debe evitar que nadie emita pareceres mientras no sea interrogado.<sup>697</sup> Debe preguntar a menudo, escuchar con paciencia la verdad acerca de las cosas sobre las cuales ha interrogado y ofenderse cuando se entera de que alguien no se la ha dicho

---

<sup>691</sup> Soy yo, por cierto (RI).

<sup>692</sup> Añadase la fuerza de las actuales circunstancias que le hacen más inevitables estos dos peligros, y le veis ya en aquel fin al que los aduladores arrastran (E).

<sup>693</sup> Tuvo buenos pensamientos, especialmente cuando quiso ser el colega y el igual del papa, aun en materia de religión, y tomó con esta mira el título de "pontifex maximus". Pero no tenía mi entereza genial. Se contentó con decir que "si fuera Dios y tuveira dos hijos, el primero sería Dios y el segundo rey de Francia". En cuanto a mí, omnipotente en Europa, haré que mi hijo, si queda único, tenga por sí solo la soberanía de la Santa Sede junto con la del imperio (RI).

<sup>694</sup> Desgraciado del que lo imaginara siquiera (RI).

<sup>695</sup> Bella imaginación en una cabeza débil (RI).

<sup>696</sup> No somos realmente auxiliados más que cuando las gentes por quienes queremos serlo saben que somos invariables (RI).

<sup>697</sup> He sabido hacer perder por completo la voluntad de ello (RI).

por temor.<sup>698</sup> Se engañan los que creen que un príncipe es juzgado sensato gracias a los buenos consejeros que tiene en derredor y no gracias a sus propias cualidades.<sup>699</sup> Porque ésta es una regla general que no falla nunca: un príncipe que no es sabio no puede ser bien aconsejado y, por ende, no puede gobernar, a menos que se ponga bajo la tutela de un hombre muy prudente que lo guíe en todo.<sup>700</sup> Y aun en este caso, duraría poco en el poder, pues el ministro no tardaría en despojarlo del Estado. Y si pide consejo a más de uno, los consejos serán siempre distintos, y un príncipe que no sea sabio<sup>701</sup> no podrá conciliarlos. Cada uno de los consejeros pensará en lo suyo, y él no podrá saberlo ni corregirlo.<sup>702</sup> Y es imposible hallar otra clase de consejeros, porque los hombres se comportarán siempre mal mientras la necesidad no los obligue a lo contrario.<sup>703</sup> De esto se concluye que es conveniente que los buenos consejos, vengan de quien vinieren, nazcan de la prudencia del príncipe, y no la prudencia del príncipe de los buenos consejos.<sup>704</sup>

---

<sup>698</sup> Maquiavelo exige mucho. Sé mejor que él lo que conviene en mi situación (RI).

<sup>699</sup> La opinión está fijada. Se sabe que puedo decir como Luis XI: "Mi verdadero consejo está en mi cabeza" (RI).

<sup>700</sup> Sed un Luis XIII hoy en día y veréis bien pronto que Armand hará, como Pepino (RI).

<sup>701</sup> No debe cargarse, entonces, con el peso de otro (RI).

<sup>702</sup> Esto se verifica (E).

<sup>703</sup> Verdad irrefragable, que bastará que los ministros y cortesanos alejen el príncipe toda lectura de Maquiavelo (E).

<sup>704</sup> ¿En dónde está la cabeza reinante capaz de ello? En un islote del Mediterráneo (E).

**CAPITULO XXIV****POR QUE LOS PRINCIPES DE ITALIA  
PERDIERON SUS ESTADOS<sup>705</sup>**

Las reglas que acabo de exponer, llevadas a la práctica con prudencia, hacen parecer antiguo a un príncipe nuevo y lo consolidan y afianzan en seguida en el Estado como si fuese un príncipe hereditario.<sup>706</sup> Por la razón de que se observa mucho más celosamente la conducta de un príncipe nuevo que la de uno hereditario, si los hombres la encuentran virtuosa, se sienten más agradecidos y se apegan más a él que a uno de linaje antiguo.<sup>707</sup> Porque los hombres se ganan mucho mejor con las cosas presentes que con las pasadas,<sup>708</sup> y cuando en las presentes hallan provecho, las gozan sin inquirir nada; y mientras el príncipe no se desmerezca en las otras cosas,<sup>709</sup> estarán siempre dispuestos a defenderlo.<sup>710</sup> Así, el príncipe tendrá la doble gloria de haber creado un principado nuevo y de haberlo mejorado y fortificado con buenas leyes, buenas armas, buenos amigos y buenos ejemplos.<sup>711</sup> Del mismo modo que será doble la deshonra del que habiendo nacido príncipe, pierde el trono por su falta de prudencia.<sup>712</sup>

---

<sup>705</sup> El capítulo más curioso (E).

<sup>706</sup> Hice la prueba (RI).

<sup>707</sup> El apego que la mayoría de sus nobles me manifiesta, me prueba que los tienen casi olvidados (RI)

<sup>708</sup> Especialmente cuando son emigrados a quienes han sido restituidos sus bienes a hidalguillos pobres a los que se hizo ricos. Y aun los ricos me agradecen el haberlos ayudado a aumentar su caudal (RI).

<sup>709</sup> Me echarán en cara esta falta para justificarse de haberme vuelto la espalda (E).

<sup>710</sup> Hago la feliz experiencia suya (RI).

<sup>711</sup> No me falta ninguna de estas glorias (RI).

<sup>712</sup> Esto me interesa (RI).

Si se examina el comportamiento de los príncipes de Italia que en nuestros tiempos perdieron sus Estados, como el rey de Nápoles, el duque de Milán y algunos otros, se advertirá, en primer lugar, en lo que se refiere a las armas, una falta común a todos: la de haberse apartado de las reglas antes expuestas. Después se verá que unos tuvieron al pueblo por enemigo,<sup>713</sup> y que el que lo tuvo por amigo no supo asegurarse de los nobles.<sup>714</sup> Porque sin estas faltas no se pierden los Estados que tienen recursos suficientes para permitir levantar un ejército de campaña,<sup>715</sup> Filipo de Macedonia, no el padre de Alejandro, sino el que fue vencido por Tito Quincio, disponía de un ejército reducido en comparación con el de los griegos y los romanos, que lo atacaron juntos; sin embargo, como era guerrero y había sabido congraciarse con el pueblo y contener a los nobles<sup>716</sup> pudo resistir una lucha de muchos años; y si al fin perdió algunas ciudades, conservó, en cambio, el reino.<sup>717</sup>

Por consiguiente, estos príncipes nuestros que ocupaban el poder desde hacía muchos años no acusan a la fortuna por haberlo perdido, sino a su ineptitud. Como en épocas de paz nunca pensaron que podrían cambiar las cosas (es defecto común de los hombres no preocuparse por la tempestad durante la bonanza),<sup>718</sup> cuando se presentaron

---

<sup>713</sup> El tener como enemiga a sólo una parte debe bastar (E).

<sup>714</sup> Esto le es imposible con los que le rodean (E).

<sup>715</sup> Sí, pero en caso de que pueda disponer de ellos... (E).

<sup>716</sup> De igual modo asumiré mejor postura con respecto a la confederación, si es que se renueva (E).

<sup>717</sup> Aun cuando aceptara la cesión ya hecha de los países conquistados por mí y me restringiera a los límites establecidos, siempre sería emperador de los franceses (E).

<sup>718</sup> Véase cómo se verifica esto: cuanto les rodea se pavonea en medio de sus satisfacciones, y temerían hacer una mala digestión si dieran cabida a la menor inquietud. Aun supuesto que si volvieran a verme no querrían creer todavía en la posibilidad de mi regreso. Su natural disposición se presta grandemente a mis estratagemas narcóticos (E).

tiempos adversos, atinaron a huir y no a defenderse,<sup>719</sup> y esperaron que el pueblo, cansado de los ultrajes de los vencedores, volviese a llamarlos.<sup>720</sup> Partido que es bueno cuando no hay otros; pero está muy mal dejar los otros por ése, pues no debemos dejarnos caer por el simple hecho de creer que habrá alguien que nos recoja. Porque no lo hay; y si lo hay y acude, no es para salvación nuestra, dado que la defensa ha sido indigna y no ha dependido de nosotros.<sup>721</sup> Y las únicas defensas buenas, seguras y durables son las que dependen de uno mismo y de sus virtudes.<sup>722</sup>

---

<sup>719</sup> No tendrán ya lugar para hacerlo (E).

<sup>720</sup> Contestaré como un príncipe que se ha vuelto moderado, humano, sabio (E).

<sup>721</sup> ¿Tendrán ellos otra? Es posible que los desamparen al ver mi buena presencia; y, por otra parte, me aseguraré activamente (E).

<sup>722</sup> Nunca conté más que con éstas..., ¡y las tendré! (E).

**CAPITULO XXV****DEL PODER DE LA FORTUNA EN LAS COSAS  
HUMANAS Y DE LOS MEDIOS PARA OPONERSE**

No ignoro que muchos creen y han creído que las cosas del mundo están regidas por la fortuna y por Dios de tal modo que los hombres más prudentes no pueden modificarlas; y, más aún, que no tienen remedio alguno contra ellas.<sup>723</sup> De lo cual podrían deducir que no vale la pena fatigarse mucho en las cosas, y que es mejor dejarse gobernar por la suerte. Esta opinión ha gozado de mayor crédito en nuestros tiempos por los cambios extraordinarios, fuera de toda conjetura humana, que se han visto y se ven todos los días.<sup>724</sup> Y yo, pensando alguna vez en ello, me he sentido algo inclinado a compartir el mismo parecer. Sin embargo, y a fin de que no se desvanezca nuestro libre albedrío, acepto por cierto que la fortuna sea Juez de la mitad de nuestras acciones pero que nos deja gobernar la otra mitad, o poco menos.<sup>725</sup> Y la comparo con uno de esos ríos antiguo que, cuando se embravecen,<sup>726</sup> inundan las llanuras, derriaban los árboles y las casas y arrastran la tierra de un sitio para llevarla a otro; todo el mundo huye delante de ellos, todo el mundo cede a su furor. Y aunque esto sea inevitable, no obsta para que los hombres, en las épocas en que no hay nada que temer, tomen sus precauciones con diques y reparos,<sup>727</sup>

---

<sup>723</sup> Sistema de los perezosos o débiles. Con ingenio y actividad se sobrepone uno a la más adversa fortuna (E).

<sup>724</sup> Los habría visto, mayores y más numerosos que los que engendré y que puedo producir todavía (E).

<sup>725</sup> San Agustín no discurrió mejor sobre el libre albedrío. El mío ha domado a Europa y a la naturaleza (RI).

<sup>726</sup> Esta es mi fortuna: soy yo en persona (RI).

<sup>727</sup> No les dejé lugar mi facilidad para ello (RI).

de manera que si el río crece otra vez, o tenga que deslizarse por un canal o su fuerza no sea tan desenfrenada ni tan perjudicial.<sup>728</sup> Así sucede con la fortuna<sup>729</sup> que se manifiesta con todo su poder allí donde no hay virtud preparada para resistirle y dirige sus ímpetus allí donde sabe que no se han hecho diques ni reparos para contenerla. Y si ahora contemplamos a Italia, teatro de estos cambios y punto que los ha engendrado, veremos que es una llanura sin diques ni reparos de ninguna clase; y que si hubiese estado defendida por la virtud necesaria,<sup>730</sup> como lo están Alemania, España y Francia, o esta inundación no habría provocado las grandes transformaciones que ha provocado<sup>731</sup> o no se habría producido.<sup>732</sup> Y que lo dicho sea suficiente sobre la necesidad general de oponerse a la fortuna.<sup>733</sup>

Pero ciñéndome más a los detalles me pregunto por qué un príncipe que hoy vive en la prosperidad, mañana se encuentra en la desgracia, sin que se haya operado ningún cambio en su carácter ni en su conducta.<sup>734</sup> A mi juicio, esto se debe, en primer lugar, a las razones que expuse con detenimiento en otra parte, es decir, a que el príncipe que confía ciegamente en la fortuna perece en cuanto ella cambia.<sup>735</sup> Creo también que es feliz el que concilia su manera de obrar con la índole de las circunstancias, y que del mismo modo es desdichado el que no logra armonizar una cosa con la otra.<sup>736</sup> Pues se ve que los hombres, para llegar al fin que se proponen, esto es, a la gloria y las riquezas, proceden en forma distinta: uno con cautela, el otro con

---

<sup>728</sup> No es mi estrella la que puede reducirse así (RI).

<sup>729</sup> Como sería la de mis enemigos (RI).

<sup>730</sup> Lo será (G)

<sup>731</sup> Verá otras muchas (G).

<sup>732</sup> ¡Si me vieras en medio de ella y conocieras mis planes!... (G).

<sup>733</sup> A pesar de tu discreción, te adivino y sacaré provecho (G)

<sup>734</sup> ¡Pobres formalistas! (RI).

<sup>735</sup> Es menester adaptarse a sus variaciones, sin contar con ella por completo, aunque aparentando que se está seguro del éxito (RC).

<sup>736</sup> Jamás la benignidad estuvo más en discordancia con mi situación (E)

ímpetu; uno por la violencia, el otro por la astucia; uno con paciencia, el otro con su contrario; y todos pueden triunfar por medios tan dispares.<sup>737</sup> Se observa también que, de dos hombres cautos, el uno consigue su propósito y el otro no, y que tienen igual fortuna dos que han seguido caminos encontrados, procediendo el uno con cautela y el otro con ímpetu; lo cual no se debe sino a la índole de las circunstancias, que concilia o no con la forma de comportarse.<sup>738</sup> De aquí resulta lo que he dicho: que dos que actúan de distinta manera obtienen el mismo resultado; y que de dos que actúan de igual manera, uno alcanza su objeto y el otro no. De esto depende asimismo el éxito, pues si las circunstancias y los acontecimientos se presentan de tal modo que el príncipe que es cauto y paciente se ve favorecido, su gobierno será bueno y él será feliz; mas si cambian, está perdido, porque no cambia al mismo tiempo su proceder. Pero no existe hombre lo suficientemente dúctil como para adaptarse a todas las circunstancias, ya porque no puede desviarse de aquello a lo que la naturaleza lo inclina,<sup>739</sup> ya porque no puede resignarse a abandonar un camino que siempre le ha sido próspero.<sup>740</sup> El hombre cauto fracasa cada vez que es preciso ser impetuoso.<sup>741</sup> Que si cambiase de conducta junto con las circunstancias, no cambiarla su fortuna.

El papa Julio II se condujo impetuosamente en todas sus acciones,<sup>742</sup> y las circunstancias se presentaron tan de acuerdo con su modo

---

<sup>737</sup> Se obtiene si seguimos nuestro espontáneo modo de ser y no obramos introspectivamente (RC).

<sup>738</sup> El variar según las circunstancias y las épocas, sin perder nada del propio vigor, es lo más difícil del mundo y lo que requiere mayor entereza. Dentro de poco se verá la calidad y la adaptabilidad de la mía (E).

<sup>739</sup> Es difícil, pero lo he de conseguir (E).

<sup>740</sup> Mostrarse bueno durante el reinado por el solo hecho de haberse mostrado tal antes, cuando se tenía el propósito de llegar al trono es el método más ruinoso (E).

<sup>741</sup> Espero hacerlo con absoluta confianza en mi buena estrella (E).

<sup>742</sup> Por suerte ya no hay papas como éste, que arrojó al Tiber las llaves de San Pedro para utilizar sólo la espada de San Pablo (G).

de obrar que siempre tuvo éxito. Considérese su primera empresa contra Bolonia, cuando aun vivía Juan Bentivoglio. Los venecianos lo veían con desagrado, y el rey de España deliberaba con el de Francia sobre las medidas por tomar; pero Julio II, llevado por su ardor y su ímpetu, inició la expedición poniéndose él mismo al frente de las tropas.<sup>743</sup> Semejante paso dejó suspensos a España y a los venecianos; y éstos por miedo, y aquélla con la esperanza de recobrar todo el reino de Nápoles, no se movieron; por otra parte, el rey de Francia se puso de su lado, pues al ver que Julio II había iniciado la campaña, y como quería ganarse su amistad para humillar a los venecianos<sup>744</sup> juzgó no poder negarle sus tropas sin ofenderlo en forma manifiesta. Así, pues, Julio II, con su impetuoso ataque, hizo lo que ningún pontífice hubiera logrado con toda la prudencia humana;<sup>745</sup> porque si él hubiera esperado para partir de Roma a tener todas las precauciones tomadas y ultimados todos los detalles, como cualquier otro pontífice hubiese hecho,<sup>746</sup> jamás habría triunfado, porque el rey de Francia hubiera tenido mil pretextos y los otros amenazados con mil represalias.<sup>747</sup> Prefiero pasar por alto sus demás acciones, todas iguales a aquella y todas premiadas por el éxito, pues la brevedad de su vida<sup>748</sup> no le permitió conocer lo contrario. Que, a sobrevenir circunstancias en las que fuera preciso conducirse con prudencia, corriera a su ruina, pues

---

<sup>743</sup> He seguido esta táctica, pero no por arrebatado, como él, sino por cálculo y de acuerdo con la oportunidad (RI).

<sup>744</sup> Inventaré algo semejante con respecto a los aliados, según el curso de su política (E).

<sup>745</sup> Las imprudencias son, a menudo, necesarias, pero conviene calcularlas (E).

<sup>746</sup> ¡Cuántos reyes, aun sin ser del clero, obran con esa lenta y necia prudencia! (E).

<sup>747</sup> Si no consigo evitar todo esto, autorizo a que me juzguen indigno de reinar (E).

<sup>748</sup> Es estupendo, sin embargo, poder continuar con éxito y durante diez años el mismo método. Maquiavelo hubiera tenido que decir que Julio II sabía distraer con pactos amistosos a las potencias que quería sorprender (RC).

nunca se hubiese apartado de aquel modo de obrar al cual lo inclinaba su naturaleza.<sup>749</sup>

Se concluye entonces que, como la fortuna varía y los hombres se obstinan en proceder de un mismo modo, serán felices mientras vayan de acuerdo con la suerte e infelices cuando estén de desacuerdo con ella. Sin embargo, considero que es preferible ser impetuoso y no cauto,<sup>750</sup> porque la fortuna es mujer y se hace preciso, si se la quiere tener sumisa, golpearla y zaherirla. Y se ve que se deja dominar por éstos antes que por los que actúan con tibieza. Y, como mujer, es amiga de los jóvenes, porque son menos prudentes y más fogosos y se imponen con más audacia.<sup>751</sup>

---

<sup>749</sup> Cuando salimos siempre bien con tal conducta y ella está de acuerdo con nuestra índole, tenemos motivos poderosos para no despreciarla, aunque mezclándole algo e estúpida moderación diplomática (RI).

<sup>750</sup> Así es. Las reiteradas experiencias hechas impiden toda duda al respecto (E).

<sup>751</sup> Lo comprobé muchas veces, y si fuera menos joven no contarla ya con ella. Debo apresurarme (E).

## CAPITULO XXVI

### EXHORTACION A LIBERAR A ITALIA DE LOS BARBAROS<sup>752</sup>

Después de meditar en todo lo expuesto, me preguntaba si en Italia, en la actualidad, las circunstancias son propicias para que un nuevo príncipe pueda adquirir gloria, y si se encuentra en ella cuanto es necesario a un hombre prudente y virtuoso para instaurar una nueva forma de gobierno, por la cual, honrándose a sí mismo, hiciera la felicidad de los italianos.<sup>753</sup> Y no pude menos que responderme que eran tantas las circunstancias que concurrían en favor de un príncipe nuevo, que difícilmente podría hallarse momento más adecuado.<sup>754</sup> Y si, como he dicho, fue preciso para que Moisés pusiera de manifiesto sus virtudes que el pueblo de Israel estuviese esclavizado en Egipto, y para conocer la grandeza de Ciro que los persas fuesen oprimidos por los medas, y la excelencia de Teseo que los atenienses se dispersaran, del mismo modo, para conocer la virtud de un espíritu italiano, era necesario que Italia se viese llevada al extremo en que yace hoy, y que estuviese más esclavizada que los hebreos, más oprimida que los persas y más desorganizada que los atenienses; que careciera de jefe y de leyes, que se viera castigada, despojada, escarnecida e invadida, y que

---

<sup>752</sup> Maquiavelo hablaba como romano y pensaba siempre en los franceses. Para mí, en cambio, los bárbaros a quienes hay que echar de Italia son Austria, España, el papa, etc. (G).

<sup>753</sup> Magnífico proyecto, cuya ejecución me estaba reservada. Con italianos afeminados como hoy, hubiera sido imposible. Pero siendo yo italiano, puedo hacerlo con franceses a mis órdenes de quienes los italianos aprenderán el valor militar (G).

<sup>754</sup> Los tiempos actuales son mucho más propicios todavía, puesto que, al ser rechazada allí la Revolución, se produjeron hondas conmociones políticas y una gran agitación en los espíritus (G).

soportara toda clase de vejaciones.<sup>755</sup> Y aunque hasta ahora se haya notado en este o en aquel hombre algún destello de genio como para creer que había sido enviado por Dios para redimir estas tierras<sup>756</sup> no tardó en advertirse que la fortuna lo abandonaba en lo más alto de su carrera. De modo que, casi sin un soplo de vida, espera Italia al que debe curarla de sus heridas, poner fin a los saqueos de Lombardía y a las contribuciones del Reame y de Toscana y cauterizar sus llagas desde tanto tiempo gangrenadas.<sup>757</sup>

Vedla cómo ruega a Dios que le envíe a alguien que la redima de esa crueldad e insolencia de los bárbaros.<sup>758</sup> Vedla pronta y dispuesta a seguir una bandera mientras haya quien la empuñe. Y no se ve en la actualidad en quien uno pueda, confiar más que en vuestra ilustre casa,<sup>759</sup> para que con su fortuna y virtud, preferida de Dios y de la Iglesia, de la cual es ahora príncipe, pueda hacerse jefe de esta redención.<sup>760</sup> Y esto no os parecerá difícil si tenéis presentes la vida y acciones de los príncipes mencionados.<sup>761</sup> Y aunque aquéllos fueron hombres raros y maravillosos, no dejaron de ser hombres;<sup>762</sup> y no tuvo ninguno ocasión tan favorable como la presente; porque sus empresas no fueron más justas ni más fáciles que ésta, ni Dios les fue más benigno de lo que lo es con vos. Que es justicia grande: *iustum enim est bellum quibus necessarium, et pia arma ubi nulla nisi in armis spes est*. Aquí hay disposición favorable; y donde hay disposición favorable

---

<sup>755</sup> Conviene volverla a poner en el mismo estado, para restablecerla luego bajo un cetro único (G).

<sup>756</sup> No tanto como yo, por cierto (G).

<sup>757</sup> Heme aquí, pero antes de salvarla para mí es menester que introduzca el hierro y el fuego en sus heridas (G).

<sup>758</sup> Al mando de esos mismos bárbaros escucharé tus ruegos (G).

<sup>759</sup> Así hubiera sido a haber formado yo parte de ella entonces (G)

<sup>760</sup> De emprenderla, si, pero no de consumarla, por incapacidad para hacer más de lo que hizo (G).

<sup>761</sup> Pero es preciso tener su fuerza para imitarlos bien (G).

<sup>762</sup> Mal razonamiento, pues hay hombres y hombres (G).

no puede haber grandes dificultades,<sup>763</sup> y sólo falta que vuestra casa se inspire en los ejemplos de los hombres que he propuesto por modelos. Además, se ven aquí acontecimientos extraordinarios, sin precedentes, ejecutados por voluntad divina: las aguas del mar se han separado, una nube os ha mostrado el camino, ha brotado agua de la piedra y ha llovido maná;<sup>764</sup> todo concurre a vuestro engrandecimiento. A vos os toca lo demás<sup>765</sup> Dios no quiere hacerlo todo para no quitarnos el libre albedrío ni la parte de gloria que nos corresponde.<sup>766</sup>

No es asombroso que ninguno de los italianos a quienes he citado haya podido hacer lo que es de esperar que haga vuestra ilustre casa, ni es extraño que después de tantas revoluciones y revueltas guerreras parezca extinguido el valor militar de nuestros compatriotas. Pero se debe a que la antigua organización militar no era buena y a que nadie ha sabido modificarla.<sup>767</sup> Nada honra tanto a un hombre que se acaba de elevar al poder como las nuevas leyes y las nuevas instituciones ideadas por él,<sup>768</sup> que si están bien cimentadas y llevan algo grande en sí mismas, lo hacen digno de respeto y admiraron. E Italia no carece de arcilla modelable.<sup>769</sup> Que si falta valor en los jefes, sóbrales a los soldados. Fijaos en los duelos y en las riñas, y advertid cuán superiores son los italianos en fuerza, destreza y astucia. Pero en las batallas, y por culpa exclusiva de la debilidad de los jefes, su papel no es nada brillante; porque los capaces no son obedecidos; y todos se creen capa-

---

<sup>763</sup> Hay algo de verdad en todo esto, pero lo que veo con mayor claridad es el ardor extremo que Maquiavelo despliega al plantear tal solución (G).

<sup>764</sup> Otros tantos mil agros que se renovaron en mí favor con mayor realidad que para Lorenzo (RC)

<sup>765</sup> Así será (RC).

<sup>766</sup> Se ve que Maquiavelo quería tener su participación. Yo se la concedo porque me ha sido útil con sus advertencias (RI).

<sup>767</sup> Con las mías, tan gloriosamente probadas en Francia y que ellos tendrán a su vez, el triunfo es inevitable (RC).

<sup>768</sup> La táctica que empleo es invento mío, y ante sus efectos se han rendido todos los magnates de Europa (RI).

<sup>769</sup> Esto siempre es un aliento (G).

ces, pero hasta ahora no hubo nadie que supiese imponerse por su valor y su fortuna, y que hiciese ceder a los demás.<sup>770</sup> A esto hay que atribuir el que, en tantas guerras habidas durante los últimos veinte años, los ejércitos italianos siempre hayan fracasado, como lo demuestra Taro, Alejandría, Capua, Génova, Vailá, Bolonia y Mestri.

Si vuestra ilustre casa quiere emular a aquellos eminentes varones que libertaron a sus países, es preciso, ante todo, y como preparativo indispensable a toda empresa, que se rodee de armas propias; porque no puede haber soldados más fieles, sinceros y mejores que los de uno. Y si cada uno de ellos es bueno, todos juntos, cuando vean que quien los dirige, los honra y los trata paternalmente es un príncipe en persona, serán mejores.<sup>771</sup> Es, pues, necesario organizar estas tropas para defenderse, con el valor italiano, de los extranjeros.<sup>772</sup> Y aunque las infanterías suiza y española tienen fama de temibles, ambas adolecen de defectos, de manera que un tercer orden podría no sólo contenerlas, sino vencerlas.<sup>773</sup> Porque los españoles no resisten a la caballería, y los suizos tienen miedo de la infantería que se muestra tan porfiada como ellos en la batalla. De aquí que se haya visto y volverá a verse que los españoles no pueden hacer frente a la caballería francesa, y que los suizos se desmoronan ante la infantería española. Y por más que de esto último no tengamos una prueba definitiva, podemos darnos una idea por lo sucedido en la batalla de Ravena, donde la infantería española dio la cara a los batallones alemanes, que siguen la misma táctica que los suizos; pues los españoles, ágiles de cuerpo, con la ayuda de sus broqueles habían penetrado por entre las

---

<sup>770</sup> Al siglo XVIII únicamente le estaba reservado el producir a este hombre (G).

<sup>771</sup> ¡Qué no haré cuando disponga como príncipe suyo, de un ejército italiano asimilado a otro francés! (G).

<sup>772</sup> Maquiavelo no habla más que de defenderse de los extranjeros. Yo aspiro a conquistarlos y a hacerlos mis súbditos (G).

<sup>773</sup> Procedimiento ridículo que la pólvora hizo olvidar. Aquellos pretendidos maestros del arte militar eran sólo unos chiquillos (G).

picas de los alemanes y los acuchillaban sin riesgo y sin que éstos tuviesen defensa, y a no haber embestido la caballería, no hubiese quedado alemán con vida. Por lo tanto, conociendo los defectos de una y otra infantería, es posible crear una tercera que resista a la caballería y a la que no asusten los soldados de a pie, lo cual puede conseguirse con nuevas armas y nueva disposición de los combatientes.<sup>774</sup> Y no ha de olvidarse que son estas cosas las que dan autoridad y gloria a un príncipe nuevo.<sup>775</sup>

No se debe, pues, dejar pasar esta ocasión para que Italia, después de tanto tiempo, vea por fin a su redentor.<sup>776</sup> No puedo expresar con cuánto amor, con cuánta sed de venganza, con cuánta obstinada fe, con cuánta ternura, con cuántas lágrimas, sería recibido en todas las provincias que han sufrido el aluvión de los extranjeros. ¿Qué puertas se le cerrarían? ¿Qué pueblos negaríanle obediencia? ¿Qué envidias se le opondrían? ¿Qué italiano le rehusaría su homenaje?<sup>777</sup> A todos repugna esta dominación de los bárbaros. Abrace, pues, vuestra ilustre familia esta causa con el ardor y la esperanza con que se abrazan las causas justas, a fin de que bajo su enseña la patria se ennoblezca<sup>778</sup> y bajo sus auspicios se realice la aspiración de Petrarca:

*Virtú contro a furore  
Prenderá l'arme; e fia 1 combatter corto,  
Ché l'antico valore*

---

<sup>774</sup> Todo lo he preparado ya (G).

<sup>775</sup> Mi táctica, cuyo secreto no poseen aún mis enemigos, me las procurará en una forma muy superior a la que le hubiera ido posible a Lorenzo (G).

<sup>776</sup> Italia lo ha visto, al fin, en mí (RI).

<sup>777</sup> Todas estas predicciones se han cumplido. Hasta los habitantes de la Ciudad Eterna se vanaglorian de estar bajo mi cetro (RI).

<sup>778</sup> Lo conseguiré todo, siempre que no haya riesgo para mí (RI).

*Negl'italici cuor non é ancor morto.*<sup>779</sup>

---

<sup>779</sup> Hoy, gracias a mi, revive casi por completo. Me cuidaré, sin embargo, de permitir que se reúnan en una sola nación, a no ser que pretenda destruir a Francia, a Alemania y a Europa entera (RI).